Nino Quevedo



Las noches sin estrellas

ÁNCORA Y DELFÍN. 198

NINO QUEVEDO. — LAS NOCHES SIN ESTRELLAS



NINO QUEVEDO

LAS NOCHES
SIN ESTRELLAS



EDICIONES DESTINO
TALLERS, 62- BARCELONA

Primera edición: marzo 1961

N.º de registro 736 – 61
Depósito legal B. 5264.1961

A la memoria de mi madre.

A mi padre.



Primera Parte

BERNARDO



I

Bernardo cruzó la vía. Las aristas de los guijarros se le clavaron en las suelas de las abarcas. Notó, a través de la goma, el contacto áspero, cortante.

En la oscuridad, había perdido de vista al Rojo, pero no retrocedió. Siguió andando, ahora ya sobre una tierra compacta, endurecida por el sol de todo el verano. En algún lugar próximo, una chispa del tren que acababa de pasar había incendiado unos matojos. Olía a quemado. El humo se le pegó a la garganta. Los hierbajos crepitaban a lo largo de la vía. Se alejó, atravesó la pequeña explanada y comenzó a subir sin acortar el paso. Hacía frío ya. Oía el canto de los sapos, un murmullo espaciado, dulce, que llenaba la noche. Instintivamente volvió la cabeza. En algunas partes la ladera estaba cortada a pico. Junto a las rocas, crecían unas matas enanas que despedían un olor penetrante. No miraba aquellos manchones verdinegros; apenas levantaba los ojos del suelo. Una neblina tenue caía desde la montaña. No encendió la linterna, aunque sabía que, hasta la cabaña de Brígi-

do, no encontraría ya a nadie. Hacia el norte, el pueblo más cercano era Villamayor, a ocho kilómetros. Ahora no veía el Pico del Castillo, algo más lejano, aunque adivinaba en la oscuridad la masa de rocas, rodeada de las lomas en que se prolongaba todo el macizo fronterizo.

Al llegar a la cornisa de detuvo y silbó. Un silbido corto, repetido, suave, como el de un sapo.

Esperó diez minutos. Temía que el Rojo no supiera orientarse. Volvió a silbar. En seguida oyó otro silbido, detrás de unas rocas. Sabía que no era un sapo y encendió la linterna

Brígido había apoyado los codos e la mesa de la cocina. Lucía estaba ya en la cama. En el fogón quedaba todavía un rescoldo. Durante las noches, aun en pleno verano, la temperatura descendía de golpe, y el fuego no molestaba. Brígido tenía puestos los auriculares de una radio de galena. Los ojos se le cerraban mientras escuchaba la voz que, en español, daba noticia desde el extranjero de lo que ocurría en España. Escuchaba pacientemente, con el rostro inmóvil, sin alterarse por las interferencias que eran, durante largos espacios de tiempo, lo único que podía oír. Lucía a veces refunfuñaba al verle así, lejano, abstraído: «¿Qué sacas de todo eso?»

En la cocina, la llama del candil vibraba, se retorcía, empujada por alguna corriente de aire. Había un olor ácido, picante, a aceite y mezclas vegetales. Un gato de pelo dorado dormía en un rincón. Un silencio apacible, denso, lo envolvía todo: en aquel silencio un hombre que no hubiera tenido tapados los oídos con unos auriculares habría podido escuchar distintamente el rumio de las ca-

bras al otro lado de la puerta de la cuadra, un rumor apagado, monótono, roto de vez en cuando por el resoplido de un animal mayor, más lejano.

Los zumbidos ahogaban la voz metálica que se perdía por un instante para surgir después clara, igual a sí misma, incansable.

Brígido se quitó los auriculares, bostezó. Sin reloj sabía las horas que faltaban para el amanecer. Iba a levantarse cuando oyó, fuera, los ladridos de los perros. La ventana era pequeña, cuadrada: estaba cerrada. No había contraventana.

Se acercó al cristal y miró hacia fuera. No pudo ver nada. Los perros seguían ladrando furiosamente. Sopló sobre la llama del candil, y abrió la puerta. Desde el centro del corral los perros se le acercaron jadeantes, excitados. Se agachó y los ató a un poste. Después, sin titubear, se dirigió hacia la puerta de la empalizada. Los perros no ladraban ya, pero tampoco se habían callado: se oía su gruñido ronco, continuo.

—Estos no se fían de nadie —dijo en voz alta—. No os esperaba hoy, pasar.

En la oscuridad apenas pudo ver la cara de los dos hombres que acababan de llegar.

Bernardo entró el primero, traía puesta una zamarra de cuero. El Rojo era más bajo y sus movimientos más pesados y lentos. Al pasar junto a los perros, que seguían gruñendo todavía, hizo sonar los dedos.

Mientras Brígido volvía a encender el candil, Bernardo se quitó la zamarra y la dejó sobre la mesa.

—¿Puedes tenernos unos días? — preguntó.

—Los que hagan falta — contestó Brígido. Sacó dos

bancos—. Para eso estamos. ¿Habéis venido vosotros solos?

—Sí. No estaremos más de tres días. Hay que pasar a un tal Martínez, un cajero. Zambrano le lleva hasta el Pico del Castillo. Manguán y el Gallardo ya están esperando allí, aprovecharemos la primera luna.

—Sentaros — dijo Brígido —. ¿Queréis lavaros? — se acercó a la puerta que daba al único dormitorio y llamó a Lucía.

—No la despiertes — dijo Bernardo —. Lo que necesitamos es dormir, no lavarnos. No la llames, deja.

Lucía salió en seguida parpadeando. Se había puesto un abrigo sobre el camisón. Después de saludarnos, vertió el agua de un cántaro en una palangana.

—Andar, ahí tenéis.

Mientras Bernardo y el Rojo se lavaban la cara, Lucía trajo de la cuadra dos troncos de encina y los echó sobre el rescoldo.

—¿Qué vas a hacer? — preguntó Bernardo —. Déjalo estar.

—Tenéis que comer algo.

Brígido sacó una petaca. Los tres hombres empezaron a fumar. No se miraban.

—¿Cómo va todo? — preguntó Brígido. Era una pregunta para llenar el silencio, sin curiosidad. Sabía la respuesta y aló los ojos hasta la cara de Bernardo. Le miró por primera vez de arriba abajo, tratando de adivinar por el aspecto de la ropa lo que no dirían las palabras. Después miró al Rojo que fumaba tranquila-mente, con un gesto de indiferencia, echando el humo hacia el techo.

—Todo bien — dijo Bernardo por fin —. Aquí nos

tienes.

Sonrieron los dos. Después ya no dijeron nada.

En el silencio que siguió pudo oírse perfectamente el chisporroteo de los leños que empezaban a arder. En el corral los perros habían vuelto a dormirse. La montaña entera, bajo la noche, parecía dormida cuando Lucía sacó dos platos de un armario y los puso sobre la mesa.

Al quitarse las abarcas, una sensación de bienestar le subió desde lo pies. Tenía los dedos húmedos y fríos. Se tumbó en el jergón de hoja de maíz que acababa de traer Brígido de la cuadra. Se tapó con la manta.

Había dejado la pistola bajo la almohada y cuando volvía la cabeza hacia la izquierda notaba aquel contacto duro, familiar. Oía los pequeños roces de los animales que dormían a dos metros de él, al otro lado del canalón de desagüe. El Rojo, en el otro extremo de la cuadra, roncaba ya. Brígido había dicho antes de salir: «Dormir lo que queráis. Mañana no os molestará nadie.»

Sintió, de pronto, un cansancio profundo, hecho de muchas noches de vigilia y sobresalto, agarrotándole todo el cuerpo. Relajó los músculos. Al estirar las piernas, las hojas crujieron. Los dientes menudos de una cabra hacían un ruido leve, constante.

II

Zoila volvía a casa. El sur le lamía la cara, blando, como una lengua. Lo había soportado todo el día, en el haza, entre las mazorcas abiertas antes de tiempo.

Tenía sed, estaba deseando llegar a la fuente.

Las gallinas picoteaban en la calleja por donde subía, escarbaban junto a las casas, en el polvo. De un montón d4 basura se levantó un enjambre de moscas.

Por encima de los tejados veía el Pico del Castillo, inundado de luz todavía.

Hasta la plaza, la callejuela estaba en cuesta, surcada por las rodadas de los carros.

En la esquina del Ayuntamiento una pareja de la guardia civil hablaba con un pastor.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

El reloj de la torre dio unas campanadas. Lentas, graves. Sobre la pared de la iglesia había una losa de mármol blanco: «Gloriosos caídos por Dios y por España. Presentes.» Una relación de nombres grabados en la piedra. «Ayuntamiento de Villamayor».

Llegó a los soportales. La tienda de Segundo estaba en una esquina. Veía las ventanas del cuarto de él, una

persiana descolorida detrás de los barrotes de la reja. Allí guardaba Segundo los recibos, las deudas del pueblo.

En la pared había manchones de pintura verde. Encima de la puerta, un letrero borroso: «Segundo García».

Detrás del mostrador estaba el Boni, barriendo. Zoila pasó de largo ante la puerta. Vio de refilón las alpargatas de esparto sobre el mostrador, un cajón de tomates, cántaros de barro. Una caja de arenques despedía un olor rancio, fuerte. Oyó un zumbido de moscas.

Se acercó a la fuente.

El coche d línea que venía de Sisianes entró en la plaza, levantó polvo. Los guardias fueron a la parada. Mujeres cargadas con cestos y bolsas empezaron a bajar del autobús. El Boni salió de la tienda a mirar. Los guardias hacían abrir las bolsas. El conductor se puso a echar agua al radiador.

Zoila bebía en el caño, las gotas le salpicaban, le hicieron cerrar los ojos.

III

Salieron a media noche. Se despidieron de Lucía en la cocina.

—¿No queréis llevaros algo? — dijo ella —. Algo hay, os vendrá bien.

Se negaron. Brígido aconsejó:

—Hacer caso a Lucía, las mujeres saben las cosas.

—No nos hace falta.

Estaba oscuro aunque no había neblina. Corría un viento seco, fino. Los perros andaban sueltos, se acercaron. Les olisquearon las manos, se azotaban los flancos con el rabo.

Brígido se puso a juguetear con ellos. Lucía o salió al corral, volvió a la cocina.

—¿Cuánto hay hasta el Pico? — preguntó el Rojo.

—Unas dos leguas, un poco menos — dijo Brígido—. ¿Cuándo llega Zambrano?

—Mañana, si todo marcha bien.

Bernardo se abrochó la zamarra. El Rojo llevaba una chaqueta de pana negra, con las solapas y los bolsillos desteñidos. Brígido les acompañó hasta la puerta del corral.

—¿Cuándo vais a volver?

—No sé, depende —dijo Bernardo—. Cualquier día.

—Bueno, ya sabéis dónde nos dejáis, aquí estamos.

Bernardo le dio la mano antes de salir, no dijo nada más. Brígido tenía una mano caliente, fuerte. No se movió de la puerta de la empalizada; los perros se levantaban, le lamían los dedos.

Durante un buen rato no perdieron de vistas la lucecilla de la cocina, una pequeña mancha luminosa que parpadeaba en la oscuridad.

Bernardo volvía de cuando en cuando la cabeza, le daba seguridad aquella luz a su espalda, inalterable, amiga.

Cuando dejó de verla, aceleró el paso. El Rojo le seguía a unos metros. Tuvieron que saltar un portillo. Entre las piedras crecían helechos.

Bernardo encendió la linterna. Siguieron andando. Habían estado tres noches y tres días en la cabaña de Brígido, habían dormido lo que habían querido

Ahora, bajo la noche, Bernardo no tenía sueño alguno. Estaba despierto, tenso, pendiente de sus oídos y sus ojos. Oía los pasos del Rojo, los suyos propios, el canto de los sapos, todo conocido, tranquilizador.

Desde la cornisa, la montaña era, ante ellos, una masa sombría, viva, de la que se elevaba el espeso y amplio rumor de agua corriente, de ramas

—¿Qué hora es? — dijo el Rojo.

—Las dos.

Cuando llegaron al Pico del Castillo eran las tres pasadas. Llevaban ropa húmeda de rocío, Abajo, en Villamayor, había algunas luces encendidas, débiles, vacilantes.

IV

Zambrano detuvo la mula junto a un matorral:

—Apéese — dijo —. Desde aquí tenemos que subir a pie.

Martínez saltó al suelo:

—No me tengo — se quejó. Dio unos pasos con dificultad —. No estoy acostumbrado a esto.

—Se le pasará en seguida — dijo Zambrano. Ató la mula bajo unas ramas —. Ésta no puede seguir. Tendrá que quedarse aquí. Félix la recogerá en cuanto anochezca — hizo un nuevo nudo, y comenzó a subir —. Vamos, es peor pararse. En seguida estará bien.

Martínez le siguió con visible esfuerzo. El sol poniéndose sobre la falda del montículo. Los estratos rojos del Pico del Castillo llameaban bajo la luz dorada. Por encima de ellos, las capas blancas resultaban, por contraste, más claras que nunca. Arriba, las rocas eran una espesa costra grisácea, brillante en aquel momento. Un arbusto seco, retorcido, parecía una pequeña brasa sobre el polvo.

—La ocasión no es muy buena que digamos — jadeó Martínez —. Pero por lo que veo la puesta de sol no puede ser más hermosa.

Zambrano no volvió la cabeza:

—Puede ser — dijo —. Pero eso no tiene ninguna importancia. Yo en su lugar no hablaría.

—Le agradezco el consejo, no puedo más. Es mucha cuesta para mí. Me tiemblan las piernas

Siguieron caminando en silencio. Habían dejado a la izquierda, en sombra ya, el macizo de encinas que era ahora una espesa franja verdinegra al borde del murallón de arcilla. El pueblo quedaba más lejos, en una hondona-da, al otro lado del río.

—¿Qué tal vamos?

—Bien, no se preocupe por mí.

A Zambrano le dio lástima:

—Ya falta poco, estamos llegando.

—Eso espero — deseó Martínez. Se detuvo y miró hacia atrás —. No creí que hubiéramos subido tanto. ¿Qué pueblo es ése?

—Villamayor.

—Frente a ellos, dominando el pueblo, la Loma Alta estaba ya también en sombra. Las puertas de las cuevas, desde aquella distancia, hacían pensar en unas extrañas rejas de madera. Martínez hizo un gesto de interrogación.

—Son bodegas — aclaró Zambrano.

—No parecen bodegas — dijo el otro con apren-sión —. Recuerdan otra cosa.

Zambrano se echó a reír:

—Son bodegas. El vino no es bueno, pero por lo menos se conserva fresco en esos agujeros. Naturalmente los agujeros pueden servir para algo más que para guardar vino.

—¿Para qué, por ejemplo?

Zambrano se detuvo y miró a Martínez de arriba abajo. Había acompañado a muchos hombres por aquella ladera para que no conociera ya lo que significaba una contracción de los párpados, un temblor de dedos o una inspiración demasiado profunda.

Sintió lástima otra vez:

—A nosotros nos están esperando en una antigua bodega, por ejemplo — dijo —. Hala, no debemos parar-nos. Estamos en casa como quien dice.

—¿No fallará nada?

—Es la tercera vez que me pregunta eso — contestó Zambrano sin alterarse —. Le va a pasar Bernardo mismo. Uno cree que es siempre el primero. Antes de hoy, lo hemos hecho otras veces; por suerte o por desgracia, no es hoy la primera vez.

—Ya sé — dijo el hombre —. No desconfío, estoy un poco nervioso, creo. Es lo que me pasa. ¿Cómo es Bernardo? Perdóneme si le molesto.

A Zambrano le irritó el tono lastimero de las últi-mas palabras:

—Nadie me molesta, que yo sepa.

Siguieron andando otros veinte minutos, sin hablar ya. Llegaron a un terreno pizarroso. El sendero se bifur-caba. Zambrano bordeó un matorral espinoso y se paró ante un montón de helechos secos.

—¿Ya estamos? — preguntó Martínez. Vio una especie de escalón excavado en la tierra roja. Las partí-culas de arcilla endurecida, levantadas por el viento, res-balaban por la pendiente con un ruido seco —. ¿Es ese agujero?

—Sí — dijo Zambrano —. Por aquí. Entre, ojo con

la cabeza.Una chispa de temor apareció en los ojos de Martínez:

—¿Es aquí? — insistió.

Zambrano le cogió de la mano con aspereza:

—Venga.

Se internaron por la galería. Zambrano notó el pulso agitado, frenético, de Martínez. Tuvo que tirar con fuerza de aquel cuerpo que instintivamente se resistía a avanzar en la oscuridad.

—Hace frío aquí — se quejó Martínez.

—Ahora, en verano, sí — dijo Zambrano con una sonrisa que se perdió en las tinieblas —. En invierno, en cambio, la tierra abriga como una manta.

En el primer recodo se detuvo:

—Espere, voy a encender la luz.

Rascó una cerilla. Martínez dio un suspiro de alivio.

Zambrano encendió una lámpara de carburo:

—Vamos.

Martínez le siguió. A trechos, pequeñas manchas de humedad cubrían las paredes. Desde la oscuridad llegó una voz áspera preguntando algo.

—Zambrano — contestó Zambrano.

Siguieron andando unos metros.

El Gallardo, envuelto en una manta, estaba comiendo tranquilamente en un rincón.

Zambrano se volvió hacia Martínez:

—Siéntese si quiere.

El Gallardo dijo con la boca llena:

—Hasta las doce, nada. Es esta noche. Llegaron ayer.

—Ya lo oye — dijo Zambrano.

—¿Esta misma noche? — preguntó Martínez. Miraba con unos ojos trastornados por la alegría —. Tengo mucho frío — añadió inesperadamente —. Mucho.

—Es culpa mía — dijo Zambrano —. Tenga, échese esto.

—Gracias.

—¿Quiere dormir un rato? Tiene tiempo.

—No podría dormir aunque lo intentara.

—Peor que peor. Venga, voy a enseñarle la chi-me-nea.

El Gallardo se quedó donde estaba, siguió comiendo.

—Ahí tiene — dijo Zambrano apagando la lámpara.

Martínez vio una abertura circular. La luz de la tarde era ya sólo un resplandor mortecino. Abrió la boca, pero no dijo nada. Los cirros que veía sobre las montañas eran unas manchas rosadas y violetas, de una belleza agresiva, misteriosa, casi irreal. Se acercó lentamente hasta la abertura.

—Asómese — dijo Zambrano sin participar en aquel asombro.

Martínez sacó la cabeza y miró con avidez la tierra que tenía enfrente. Por encima de las colinas verdes y rojas, doradas todavía por la última luz de la tarde, vio el macizo montañoso, de un azul oscuro a esa hora, cu-briendo todo el fondo. Algo le tembló en la nariz.

—¿Qué? — dijo Zambrano —. ¿Qué le parece?

La cara de Martínez se transformó. En sus ojos había un brillo de impaciencia:

—No quiero mirar, es peor.

—Mañana estará allí, riéndose de todo.

—No — dijo Martínez nerviosamente —. Aún queda

lo peor, no quiero hacerme ilusiones. ¿Por qué no está Bernardo aquí? No quiero mirar, es peor desearlo, trae mala suerte.

—Eso son tonterías. El peligro está allí — señaló un punto de la lejanía —. No hay mala suerte que valga, mire.

—¿Qué es? — olfateaba con un gesto animal.

—Los guiris.

—¿Cómo dice?

—El puesto fronterizo, de ahí salen.

Martínez volvió los ojos hacia aquella mancha gri-sácea, casi oculta por las estribaciones del macizo montañoso. De nuevo algo se distendió en su cara hasta hacerle torcer la boca en una mueca que desfiguró sus facciones. Inspiró.

—Hay más distancia de la que parece — dijo Zam-brano. Seis kilómetros. De noche, además, los árboles y los hombres se confunden. El secreto es hacer el mismo ruido que los árboles. Un olmo hace más ruido que Bernardo en la oscuridad.

Martínez se enderezó. Su rostro pareció afilarse:

—Ya sé que estoy en buenas manos, se lo he dicho ya, tengo confianza. Pero a pesar de todo me da miedo, es algo superior a mi voluntad.

—La primera vez se tiene miedo — dijo Zambrano. Se interrumpió de pronto. Volvió la cabeza hacia la aber-tura —. Siempre se tiene miedo. Uno no se acostumbra nunca, es la verdad. No es un juego agradable.

El hombre logró abrir la boca en una sonrisa forzada:

—Ya sé, no tendría ninguna gracia tener que quedarse aquí.

—Bueno — dijo Zambrano cambiando de conversación —. Me figuro que éste es el mejor momento, ¿no?

Martínez comprendió:

—Sí —sacó la cartera —. ¿Es esto?

Zambrano cogió los billetes y los contó:

—De acuerdo.

Estuvieron un rato callados. Desde el valle ascendía un silencio extraño, denso, turbador. Los cirros, en la lejanía, se habían convertido en un largo brochazo de color ceniza. Los dos se miraron un momento. Apenas se veían ya. Zambrano tenía en la manola lámpara pagada. Por la abertura, a la que se acercó otra vez Martínez, en-traba aún el último resplandor de la tarde.

Todo era ahora, desde allí, sereno, casi solemne, si bien se tenía también la impresión de que la tierra misma, bajo aquella luz, era algo quebradizo, a punto de de-saparecer. De los maizales y de los sembrados brotaba una clama demasiado profunda para ser tranquilizadora. Por detrás de la masa gris del puesto fronterizo, la mon-taña tenía algo de un enorme animal dormido, inquietante.

—Voy a traerle un poco de comida — dijo Zambrano.

—Oiga — casi chilló Martínez —. Oiga, no me deje solo.

A esta hora, en Villamayor, los murciélagos empie-zan a salir de sus madrigueras. Se encienden las primeras luces. Hay casas con bombillas y casas de donde sólo sale la vibración tenue de los candiles.

Zoila va a la fuente, lleva dos cántaros vacíos. Ángela, su madre, en casa, ha retirado de la lumbre el puchero.

Huele a leche cocida. Su padre no ha vuelto de la mies todavía. No volverá hasta las once o las doce.

Está trabajando en el Espinar. La jornada dura dieciocho horas, pero pagan treinta pesetas y dan de comer.

Antes de llegar a la plaza, Zoila ve ya a las mujeres que rodean la fuente. En el abrevadero bebe un asno. Detrás de una tapia unos chicos cantan a gritos:

Una vieja, revieja
en una era
pun, catapún, chinchín,
gori, gori, gori, tarán, tatán,
en una era...

El aire huele a eucalipto. De todas las chimeneas se levanta un humo gris, de leña. Perfumado. Los murcié-la-gos azotan las paredes. Desde la plaza no se ve ya el sol que se ha ocultado hace rato detrás del Pico del Castillo erguido, como un puño, sobre el pueblo. Las mujeres hablan en voz alta.

De la Loma Alta, sombría y húmeda ya, llega un chillido — el último — de tordos y gorriones. Una mujer se retira de la fuente. De sus cántaros se deslizan gruesas gotas que dejan un reguero en el polvo. Una campana tañe dos veces. En la pared del Ayuntamiento se ha encendido una bombilla. A la altura del balcón principal apenas se ven a esta hora las inscripciones grabadas en el 39, hace siete años.

—Daros prisa — dice una de las mujeres, Antonia.

—Díselo al caño — contesta la que lleva cinco mi-nutos llenando sus cántaros.

Zoila deja los suyos en el suelo y espera su turno.

—¿Dan aceite este mes? — pregunta Juanita. Tiene treinta y cinco años, se le acaba de morir el marido en Francia de una septicemia. Una niña flaca con vestido negro está a su lado —. El Boni se lo ha dicho a mi Cristeta.

—Es cierto — dice Antonia —. Lo ha dicho el papel, cortan cuatro cupones.

—aquí no dan, aquí no llega eso — añade otra mujer a la que faltan los incisivos superiores. Apenas cuenta cuarenta y dos años, pero las encías al descubierto le hacen parecer más vieja —. Se quedará por ahí, ellos saben dónde.

—¿Estaremos un poco mejor alguna vez? — pre-guntó una vieja cuyos ojos son dos ranuras en una cara huesuda, afilada —. Un poco mejor, no pido mucho.

—Nunca — dice Juanita —. Yo no lo veré, ni puede que ésta — señala a su hija.

—No digas eso.

—¿Qué voy a decir? Aquí quería verlos yo a ellos. Ellos están bien, tienen de todo. Se lo reparten entre ellos.

Zoila no distingue apenas las caras. Conoce las voces de las mujerucas que se quejan, hacen lo único que se puede hacer aquí.

Un rebaño de cabras aparece en la plaza. Durante unos minutos flota en el aire un olor acre, penetrante. Un polvo espeso lo envuelve todo. Una mujer tose.

Segundo sale de la tienda, y se queda en el soportal curioseando lo que ocurre en la plaza.

—Pasa tú delante, Zoila, fíjate lo que traigo yo —

dice Antonia señalando los dos enormes cántaros que arrastrará después como pueda hasta su casa.

—Gracias — contesta Zoila acercándose.

Los cántaros se llenan lentamente. Alrededor de la fuente la tierra está húmeda.

Quedan marcadas las huellas de las alpargatas.

Zoila retira los cántaros llenos. Antonia ocupa su lugar. Van llegando nuevas mujeres. Es ya de noche.

Zoila levanta un cántaro, lo apoya en la cintura. Coge el otro con la mano derecha y empieza a andar.

—Hasta mañana.

Da seis pasos y tiene que pararse para colocar mejor el cántaro de la cintura.

Una mula se acerca al abrevadero. Un hombre, detrás, la acaricia suavemente en el anca mientras bebe.

Es Félix, el camionero.

En la oscuridad, Zoila apenas le ve la cara al pasar.

—Buenas noches.

—Buenas noches — contesta Félix.

Zoila anda de prisa, los cántaros pesan.

Félix se queda apoyado en el abrevadero, continúa silbando hasta que la mula levanta el hocico del agua. La mula está sucia de polvo, tiene una matadura en los cos-tillares. Se nota que ha andado todo el día. Un tábano zumba sobre ella.

Martínez se había dormido.

Al principio se había negado a comer, pero cuando olió el chorizo, se le escapó un gemido. Apretó la torta de maíz casi con brutalidad. Había comido vorazmente; al terminar bebió un largo trago de la bota que le dio

Zambrano.

Ahora, éste le golpeó con el pie para despertarle, Martínez se puso de pie de un salto:

—¿He dormido?

—Sí. ¿Está mejor?

—Mucho mejor.

—Cuando un hombre se duerme en diez segundos hay que dejarle en paz por lo menos tres horas.

—¿Tres horas? — se asombró —. ¿Qué hora es?

—Las doce menos cuarto — le vio abrir los ojos—. Bernardo está esperándonos.

—¿Es posible que haya dormido tanto tiempo?

—Tres horas escasas. No es mucho tiempo cuando no se ha dormido en varios días.

—Estoy listo, vamos — sonrió.

Zambrano cogió la lámpara. Conocía aquella especie de entusiasmo que desmorecía con el primer paso en la oscuridad. Era lo mismo siempre. Algunos hombres se mordían los labios hasta hacerse sangre o sonreían con una mueca estúpida mientras se frotaban las manos como si estuvieran preparándose para comer un cordero.

—Venga.

—¿Salimos por aquí?

—No, desde luego. La chimenea no tiene salida para un hombre. Hay un buen salto desde aquí.

Al llegar adonde habían encontrado al Gallardo,

Zambrano apagó la lámpara y la metió en un cajón.

—No me acostumbro a esta oscuridad — dijo Martínez.

Zambrano le llevó de la mano hasta la salida. Hacía viento, Martínez respiró ruidosamente:

—Nunca hubiera creído que las estrellas dieran tanta luz. No hay nada tan siniestro como la oscuridad de la tierra.

—Hay cosas más siniestras — dijo Zambrano con que sequedad.

Desde las encinas llegaba un ruido sordo, como de agua.

—Anda norte — dijo Zambrano —. Es mejor.

Martínez resopló:

—¿Dónde está…? — se cortó bruscamente —. ¿Dónde está él?

—Esperándonos. Tenemos que bajar ya.

Martínez tropezaba a cada paso.

—Agárrese a mí — dijo Zambrano —. Ahí están.

Martínez vio un punto luminoso que se encendía y apagaba intermitentemente.

Zambrano silbó. Alguien contestó en la oscuridad. En seguida llegó una voz:

—Zambrano.

—Aquí estamos.

La linterna dejó de hacer señales.

Una sombra se acercó rápidamente. La luz de la lin-terna cayó brutalmente sobre los ojos de Martínez.

—¿Lleva armas? — preguntó Bernardo.

—No

—Vamos.

Zambrano vio cómo Martínez daba un paso y se detenía.

—¿Le pasa algo?

—No, no, vamos — dijo débilmente.

—Buena suerte — deseó Zambrano.

V

Oía, detrás de él, los pasos de Martínez. No distinguía bien la polar, apenas visible en algunos momentos, pero se orientaba por la osa mayor. Lo había aprendido en el Ebro.

Iba pendiente de los ojos y los oídos, con todos los nervios en tensión. No percibía ya el rumor de la noche, los ruidos conocidos, el canto de los sapos. En cambio la pisada o la voz de un hombre a doscientos metros le hu-bieran hecho arrojarse al suelo instantáneamente.

De vez en cuando volvía la cabeza. El norte les daba de cara. Los árboles se adivinaban ya en la sombra.

En una depresión del terreno había dado las últimas instrucciones a Martínez:

—Le basta con no perderme de vista y no hacer ruido. Si hay peligro encenderé una sola vez la linterna. Tírese al suelo y no se levante hasta que vea la luz dos veces.

Martínez había sacudido la cabeza con un gesto mecá-nico.

—Entiendo.

—Es cosa de un kilómetro, en cuanto lleguemos a los árboles habrá menos peligro.

Ahora le oía tropezar. Andaba con paso desigual, vacilante.

Martínez vio, de pronto, que Bernardo echaba a correr en dirección a los árboles. Lo siguió como pudo. Había más distancia de la que parecía. Tuvo que pararse, medio ahogado. Cuando llegó al primer árbol, no vio a Bernar-do. Espero unos momentos, despavorido ya.

Miró hacia todos lados, no veía nada. Los troncos le asustaban. Cada matorral le hacía pensar en un hombre agazapado. Hubiera preferido correr en campo descu-bierto. Casi llorando, empezó a moverse.

Súbitamente, la linterna se encendió y apagó delante de él. Se tiró al suelo. Notaba un golpeteo en la garganta. Sobre su cabeza oía el roce del viento en las ramas. LA linterna no se encendía. Él respiraba con dificultad. Lle-gó a no tener más temor que no ver otra vez la luz delante de él.

La patrulla tardó diez minutos en cruzar.

Bernardo estaba tumbado en el suelo, con los brazos abiertos, inmóvil. Como los animales, conocía por instin-to que lo que no se mueve no corre peligro en la oscuridad. Esperó otros diez minutos antes de levantarse.

Martínez sintió dolor de vientre cuando de vientre cuando vio los dos puntos de luz. Tenía el cuerpo entumecido. Le parecía que llevaba horas tumbado en el suelo, con las rodillas doloridas y las manos lastimadas por los cardos. Empezó a andar. No tenía fuerzas. Los in-testinos se le movían. Siguió con los dientes apreta-

dos. Se le movían, sonaban. No había nada. Sombras de árbo-les, arbustos. No podía faltar mucho. Los intestinos le seguían sonando. Vio una sombra a su izquierda. Dio un grito y se dejó caer al suelo.

Bernardo se paró en seco. Martínez no volvió a gritar. Pasó un minuto, no se oía nada. Otro minuto, otro.

Bernardo volvió poco a poco. De árbol en árbol.

Martínez se levantó.

—¿Qué pasa? — preguntó Bernardo.

—No sé, no he querido gritar. He visto algo, creo.

—Ha visto un árbol.

—No he querido gritar, ha sido sin querer.

Bernardo no se separó de él ya. Estuvieron esperando otro rato antes de seguir.

—Venga — dijo Bernardo por fin —. De prisa, co-rriendo.

Le cogió de la muñeca. Martínez le siguió jadeando.

Cuando dejaron atrás los árboles, la noche les pareció clara. Enfrente de ellos se elevaban las rocas, una masa oscura, alta. Desde alguna parte llegaba olor a maíz.

Bordearon el saliente hasta llegar al cauce de un an-ti-guo río, seco. Pisaban ahora un terreno menos compacto, más suelto. Lo dejaron atrás. Entraron de nuevo en una zona dura. Atravesaron una hondonada.

Al llegar al otro lado Bernardo se detuvo:

—Párese ya si quiere.

—¿Ya? — s Martínez le tembló la voz. Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo —. ¿De verdad?

—Sí — dijo Bernardo —. Esto ya no es España.

Martínez vaciló como si le hubieran golpeado.

Bernardo le vio retroceder dos pasos, agachar la cabeza.

—¿De verdad? — repitió Martínez con voz desco-no-cida, de ebrio.

Bernardo afirmó con la cabeza. Le vio, de pronto, reír, doblarse por la cintura. Una especie de súbita convulsión le sacudía de arriba abajo.

Vio cómo Martínez echaba a correr sobre aquella tierra que pisaba por primera vez.

Fue algo patético y ridículo. Corrió con los brazos abiertos, gritando de júbilo, dando saltos grotescos hasta caer desplomado de cansancio y felicidad. Se quedó en el suelo, como un fardo, encogido, ahogado por los sollozos.

Bernardo no se movió. Le volvió la espalda, no le dijo adiós cuando empezó a desandar el camino.

VI

El Boni tenía preparada la tartana desde las ocho. Se-gundo salió a las nueve, dio unos pasos por el soportal.

Había sol. Un montón de moscas zumbaba en uno de los rincones. En el Ayuntamiento no había nadie todavía. Dos vacas bebían en el abrevadero.

Un niño descalzo cruzó la plaza voceando el pescado que acababa de recibir el señor Antonio.

Segundo subió a la tartana. El Boni se metió en la tienda.

La yegua se puso al trote, sacudió la cabeza.

Hasta Sisianes había tres leguas. Segundo veía estre-chas parcelas sembradas de maíz y remolacha. Las márgenes del río, hasta la presa, estaban llenas de palos con plantas de judía. Pasaba la presa, el terreno cam-biaba. Había grandes extensiones de tierra sin cultivar, prados. Las lomas estaban sembradas de patatas.

Sisianes era el centro comercial de la región. En el bar de la Estación detuvo la tartana. Había varios hombres en el mostrador.

En una mesa del fondo estaba Luis Gómez. Era un hombre calvo, de unos cincuenta años. Tenía una cicatriz

en la sien. Al ver entrar a Segundo se levantó. Segundo le dio la mano. Pidieron café que les sirvió un chico de pelo rapado y ojos muy juntos. Los hombres del mostrador discutían en voz alta.

—Tendrás que cambiar las oficina —dijo Segundo —. Esto es cada vez peor. El último día que estuve aquí nos pasó lo mismo.

—Bueno, al grano —dijo Luis Gómez —. Hoy tengo algo para ti. Vale más llegar a tiempo que rondar un año.

Segundo no le miró a la cara, aproximó la silla a la mesa. Conocía a Luis Gómez desde el 41. Luis Gómez tenía amistades en Madrid, las aprovechaba. Habían hecho ya varias cosas juntos. A Segundo le importaba menos la ganancia que el riesgo, era prudente. Luis Gómez lo sabía.

—Yo soy igual — decía a veces —. Valen más muchos pocos que nada.

Segundo miró hacia la ventana y después hacia los hombres del mostrador.

—¿De qué se trata?

—Unos sacos. Veinte sacos concretamente.

—¿De qué?

—Garbanzos.

—¿A cuánto?

—A diez.

—No me interesan.

—Nadie podría darlos más baratos.

Son muchos sacos. ¿Cómo les das salida? Tengo garbanzos para un año. Hubiera preferido otra cosa, en el aceite se gana más.

Luis Gómez vaciló:

—Quizá, no me comprometo, pero a lo mejor pueden sacarse a nueve, puedo intentarlo.

Segundo sacudió con fuerza los hombros:

—No puedo. Villamayor no es Sisianes. Es negocio, pero no allí.

—Te advierto que tengo gente deseando, me los quitarían de las manos, yo prefiero dárselos a un amigo.

—Lo creo — dijo Segundo —. Siempre viene bien ganar unas pesetas, tendré que hacer números. La gente se pasa sin garbanzos. A quince no pueden pagarlos, y por menos no me pringo.

—No te pringas de ninguna manera. Si tú no los compras otro los comprará. Tú no puedes hacer nada. Si tienes ocasión de ganarte unas perras no la desperdicies. A los dos nos interesa terminar esto cuanto antes.

—A ti más que a mí — dijo Segundo.

—De acuerdo, pero yo puedo hacerlo aquí si quiero.

Segundo se quedó pensando:

—Compro a ocho.

Luis Gómez puso las manos sobre la mesa. Volvió las palmas hacia arriba:

—No depende de mí, trataré de conseguirlos a nueve. No discuto contigo una peseta, ya lo sabes.

—No es una peseta — dijo Segundo —. Cada saco tiene sesenta kilos.

—Yo hablaré otra vez, pero no creo que consiga nada. Son garbanzos nuevos, de Burgos.

—¿Dónde están los sacos?

—En un almacén de piensos. Si los ves verás que es un regalo.

—Vamos a verlos.

Pagaron y subieron a la tartana. En el mismo almacén cerraron el trato a ocho cincuenta. Después volvieron a Tomar café en el bar de la Estación.

Al salir de Sisianes hacía ya mucho calor. Andaba viento sur. La yegua mantenía un trote regular, adorme-dor.

Al pasar frente a El Espinar, Segundo echó una ojeada por encima de la tapia. La casa era de piedra de sillería. En el portón de la entrada había un escudo. La mitad de los hombres de Villamayor trabajaban ahora para el dueño de El Espinar. Tragó saliva. Al dueño de El Espinar no se hubieran atrevido ni a hablarle.

Sintió una especie de rencor contra las dos palmeras que había junto a la casa, como si aquellos dos árboles le dijeran algo que le hacía daño.

Arreó la yegua. A los cincuenta y tres años un hombre ya sabe perfectamente lo que no conseguirá nunca. Las dos palmeras le ofendían. Se acordó de Luis Gómez y de los veinte sacos que acababa de comprarle.

Volvió a mirar a las palmeras. «Yo los compro ahora, como los compró hace dos siglos el abuelo de su abuelo».

No veía ya el escudo. Toda la alegría que sentía al sa-lir de Sisianes desapareció durante los cinco minutos que tardó en cruzar ante la tapia de El Espinar.

Al llegar a Villamayor estaban dando las doce. Las ruedas de la tartana se hundieron en la tierra seca de la primera callejuela. Se desprendía un polvo rojizo que le hacía toser. Pasó ante el caserón de la escuela. Las ventanas estaban sin cristales. Los niños, dentro, canta-ban el Cara al Sol antes de salir. Oyó las voces agudas, des-

templadas.

Al llegar a la plaza vio a Zoila que iba con un cuévano a la espalda. Vio aquel pelo dorado, recogido en una tren-

za que brillaba bajo el sol. Sintió ahogo otra vez.

Dio un golpe a la yegua que volvió a ponerse al trote.

No pudo alcanzarla. Zoila terminó de cruzar la plaza y desapareció por la esquina de la casa de la Chon.

Segundo tiró de las riendas al llegar a la tienda. Se bajó de un salto y entró en el soportal, Le dolieron los ojos, gritó.

—Boni, desengancha la yegua. Que no beba ahora mismo, viene sudando.

Se dio cuenta de que él mismo sudaba y sacó un pañuelo.

VII

Bernardo se rascó por tercera vez. Los pelos le producían un picor en el cuello. La proximidad de las primeras casas le hacía sentirse más húmedo y sucio. Llevaba una camisa azul, de tela basta, que se le adhería a la piel como si estuviera impregnada por dentro de una sustancia pegajosa.

Era un sudor de meses formado en interminables mi-nutos de espera; el agua desprendida de la piel en los momentos de miedo o de placer; minúsculos residuos acumulados en una capa impalpable, de olor.

Estaba entrando en Villamayor. Había dejado atrás el poste indicador con el nombre del pueblo y el yugo y las flechas. Zambrano, Manguán, el Gallardo y el Rojo se habían quedado en el Pico del Castillo para pasar la noche. Eran las siete de la tarde.

Desde el molino subió hacia el caserón de la escuela. Ahora todo el pueblo no era, como desde el Pico, un gran bloque de tejados y paredes rojos, semejante a una excrecencia roja de la tierra en torno a la torre de la iglesia construida con grandes piedras de color gris. Era otra

cosa más tierna y próxima, aunque desconocida. Y más sucia también. Era el polvo mezclado con las partículas de paja y el excremento de las vacas, las gallinas y las cabras; el olor del heno seco; el ruido de los utensilios de cocina; el llanto y los gritos de los niños, las voces de los hombres; rebuznos de asnos, un zumbido de moscas; algo turbador, entrañable, imperfecto y caliente: todo lo que trae el recuerdo de algo lejano, parecido a este olor y este ruido, algo perdido para mucho tiempo, o quizá para siempre, y por eso deseado con la fuerza con la que sea desean las cosas que no se gozarán jamás. Pensaba en otro pueblo en donde no podía entrar: Luganes, su propio pueblo, perdido como éste en la montaña, sesenta kilóme-tros más allá de Sisianes.

Se detuvo. Levantó la cabeza y aspiró el olor que salía de las casas y los establos.

Levantó la cabeza y aspiró el olor que salía de las casas y los establos.

Miraba a las ventanas sin buscar a nadie. No conocía más que a la Chon, de una vez, y a Félix, el caminero.

Siguió andando despacio. Todavía no había llegado a la plaza, y cuando fijaba la mirada en los balcones lo hacía, no para ver alguna cara, sino para llenarse de algo que no tenía. Estaba rodeado de gente que no le conocía: hombres que le miraban al pasar, con curiosidad, pero sin desconfianza; viejas desdentadas, esqueléticas, que hila-ban a mano en las mismas ruecas utilizadas por sus abuelas hacía más de un siglo; mujeres de cara chupada y vientre abultado que esperaban a que el terminara de pasar para seguir barriendo; niños de ojos enormes que le miraban interminablemente, sentados en el suelo, lle-

nos de mugre: pobres gentes de las que no tenía nada que temer.

Se sentía contento bajo el sol de la tarde, entre aquellos seres que le dejaban pasar, fijando su atención en él un momento, y olvidándole en seguida para siempre.

Ni siquiera pensaba en la Chon, a la que venía a bus- car. Caminaba despacio, dejando que el pueblo le reci- biera casa a casa, piedra a piedra, mostrándole sus puer- tas anchas y bajas por donde entraban juntos las personas y el ganado, las ventanas abiertas en las que de cuando en cuando asomaba una cabeza cubierta con un pañuelo negro, los corrales adosados a las paredes, de los que salía un olor acre que flotaba en las calles, persistente, macizo.

No tenía prisa. Al llegar a la plaza se detuvo otra vez. En la pared del Ayuntamiento estaban pintados dos letreros: «Saludo a Franco. Arriba España». En la fuente había una niña bebiendo agua.

Él mismo se acercó a beber antes de seguir. Dos chicos escuálidos, renegridos, tiraban piedras a los pichones que salían del campanario. Cuando se cansaron, echaron a correr por una calleja.

Bernardo empezó a cruzar la plaza. Un martillo es taba golpeando sobre un yunque.

Se detuvo, turbado por aquel ruido.

Cuando entraron en Luganes, no era un martillo sino un fuelle el que estaba sonando. Hacía ya tres años. Entraron los cinco, a la caída de la tarde. Habían espe-rado todo el día entre las rocas. Veían el letrero que negrea-

ba sobre la pared encalada de la fábrica de cur- tidos. A aquella distancia era imposible distinguir las letras, pero no necesitaba ver ningún letrero para saber dónde estaba. Conocía las casas, la iglesia, el almacén. Al atardecer había dado la orden. Entraron despacio, con las manos en los bolsillos, en grupo. El Rojo llevaba un saco a la espalda. No entraron por la carretera sino por el sembrado de Lucas. En el letrero de la fábrica de cur-tidos faltaba una letra, la L. Lo había notado al pasar, casi sin levantar los ojos: «Uganes».

Todo le había parecido más pequeño, como si no fuera su pueblo, algo que no le pertenecía ya, definitivamente extraño.

Al llegar a las primeras casas aceleraron el paso. Cuando oyó el ruido del fuelle, el corazón le dio un vuelco, pero no volvió la cabeza.

Zambrano iba a su lado. El Gallardo, Manguán y el Rojo, dos pasos más atrás. Eran ya su única familia y había sentido gratitud al oír aquellos pasos iguales a los suyos, lentos o tardos según fuera necesario, fieles.

—Ahí es —había dicho.

Pero no entraron por la fragua directamente. Un chico, sentado en un banco lleno de hollín, ti raba de una cadena de hierro. Entraron por detrás, por la cocina, dando un salto sobre el portillo de madera.

Cándido aún tenía las manos en el borde del plato y se levantó poco a poco. La grasa le chorreaba desde el labio.

—No te muevas, no hace falta — dijo Bernardo —. Por nosotros puedes seguir comiendo. Cándido se limpió con la mano, tragó lo que tenía en la boca, pero no

dijo nada. Miraba con los ojos muy abiertos.

—¿No me conoces? ¿No te alegras de ver a los amigos? Tenemos que hablar de algunas cosas, hemos venido a eso.

Cándido fue mirándolos uno a uno, sin poder hablar. Zambrano se había quedado en la puerta. El Rojo había sacado una metralleta del saco, y se acercó a la ventana.

El Gallardo cruzó los brazos, Manguán fue el único que se sentó.

Cándido vio que estaba perdido:

—Bernardo...

—Por fin, ya era hora, te cuesta reconocerme. Siéntate, no tenemos ninguna prisa.

Era verdad. No tenía prisa para quemar su odio y su tristeza, ahora que estaba delante del hombre que buscaba.

Cándido obedeció. Los ojos se le iban de un rincón a otro. El olor del tocino subía desde el plato provocándole arcadas.

—Bueno — dijo Bernardo —. Puedes empezar a hablar. Háblanos de Tino, anda —le aterraba a él mismo poder ya referirse a Tino con aquella frialdad —. Venga, empieza.

Cándido se quedó callado. Miró a Bernardo de reojo y después al Gallardo. Le salía a los ojos lo que pensaba. Era de día aún. Alguien vendría. Loren tiraba del fuelle en la fragua, al otro lado de la pared. Tendría que dar se cuenta. Alguien pasaría por la carretera, entraría. Vicenta había ido a buscar carne. No podía tardar.

—¿Qué miras? — dijo Bernardo —. Estamos hablando de Tino. Tú fuiste amigo suyo, de niños. ¿No te

acuerdas ya de que Tino era mi hermano?

A Cándido se le movió la nuez. El Rojo entreabrió la contraventana, y volvió a dejarla como estaba.

—No tienes ganas de hablar, me parece.

Cándido hizo un esfuerzo, sonrió:

—No sé, Bernardo — levantó los ojos y volvió a ba-jarlos. Una mosca se posó en el torrezno, subió por la corteza y se dejó caer hasta el plato —. Me das miedo. Hace mucho que no te veía. Estaba comiendo algo. No os he oído entrar —se disculpó. Los ojos no se le queda-ban quietos. Alguien podía traer un hacha a arreglar. Lo-ren vendría corriendo desde la fragua. Soltaría la cadena del fuelle y vendría corriendo —. Estaba comiendo un poco de tocino. No sé por qué me das miedo.

—¿Te doy miedo?

—No sé qué quieres. ¿Vienes a buscar algo? No te entiendo, me parece que estás hablando en broma y me parece que no. No sé. Así, al pronto, te he visto y no te he conocido pero eres el mismo, estás igual que antes. Más ancho si acaso.

—Sí, soy el mismo. Los dos somos los mismos. Te-nemos muchas cosas de qué hablar. Dime algo de Berta, por ejemplo — vio como Cándido tragaba saliva dos ve-ces —. De Berta sí querrás hablar, supongo.

Para él no era recordar, no era nombrar otra vez a su hermano Tino o a Berta su cuñada, sino sólo oír el gol-peteo de la sangre por dentro, volver a sentir aquella fie-bre que le había empujado por los montes como a una bestia herida, durante meses enteros, sin pensar en los muertos para nada, sino sólo en Cándido, en sus manos de garduña, en sus ojos juntos y huidizos.

—¿No sabes lo que quiero?

Cándido se mojó los labios. Se oía el reloj de pesas en el comedor. Bernardo estaba pálido, Cándido le miró otra vez buscando una esperanza. El fuelle seguía sonando en la fragua. Alguien vendría. Sentía frío aunque sudaba por todas partes.

—¿Estás dispuesto a pagar? Todo está pendiente todavía.

Cándido quiso levantarse. Bernardo le cogió por el brazo:

—Espera, ladrón, no tengas prisa. He vivido pen-sando en este día, he tenido que correr por las peñas, me siguen como a un perro. Por las noches sueño con la fragua. Te quedaste con todo. Te tengo envidia, ¿oyes?, tengo envidia del martillo y del fuelle. Enséñame los callos, los callos son de hombre, son buenos, tú tienes sangre en las manos, no callos.

Cándido se quedó quieto, miró a Zambrano, a Ber-nardo no le miró ya. La mosca volvió a plantar sus patas en el tocino.

—¿No quieres decir nada, no te defiendes? Te llamo ladrón y no te mueves. Ladrón y otras cosas. ¿No quieres hablar todavía?

Cándido estaba lívido pero no contestó.

—Levántate dijo Bernardo.

—Bernardo, tú sabes...

—Levántate, he dicho.

Se levantó:

—No he sido yo, no tuve ninguna culpa.

El fuelle no paraba. Un cerdo gruñía en la cuadra.

—Por lo menos di lo que harías tú si estuvieras en mi

lugar ahora — dijo Bernardo.

—No, Bernardo. Todo es mentira. No sé qué te han dicho. Me quieren mal, tú lo sabes. Yo no fui. Siempre os quise a todos, jugábamos juntos. A Tinuco no le vi. Cuando lo supe ya era tarde.

Bernardo se acercó a Cándido:

—Cállate. Hemos venido por el haza de Lucas, es un rodeo, ¿entiendes? Tú sabes por qué. No he querido pisar sobre su cuerpo. No perdisteis el tiempo, le enterrasteis allí mismo. Hay una charca al lado. Por allí pasan los bueyes cuando van a beber. Pisan y se cagan encima.

Cándido dio un paso hacia atrás:

—No es cierto, te han dicho cosas. Yo no me mezclé, al revés. Le mataron borrachos, antes de que yo me enterara. Hice lo posible, pero no me enteré. A Berta, después, la ayudé lo que pude.

—¿A Berta?

—Ella podrá decirlo, que lo diga, No la dejé sola. Los primeros momentos fueron malos. Yo hice lo que pude por ella, te lo juro.

—No jures. Sé lo que hiciste. La ayudaste tumbándola en una cama todas las noches. Tenías hambre atrasada, pasabas las manazas por todo lo de Tino, sin importarte nada.

—No, Bernardo, no es verdad. Escúchame a mí también, te crees lo primero que te dicen, escucha las dos partes.

—Esta casa era nuestra. La subastaron. ¿Quién pujó contigo? Te quedaste tú solo — respiraba por la nariz —. No te conformabas con la casa y la fragua. Tino te estorbaba, pero Berta se podía aprovechar. La deseabas

desde que Tino la trajo a casa por primera vez. La guerra te vino bien. Gritabas, levantabas el brazo, pero tú sólo querías esto.

—Bernardo... — comenzó a decir Cándido.

—Conmigo no contabas, creías que ya no volvería.

—No, no, escúchame.

—No estoy aún en un camino como él.

—Por lo que más quieras en este mundo, no sigas ha-blando así; déjame hablar a mí. Te lo diré todo. A tu padre yo mismo le salvé.

—Le encerraste, querrás decir. Bien sabes dónde está.

—Le salvé, querían matarle también. Lo hubieran hecho, estaban como locos, no perdonaban. Tu padre sabe...

Bernardo le interrumpió:

—Como vuelvas a nombrarle otra vez, te rompo la ca-beza aquí mismo.

Cándido había ido retrocediendo hasta la pared:

—Yo os quiero a todos.

—No sabes más que mentir.

—Llámame lo que quieras, insúltame, pégame, pero no tienes razón.

—No voy a pegarte — dijo Bernardo —. Voy a hacer otra cosa contigo.

Cándido apretó los labios, se apoyó en la pared.

—Voy a hacer lo mismo que tú. Tengo que hacer lo mismo para que estemos en paz. Manguán se levantó y se puso al lado del Rojo. La cadena del fuelle sonaba todavía.

—¿Dónde está tu mujer? — preguntó Bernardo.

—Ha ido a buscar carne, hoy es martes, matan.

—¿Adónde ha ido?

—Al matadero.

Bernardo sacó una pistola. Cándido dio un paso hacia un lado y se quedó quieto.

—Vas a mandar que la busquen.

Cándido no pudo moverse. Notaba aquello escurriéndole por las piernas abajo. Lo notaba cada vez más caliente.

—¿No oyes?

—Sí.

Lentamente se acercó a la ventana y gritó:

—Loren.

El fuelle se paró.

—Loren, dile a Vicenta que venga. Está en el ma-ta-dero.

Loren echó a correr.

Cándido se quedó en un rincón con las manos en los bolsillos. Tenía la cara cubierta de sudor como si estuviera en la fragua. Aquello le seguía bajando por el muslo.

Nadie habló hasta que llegó Vicenta. A ella se le cayó el capacho de la mano. Se agachó a cogerlo. Manguán cerró la puerta que había quedado abierta.

—Eres un hombre con suerte, Cándido. Cualquiera querría una mujer así. Ni Berta era igual entonces.

Vicenta llevaba una bata azul con botones blancos.

Bernardo se acercó a ella, le vio los ojos y se detuvo. Volvió la cabeza hacia Cándido mientras guardaba la pistola:

—¿Cómo lo hiciste tú?

Levantó la mano con brusquedad, cogió el vestido a

la altura del primer botón y tiró brutalmente hacia abajo. Tres botones saltaron. La tela se desgarró.

Vicenta llevaba una enagua blanca, con tirantes flojos. Tenía una piel morena, lisa. Cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los ojos. Estaba muy pálida.

En la fragua empezó otra vez el traqueteo del fuelle.

—Tenías esto en casa y no perdonaste a Berta —cogió a Vicenta por un brazo y la empujó hacia el camastro del rincón. Vicenta cayó sobre el jergón como una muerta —. No lo olvidarás nunca, ninguno lo olvidaremos.

Cándido no hizo un solo movimiento pero del pecho le salió un ronquido que le duró hasta que Bernardo se levantó del camastro.

Vicenta no se había movido, tenía los ojos cerrados.

—¿No defiendes a tu mujer?

Cándido juntó las manos, se dobló lentamente sobre sí mismo. Tenía la cara cubierta de sudor, de lágrimas. Los mocos le corrían hasta la boca.

Bernardo sacó otra vez la pistola, levantó la mano. Cándido puso los brazos delante de la cara:

—Quiero vivir, déjame — gritó con una voz desfigurada, como un aullido —. Quiero vivir, Vicenta va a tener un hijo mío, tú eres bueno.

Se dejó caer hasta el suelo, húmedo, sucio, maloliente. Lloraba; había algo horrible, grotesco, en su cara. Puso la cabeza sobre la abarca derecha de Bernardo, le cogió el tobillo con las manos y le besó el pie una, dos, tres, cuatro veces.

Bernardo sintió un vahído, dejó caer los brazos. Una arcada le subía desde el estómago. Levantó el pie izquierdo y piso a Cándido en la nuca, en el cuello, en

la nariz. Cándido lloraba y reía al mismo tiempo. De la nariz le salía un hilillo de sangre.

Bernardo se desprendió de un tirón, guardó la pistola. Le faltaba la respiración, tenía los ojos húmedos, nublados; la cabeza le daba vueltas.

Casi a ciegas buscó la puerta. En el suelo, Cándido seguía barbotando, riendo.

El martillo continuaba golpeando sobre el yunque. Durante un largo rato Bernardo no se movió. Ahora, en Villamayor, en la plaza de este pueblo en donde entraba por segunda vez en su vida, tenía la impresión de estar oyendo a su padre en la fragua, lo mismo que de niño.

Se dirigió al soportal lentamente. El sonido del caño de la fuente le refrescaba. Veía, al otro lado de la plaza, la puerta de la Chon. No quiso acercarse todavía. Siguió arrastrando los pies, se dejaba acariciar por lo que veía. Era bastante. Aspiraba el aire a pleno pulmón. Los niños salieron de la calleja gritando detrás de un perro que huía espantado.

El Boni estaba sentado en el banco del soportal. Se levantó al ver llegar a Bernardo y se colocó detrás del mostrador.

Bernardo miró los rincones, las hoces colgadas junto a la puerta de la trastienda, los pequeños cántaros de barro. No necesitaba nada de lo que veía. En la tienda olía a vino rancio, a cera y arenques.

—Buenas — dijo el Boni.

—Buenas. ¿Dónde puedo encontrar tabaco?

—Aquí — dijo el Boni — ¿Cuarterón?

—Me da lo mismo.

—¿Cuántos quiere?

Las moscas chocaban contra el mostrador como perdigones, iban a parar a la caja de arenques que había en un rincón. Se oía un zumbido continuo.

—Dame dos. Moscas no os faltan, ¿eh?

—No — dijo el Boni —. Las hay a millones -- lanzó una risita —. Están aquí desde la guerra.

—¿En invierno también hay?

—No se las ve, pero a éstas no las mata la nieve, se meten en los agujeros hasta el año siguiente — se agachó y buscó entre los cajones—. Aquí tiene.

Bernardo cogió los paquetes, y se quedó apoyado en el mostrador mirando las latas de escabeche y los mon tones de cebollas. En una esquina del mostrador había varias docenas de alpargatas de esparto.

—Si no lo toma a mal, prefiero que me pague el ta-baco ahora mismo — volvió a lanzar la risita —. No es por nada ¿sabe? Uno tiene que ayudarse con algo. Yo vendo mi tabaco, pero ya sabe usté como son de raros todos. Usté me entiende ¿verdad? No quiero que lo sepa el jefe.

Bernardo sacó el dinero y le miró a los ojos:

—¿Le engañas en todo lo mismo?

—No es engañar, el tabaco es mío.

Una mujer con un pañuelo negro en la cabeza, entró en la tienda.

—No está don Segundo — dijo el Boni nada más verla.

A la mujer se le escurría una gota de un lacrimal. Tenía una cara blanda y amarilla. Le faltaban varios dientes.

—¿Dónde está?

—Ha ido a la hoya a ver las patatas.

—¿A qué hora vuelve?

—No sé, a las diez.

La mujer vaciló:

—Díselo tú mismo, vendré luego. Él ya sabe que me hace falta para mañana por la mañana. Si no me deja el dinero me embargan.

—Ya, ya lo sabe, descuida. Se lo diré en cuanto vuelva, le diré que has venido tres veces.

—Gracias, Boni.

Cuando salió la mujer, el Boni se volvió hacia Bernardo:

—Son peores que las moscas.

—Supongo que no vendrá muy a gusto.

—No, pero el negocio no tiene la culpa. Se acos-tum-bran a esto. El que tenga la culpa que lo arregle.

Bernardo lió un cigarro:

—Dame cerillas, anda.

—Aquí tiene.

—Dame más.

—¿Cuántas cajas?

—Tres por lo menos.

Las guardó en el bolsillo después de encender el cigarro. Dio una chupada y echó el humo hacia el techo:

—Todos tenemos la culpa.

El Boni se encogió de hombros:

—El negocio es menor de edad. A veces me da lástima, pero yo soy un mandao. Yo cumplo con mi obli-gación.

—¿Y el tabaco?

—Son negocios distintos. Cada uno hace lo que puede.

En la otra esquina del mostrador, sobre una mancha de la madera, se formó un remolino de moscas. Desde el soportal entraba un airecillo fresco. Las moscas se quedaron pegadas, quietas, como si hubieran encontrado una enorme herida recién abierta.

—Bueno, hasta la vista, amigo, que haya salud.

—Gracias — dijo el Boni —. Servidor.

Tres niñas entraron en la tienda. La mayor dejó dos pesetas sobre el mostrador y pidió arenques. El Boni los cogió con la mano y los envolvió en un papel. Después se limpió los dedos en el mandil.

Bernardo se alejaba con el mismo paso de antes. El agua seguía cayendo del caño. Era un ruido vivo que llenaba la plaza. No había apenas gente. El suelo estaba cubierto de un polvo espeso con huellas de pisadas.

Se sentó en el borde de la fuente. El humo del ci garro ascendía en vertical. Un poco más allá de la es quina del Ayuntamiento, empotrados en la pared, había seis ganchos afilados y brillantes. Un cordero con ojos vidriosos colgaba cabeza abajo. La Chon no estaba en el portal.

Enfrente de éste, junto a una gran puerta de cristales verdosos, vio una barra cilíndrica, pintada a rayas rojas, blancas y azules. Se dirigió a aquella puerta y la empujó con el pie. No había nadie.

Echó una ojeada sobre los estantes y se sentó en el sillón.

No quiso llamar. Al cabo de un rato, un hombre calvo levantó la cortina que comunicaba con el interior, y se acercó. Hubo una tufarada de colonia barata.

—¿Hace mucho que espera? ¿Qué va a ser?

—Afeitarme — estiró las piernas con una profunda sensación de felicidad, y cerró los ojos.

El barbero tenía unos dedos huesudos, fríos.

VIII

La Chon subía delante de él. Una vieja, abajo, estaba limpiando las mesas. Iba sacudiendo las hojas de perió-dico que quitaba de los tableros. Un polvillo rosado caja al suelo con las moscas muertas que dos gallinas negras picoteaban con avidez.

—Si no haces esto te comen — dijo la Chon —. Cada hora hay que sacudir los periódicos.

Al llegar al descansillo se volvió sonriendo. Bernardo vio otra vez aquellas facciones alargadas, un poco ca- ballunas, aunque blancas y finas; la nariz curvada lige-ramente que caía sobre los labios partidos; el pelo lacio, recogido en la nuca. La miraba sin ardor, con una especie de repugnancia hacia aquel cuerpo que te nía ahora delante de él, deseándolo todavía con un de seo anterior, no actual, acumulado durante muchas horas de soledad.

—¿Es la primera vez que vienes? No me acuerdo de ti. Métete ahí, yo vengo en seguida. ¿De quién dices que eres amigo? Ahora mismo vengo, espera.

Había una cama estrecha, baja. En la pared, clavada con cuatro chinchetas, una fotografía de Celia Gámez, dedicada. La ventana era muy pequeña, estaba cerrada. En un rincón había una máquina de coser cubierta con una tela verde.

Mientras esperaba sentado en el borde de la cama, deseaba que la Chon no volviera. En seguida oyó los pasos.

Llevaba despierto mucho rato. Había oído los primeros silbidos de los hombres que daban de beber a los animales antes de salir a trabajar, de noche todavía.

La Chon roncaba a su lado, el pelo desparramado por la almohada. Tenía calor. En cuanto se movía rozaba el cuerpo de ella, una piel húmeda, caliente. Se quedó quieto, con los músculos relajados, escuchando el tictac del reloj que había en la mesilla.

Quiso levantarse para abrir la ventana. La Chon se despertó y le echó un brazo por el cuello:

—¿Qué hora es?

—No sé, tarde, más de las cinco.

—¿Las cinco nada más? Anda, no te levantes. ¿No quieres dormir un rato todavía? Vas a tener ojeras ma-ñana. Yo también, y es lo que siento. Él se levantó y abrió la ventana. Había ya sol. La Chon tenía un cuerpo blanco, mate, huesudo. Ahora, mientras parpadeaba sentada en la cama, no había en su cara ningún rastro de alegría. Se recogió el pelo con horquillas.

—Dame un cigarro. ¿A que no sabes lo que me co-mería ahora? Una sartén de patatas fritas. ¿Y tú?

Bernardo empezó a vestirse.

—¿Cuándo piensas volver? Toma la camisa. ¿Te vas contento?

—Sí — dijo Bernardo —. No sé cuándo podré venir.

—Bueno, tú ya sabes dónde estoy, vienes cuando quieras. Si yo no estoy abajo, no tienes más que pre-gun-

tar a la Paula. Es mejor que vengas después de las diez. Es mejor, ya sabes lo que son los pueblos. Ya he tenido algún lío, no creas. No te dejan vivir. Si no fuera por esto, no sé cómo nos apañaríamos.

—La próxima vez te traeré aceite si puedo —bromeó él.

La Chon sonrió:

—Anoche me creí que venías a otra cosa, de verdad. Entras así de serio, con esa cara, ya está aquí el lío, Chonuca. Un tío así de serio, como el jefe de aquí, me diste un buen susto.

Bernardo terminó de vestirse. Ella le acompañó hasta la escalera. Eran unos peldaños estrechos, sucios, co-midos por la carcoma. Las moscas zumbaban ya en los rincones.

Bernardo, ahora, sentía pena de dejarla allí. No veía más que los ojos tristones, una cara flaca, de mejillas hundidas, la mano fría que apretaba sus dedos para con-vencerle, para hacerle volver otro día, en un último in-tento de conseguir otra vez cinco duros.

—No te olvides del aceite, no es broma, me viene mejor que el dinero.

—Descuida — dijo él —. Si puedo conseguirlo te lo traeré

—Muchas gracias. No bajo contigo, mira cómo estoy.

—No, no hace falta. Sé salir.

Se soltó y empezó a bajar los escalones de dos en dos.

IX

El viento que le daba en la cara aumentaba su cansancio. Le dolían todos los huesos, como si le hubieran dado una paliza. Notaba los pies recalentados en las abarcas. Tenía sed.

Subió hasta el cementerio. Allí se detuvo un instante. El sol estaba ya alto. Desde el pueblo llegaba el mismo rumor apagado que le había recibido el día anterior. Sentía deseos de sentarse. Antes de seguir encendió un cigarro. Había dejado olvidado un cuarterón encima de la mesilla de noche de la Chon.

Bajó hasta la carretera general, la cruzó y siguió hasta el río. Lo vadeó. El murallón de arcilla era una gran mano roja plantada frente a él. Un caminillo en zigzag subía hacia el encinar. Estaba acostumbrado a verlo des de arriba y ahora tenía la sensación de que faltaban árboles. Veía, de cuando en cuando, algún hombre con una azada en la mano. El viento curvaba la hierba, todavía

húmeda de rocío. Los grajos lanzaban chillidos desde los eucaliptos, se oía un zumbido de insectos. Entre las zarzas había, de pronto, un movimiento brusco que le hacía volver la cabeza: algún cuerpo reptaba, huía de algún peligro desconocido.

Ahora, en aquel silencio, irritados los ojos por la dureza del sol, volvía a desear a la Chon, no el cuerpo de piel blancuzca que había tenido al lado durante la noche, sino aquella forma de honradez, su deseo de agradar, la franqueza de su mirada.

—Me parece que no te vas contento — había repetido ella.

—Ya te he dicho que sí.

—No sé, me parece que no. ¿Es que te pasa algo?

Le había acariciado la barbilla, sin mirarla.

Los grajos salían de los eucaliptos, cruzaban lentamente, en grupos. Oyó los graznidos, pausados, estridentes.

Había llegado a un montículo. Descubrió un nido de ametralladoras utilizado durante la guerra. Las zarzas ta-paban las troneras. Una lagartija se había parado sobre la torreta de cemento.

Siguió andando sin volver la cabeza para atrás. Es taba, otra vez, ante el monte.

X

Zoila se detuvo junto a la tapia del cementerio, dejó la carga de leña en el suelo. Sudaba. Volvía del encinar, hacia dos horas que había salido de casa.

—Vuelve por la era — le había dicho su madre al salir —. Si te cogen son diez duros.

—Es peor ir de noche, hay más vigilancia. De día piensan que no se atreve nadie.

—Lo dejas todo en el pajar, ya lo recogeremos después.

Desde donde estaba ahora, dominaba Villamayor. Algunas chimeneas humeaban. Era cerca del mediodía.

Para llegar al pajar no tenía más que descender unos metros y cruzar la era. Veía el hueco de la puerta, la cerca de piedra que había enfrente. En un extremo, tres higueras frondosas, altas. Desde la cerca hasta la primera casa del pueblo no había más árboles. Era un camino estrecho, arcilloso, duro. Se echó el haz a la espalda y siguió andando. Prefirió bordear la era. Algunos hombres estaban trabajando. No los miró, no levantó la cabeza. De los hombres que trabajaban no tenía nada que temer. Todos iban al encinar cuando lo necesitaban. Volvían por la noche, saliéndose de los caminos, como rateros. Al

que cogían le obligaban a llevar la leña hasta el Ayuntamiento, se la quitaban y le hacían pagar una multa.

—Alguna vez aprenderéis.

—Eran unas ramas del suelo, no iré más, no sabía que estaba prohibido.

—Nunca sabéis nada, siempre es lo mismo, alguna vez aprenderéis a no robar al pueblo.

—Son unas ramas, la multa no la puedo pagar.

—De momento la leña se queda aquí, ya veremos después lo que se hace.

En invierno se reforzaba la vigilancia. A Zoila la habían detenido una vez a la entrada del pueblo, a las once de la noche.

Ahora llegó hasta el pajar, abrió la puerta de un empujón y soltó la carga. Se sentó un momento junto a la pileta.

Después fue dejando las ramas en un rincón al lado del gallinero. Tenían leña para diez días.

Las gallinas la miraban desde el otro lado de la tela metálica. Cacareaban apagadamente. Había cinco y un gallo. Los soltó.

En invierno aquellas gallinas eran una pequeña ayuda. Zoila misma iba a veces a Sisianes a cambiar huevos por harina o judías.

Terminó de arreglar el pajar. Sintió bienestar al me ter las manos en el agua de la pileta. Las tuvo un rato allí. Se sentía más ligera, más alegre.

Salió, el sol la deslumbró, lo noto como una mano caliente en la cabeza.

Se paró a la sombra de las higueras. Había, al otro lado de la pared, doce colmenas. Las abejas zumbaban;

un olor dulce, a higos maduros, flotaba en el aire.

Unos chicos correteaban descalzos. Saltaron la cerca y se subieron a las higueras. Zoila se ajustó el pañuelo a la cabeza. Tenía hambre. Le dio envidia de los chicos.

XI

En el salón de Taces no cobraban la entrada. Cuando las parejas estaban bailando un hombre con un brazalete amarillo las iba parando una por una. Clavaba un alfiler con un lazo de papel rojo en la camisa de cada muchacho y le pedía dos pesetas.

Los cuerpos chocaban, se desplazaban trabajosa-men-te, en círculos, a empujones. Un humo espeso flo-taba so- bre las cabezas a pesar de que estaban abiertas las ven-tanas del salón. Olía a cuerpo humano, a sudor fermen- tado.

Bernardo se paró, soltó a Zoila. Buscó en el bolsillo y dio las dos pesetas al hombrecillo del brazalete. Veía la cabeza del Gallardo por encima de las demás cabezas. La música le aturdía. Trató de alejarse de la tarima donde estaban los músicos. Encontró una resistencia de cuer-pos, una pared espesa, caliente.

—No hay quien baile — dijo Zoila.

La miró otra vez. Tenía unos ojos grandes, tranquilos, de color de miel. La cabeza le llegaba a su hombro.

—Hay demasiada gente.

Volvió a ver al Gallardo en el otro extremo del salón. Giró, le perdió de vista. La masa de cuerpos los desplazó

lentamente hacia la ventana; entraba una luz dorada, débil ya.

—¿Es la primera vez que vienes? — preguntó ella.

—He venido alguna vez, hace tiempo. ¿Eres de aquí?

—No, yo soy de Villamayor, un pueblo de aquí cerca.

La pisó sin querer.

—Perdona.

Ella sonrió.

—¿Vienes todos los domingos? — dijo él.

—Sí, en Villamayor no hay nada. Venimos andando o en bicicleta, en invierno es mejor, se está bien, está calentito. Ahora hace mucho calor.

La música dejó de sonar. Se quedaron donde estaban. Bernardo encendió un cigarro:

—¿Bailamos otro?

—Bueno.

—Ya has visto qué mal bailo.

—Aquí no se puede ver, bailas corriente. Yo también bailo mal.

—Todas las chicas decís lo mismo.

Oía voces a su alrededor, palabras sueltas. No se volvió a ver dónde había quedado el Gallardo. Se alegraba de haber bajado. La chica levantaba los ojos de vez en cuando, no decía nada.

La música volvió a sonar, oyó los pies de todos. La abrazó, notó el olor de la colonia.

—A ver si podemos quedarnos aquí. Hay más aire.

No pensaba en nada, el humo del cigarro le subía hasta los ojos. Zoila tosió, Él tiró lo que le quedaba.

—Aquí es mejor ¿verdad?

—Sí.

—Si te piso perdona.

—No te preocupes, yo también te piso.

Por un instante volvió a ver la cabeza del Gallardo; iba sudando, serio.

—Aún no me has dicho lo principal.

—¿Qué es lo principal?

—¿Cómo te llamas?

—¿Eso es lo principal? Me llamo Zoila.

Una pareja chocó con ellos. Sonrieron los cuatro.

—Al entrar me fijé, he tenido suerte hoy.

Zoila no contestó.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

Siguieron bailando en silencio. No estaban ya junto a la ventana.

—Aquí te llevan aunque no quieras.

Zoila sonrió.

—Yo no te suelto ya. Tú veras lo que haces.

—¿Y tu amigo?

El pasodoble terminó. Los músicos cambiaron los papeles.

—¿Quieres tomar una gaseosa?

—No, deja.

—Anda, ven, yo tengo sed.

Fueron hasta el mostrador.

—¿Quieres una gaseosa o una cerveza?

—Lo mismo me da, lo que tú pidas.

—Dos cervezas — pidió Bernardo.

—Cerveza no hay — dijo el hombre del mostrador.

—¿Qué es lo que hay? — preguntó Bernardo.

—Vino y gaseosa

—¿Quieres vino?

—Prefiero la gaseosa.

Bebieron. Bernardo pagó.

—¿Seguimos bailando?

Zoila abrió los brazos, se dejó coger.

Estuvieron un rato sin hablar. Los cuerpos seguían empujándolos, llevándolos hacia la tarima.

—¿Y tú cómo te llamas? — preguntó Zoila.

—Yo, Bernardo

—¿Tú tampoco eres de aquí?

—No, soy de Luganes.

—¿Trabajas por aquí?

—No, estoy aquí de paso, ahora no trabajo.

El Gallardo y Andrea estaban frente a ellos, tropezaron de intento, rieron.

—¿Qué tal?

—Bien.

Otra pareja se interpuso. Las bombillas del salón se encendieron. Zoila levantó la cabeza. Él vio otra vez las pestañas, la cara de niña.

—¿Hasta qué hora estáis?

—Hasta las nueve. Tardamos media hora en llegar.

La música volvió a parar.

—Si quieres nos sentamos.

—Como tú quieras. Falta que haya sitio.

Lo encontraron en un rincón. El banco era de madera, la pared estaba fresca. Se veían las vigas del techo, había unas telarañas espesas, grises. En la calle, un grupo de muchachos se puso a cantar. El hombre del brazalete se acercó a hablar con los músicos.

Las parejas empezaron a moverse otra vez, arrastra-

ban los pies.

Bernardo y Zoila se quedaron mirando. Él agarró el borde del banco con las manos. Volvió a encender un cigarro, echó el humo hacia el techo. Dio tres largas chupadas.

—¿Así que no tienes trabajo?

—Ahora no.

—Es lo peor, no tener trabajo.

El ruido, en el salón, los aislaba, los dejaba solos.

—Mi padre, en invierno, se encierra en la cocina, no se le puede hablar. Le hablas y no te contesta.

Bernardo no dijo nada, miraba la punta del cigarro. Volvió a dar tres chupadas, lo tiró. Zoila se abanicó con el pañuelo. Estuvieron allí un rato. Por las ventanas ya no entraba luz.

—¿Bailamos otro poco?

Zoila se levantó. Él le vio la trenza, rubia, brillante bajo las bombillas.

—¿Vas a venir el domingo?

—Claro.

—¿A qué hora?

—A las siete, como siempre. Venimos antes, pero estamos por ahí, aquí no entramos hasta las siete, antes no hay quien pare.

Bernardo la llevó hacia la ventana.

XII

A las ocho y media llegó Bernardo. Acababan de encender las bombillas. Zoila estaba bailando, llevaba un vestido azul, la trenza recogida en la nuca. Bernardo esperó junto a la ventana, de pie, con los brazos cruza dos. Cuando la vio sola se acercó.

Zoila dijo:

—Creí que ya no venías. ¿Cómo vienes tan tarde?

—No he podido venir antes — de nuevo le asombró el dulzor de los ojos, una mirada honda, apacible. Acababa de bajar, había venido solo —. ¿Quieres que bailemos o nos sentamos?

—Como tú prefieras, yo ya casi tengo que irme. ¿Y tu amigo?

—No sé, no le he visto. ¿Qué hacemos, di? Yo prefiero hablar, bailando no puedo hablar, tengo que contar los pasos. Vamos a tomar algo si quieres.

—No, acabo de ir, si tú quieres ir te acompaño.

—Por mí, no —se sentó en el banco —. Siéntate aquí. Las parejas llegaban hasta allí, les rozaban las rodillas al pasar.

—No iba a venir, he venido por no sé qué, para verte — le miraba los ojos, extrañado de verlos como el

domingo anterior, iguales a sí mismos, límpidos, llenos de luz —. No debía decírtelo porque luego os ponéis ton-tas, me acordaba de ti.

Ella no contestó.

—¿Qué piensas?

—¿Qué voy a pensar? — dijo ella.

—No sé — miró para arriba —. Hoy hace menos ca-lor que el otro día, estás menos colorada. Me gusta el vestido ése.

—Es el mismo del domingo.

Un muchacho se acercó a Bernardo y le pidió lumbre. La llama de la cerilla le alumbró la cara. Tenía unas cejas negras, anchas; la nariz como un jarro abollado sobre los carrillos amarillentos. El humo le hizo parpadear.

—Gracias.

Zoila se alisó la falda:

—¿Por qué te acordabas?

—¿Por qué me lo preguntas?

Zoila se echó a reír:

—Por saberlo.

—¿No lo sabes?

—No.

—¿Te acordabas tú de mí?

Sentía un frescor al hablar así, como no hablaba desde hacía mucho tiempo. Seguía mirándola a los ojos, obligándola a apartar la vista, a pensar las palabras. Una de las amigas de Zoila se acercó a ellos.

—Aquí un amigo — dijo Zoila.

Bernardo se levantó.

—¿Es que no bailáis? — preguntó la chica.

—Sí, estábamos descansando un poco.

—¿Has visto a Sito?

—Le vi antes — dijo Zoila —. Bailé un baile con él.

—Adiós — dijo la chica, dio la mano a Bernardo antes de irse.

—¿Bailamos el último?

—El primero, querrás decir — puntualizó Zoila.

Se pusieron a bailar.

—¿Por qué venís aquí? — preguntó él.

—¿Dónde vamos a ir?

Bernardo no contestó.

—Aquí, por lo menos, te olvidas de todo — siguió Zoila —. No piensas. Lo malo es a esta hora, cuando hay que irse. Iríamos a otro sitio si lo hubiera. Las romerías no nos las perdemos. Ya pronto viene la fiesta de Villa-mayor.

Él escuchaba aquella voz. Bailaban sin mirarse. Las amigas de Zoila vinieron a buscarla:

—Despídete, nos vamos dentro de cinco minutos.

—¿Te quedas o te vienes?

—No, no, me voy, un bailecito nada más — notaba la mano de él en la cintura.

No hablaron ya hasta que se soltaron, Bernardo la acompañó hasta la puerta.

—Bueno — dijo Zoila — ¿Te vienes tú también?

—No, yo me quedo. El domingo no sé si vendré.

—¿No te gusta esto?

—No es eso, es que no estoy a gusto; una vez, bien, pero hay mucha gente, no quiero verte aquí.

—La gente no importa — dijo ella — El domingo es el único día bueno. Tenemos toda la tarde por delante.

Bernardo volvió la cabeza hacia la calle. Las chicas

Reían, tocaban los timbres, se gritaban.

—Si no vengo el domingo, iré el jueves a la presa de Villamayor, te veré allí.

—¿Por qué allí? El jueves yo no puedo, puedo sólo un rato.

Las chicas llamaban:

—Vamos, Zoila, nosotras nos vamos.

—Ahora voy — dijo Zoila — Ir delante, espérame tú, Andrea, en seguida las alcanzamos.

—¿Irás? — preguntó Bernardo.

—Procura tú venir aquí, no está tan mal, tenemos toda la tarde.

Bernardo le dio la mano:

—Anda, te están esperando.

Ella notó que la mano la apretaba, que no quería de-jarla marchar.

—Hasta el domingo.

Bernardo la vio alejarse. Los faros de las bicicletas se encendieron. Zoila levantó la mano en señal de despedida antes de desaparecer.

Bernardo esperó un momento. Oía la música del salón, las voces.

Cruzó la carretera, notaba ya la humedad del rocío.

Conocía el camino, se desvió al llegar al atajo. El frescor de la noche le despejaba. La neblina empezaba a espesarse sobre su cabeza.

Los dedos le olían aún a la colonia de Zoila, se llevó la mano a la boca.

XIII

Los notaba todavía, pequeños y duros, una piel suave y morena. «Más, Segundo, más, ahora aquí».

Y, sin embargo, todo volvía a su sitio lentamente, sin que él hubiera llegado a abrir los ojos del todo.

Iba viendo la percha de madera, el lavabo con la palangana partida, el aparaguas colgado detrás de la puerta. Sólo conservaba ahora, bajo los gruesos barrotes de la ventana que daba a la plaza, el deseo crecido, como una llama, en el sueño de las tres de la tarde.

Tenía la boca reseca, le sabía mal la lengua. Era como si un puñado de algo repugnante le subiera desde el estómago en una tufarada que reventaba entre los dientes.

Sacó la lengua, vio unos puntos amarillentos. Escupió, pero el mal sabor no le desapareció. En el soportal las moscas zumbaban en espesos enjambres. A través de la persiana vio algo sanguinolento en el suelo, una especie de oscuro temblor bajo la voracidad de aquellos insectos asquerosos, insaciables.

Había acariciado sus pechos, los notaba aún bajo las manos. «Ten la trenza, te la regalo, no lo haría por nadie. Toca aquí, mira».

La persiana vieja, de un verde indefinible, dejaba ca-

larse doce rayas blancas. La sábana, ahora, parecía como el lomo de una cebra caliente bajo sus piernas.

Había soñado. Sintió asco y pena. ¡Qué calor! Soñar otra vez a estas horas.

Se contemplaba las piernas despiadadamente. Eran dos sarmientos blancuzcos, cubiertos de vello. El sudor de las rodillas había mojado las sábanas. Sin mirarlo, se veía el vientre hinchado. El pelo era lacio y áspero, como el del sexo, y formaba una malla sobre la piel. No podía engañarse, empezaba a hacerse grasa todo él. ¿Empeza-ba? ¿Más ilusiones todavía?

Había soñado con sus senos y ahora la boca le sabía a inmundicia. Era lo único que le quedaba de todo, lo único real. Pero tampoco podía seguir durmiendo, pues aquel sol que dejaba pasar la persiana resultaba insoportable allí dentro. El parloteo monótono del Boni, al otro lado de la verja, era más molesto que el zumbido de las moscas sobre el trozo de hígado.

Se levantó. No veía el mostrador, pues aún debía cruzar el comedor, pero le llegaba ya el olor de los arenques y la cera. Si hubiera abierto de golpe la puerta, el manojo de hoces y hojas de dalle habría chocado contra la pared, habría estado un rato balanceándose sobre su cabeza. De los botes de las paredes, punteados de negro, hubieran escapado también aquellas moscas grandes, siempre hambrientas.

Una pierna de cordero, envuelta en un paño azul, había empezado a ser devorada por aquellos minúsculos animales sin dientes.

Dio un manotazo. No le quedaba más que el recuerdo y la saliva amarga en la boca.

El Boni, adormilado, seguía sentado en el banco del soportal, hablando con otro hombre. Se oían los cascos de un mulo sobre las piedras que rodeaban el abrevadero El mostrador estaba plagado de moscas que se agitaban incesantemente, movidas por un hambre insaciable de la trompa y del sexo.

Volvió a golpear sobre la madera. Hubo un revuelo, un zumbido más fuerte.

No podía seguir engañándose, la esperaba sólo a ella, detrás del mostrador, en el soportal, cuando salía a ver las mujeres que llenaban cántaros en la fuente.

Notó más calor que antes. Se desabrochó la camisa.

—Boni — gritó.

—Mande usté, don Segundo.

—¿Ha venido el correo?

—No, señor.

—¿Qué hora es?

—Hace un rato que tocó la parroquia.

Asomó la cabeza. El Boni se puso de pie.

—¿Hasta cuándo piensas seguir hablando? Hablas como una cotorra, no hay quien lo aguante.

—Ya me callo — dijo el Boni.

Volvió a meterse dentro. Había soñado otra vez. Y precisamente a esta hora, después de comer, con la ropa pegada a la carne por el sudor.

«Haz conmigo lo que quieras».

¡Qué canallada! Las moscas revoloteaban sobre el mostrador, pareaban en las paredes, en el borde de los cajones. Dio un portazo. La cortina flotó un instante sobre la puerta.

Al llegar a su habitación gritó sin ninguna esperanza:

—¿Quieres callarte, Boni?

La mujer no chillo, pero se levantó de un salto. La mecedora quedó balanceándose.

Bernardo tenía las manos en los bolsillos.

—No se asuste — dijo lentamente. La papada de la mujer templequeaba —. No va a pasarle nada, puede estar segura.

En la habitación no hacía calor aunque eran las tres de la tarde. La ventana estaba abierta. A través de la per-siana de madera se veía el portón de la entrada, con el escudo de piedra.

—¿Dónde está el niño?

La mujer contestó algo que no se entendió. El labio le colgaba, se le veían unos dientes largos y verdosos.

—Le he dicho que no tenga miedo — repitió Bernardo—. Nos hace falta dinero, no queremos hacer nada al niño. Dígale eso al padre cuando vuelvan. Sin el niño no hacemos nada. ¿Dónde está ahora?

—En el primer piso, durmiendo.

—Subir vosotros.

Subieron Zambrano y el Rojo.

En el zaguán, colgada de la pared, había una caldera de cobre brillante. La escalera relucía.

—Viven bien en El Espinar.

—Es peor verlo — dijo Zambrano —. Embadurnan con cera los escalones y pagan seis pesetas a las escar-da-doras. Es un juego que aprenden de niños.

En el pasillo habla cuatro puertas. Los dos primeros dormitorios estaban vacíos, Alguien había estado echado sobre la cama de matrimonio. Al final del corredor en la

pared, había una cabeza de ciervo.

El niño dormía en la habitación del fondo. Cuando lo despertaron se echó a llorar.

—Calla, leche — dijo el Rojo —. Nadie va a comerte.

—Vamos — dijo Zambrano —. De prisa.

La mujer no había querido sentarse.

—Oiga dijo el Rojo — Dígale que se calle.

—Ir saliendo — ordenó Bernardo —. Tú, Zambrano, llévate al niño. Avisar al Gallardo al salir.

La mujer había ido palideciendo. Tenía de sudor en la frente.

—Tranquilícese — dijo Bernardo —. Que lleve el dinero él mismo, en persona. Que lo deje y se vuelva a casa a esperar. Al niño no va a pasarle nada — la mujer le miraba aterrorizada, desfallecida. Se acercó a ella y le cogió la mano —. ¿No me oye?

—Sí, sí — aquel cuerpo grueso y húmedo se es-tre-meció, como si le hubieran golpeado —. Sí, señor.

—Siento tener que hacer esto, pero sin el niño no nos daría el dinero. Dígale que el niño estará aquí al día siguiente. No quiero que lo sepa la guardia civil. ¿Se lo dirá? Si lo sabe la guardia civil será peor para todos.

Ella estaba ya demasiado excitada para hablar y apenas hizo un gesto afirmativo con la mano. El párpado derecho le temblaba.

Bernardo se volvió y echó a correr. La mujer comenzó a gimotear.

Él no dudó, abrió la puerta y salió al paseo. Antes de llegar al portón notó ya el calor agobiante. El sol reverberaba en el agua del estanque que había en el jardín.

Iba corriendo, notaba un latido profundo en los oídos.

Un viento seco, cálido, le daba de frente.

Sabía dónde le esperaban los otros. Estaba solo otra vez, rodeado de bardales que crepitaban como si estu-vie-ran ardiendo. Se oían las chicharras en el aplastante si-lencio de la siesta.

Siguió corriendo.

XIV

—Es mucho — dijo Segundo entornando los ojos. Lo veía y no lo podía creer. Veía al dueño de El Espinar, sentado frente a él, con la cara pálida, seca, aparentando una tranquilidad que no sentía y que incluso desmentía ostensiblemente aquel tic de la mejilla delatándole por momentos —. Es mucho dinero — repitió. Hablaba despacio, con cara preocupada. Tenía que apretar los labios para no mostrar su alegría.

«Es un estúpido. Pide como un estúpido. Sería mejor llorarme, atacarme de otra manera».

Tenía que alargar aquello como fuera. No estaba dispuesto a soltar el dinero. Por lo menos a soltarlo con facilidad.

—Yo sé que usted lo tiene — dijo el hombre.

«Mejor», pensó Segundo. «Mejor que lo sepas». Le parecía estar viendo las dos palmeras que le insultaban, dos árboles inútiles, ofensivos, canallas.

—Quiero decir que usted puede disponer de esa suma ahora mismo — añadió el hombre —. No tengo más que unas horas de plazo. Por supuesto, necesito el dinero en metálico, un cheque no me vale — vaciló. Segundo espiaba todos sus gestos. Ahora le pareció un hombre viejo, cansado. Hablaba correctamente, con una voz ligeramente nasal —. He de hacer un pago con toda

urgencia. Y precisamente en dinero.

—Sí — dijo Segundo. Necesitaba ganar tiempo, pro-longar la situación cuanto fuera posible.

Sentía un gozo que le trastornaba frente a aquel hombre que ahora esperaba sus palabras, mirándole ansio-samente, con la frente un poco inclinada

Se hubiera puesto a gritar de alegría. Los hombres y las mujeres del pueblo iban a trabajar las tierras de aquel individuo que ahora empezaba a sonreír con una frialdad que le enfurecía, como quien está acostumbrado a pedir y deber grandes cantidades. Eso era ser rico: deber, deber mucho, deber a todo el mundo. No deber un trozo de jabón o unas alpargatas sino deber a los Bancos, a las fábricas proveedoras, a todo el que se pusiera por delante. Deber de manera que el que venga a cobrar hable como si fuera el deudor y cuando reciba su propio dinero se vaya dando las gracias al que acaba de pagarle. Él no había sido nunca rico, no lo sería nunca.

Pensó otra vez con furia en los sacos que había com-prado a Luis Gómez.

Él compraba sacos, bidones de aceite, había esperado veinte años en una trastienda de Valparaíso antes de volver a Villamayor. Había vuelto para ver aquellas palmeras que le producían vómitos. En el 36 le habían perseguido como al dueño de El Espinar, le habían metido en el bando de las palmeras, cuando él odiaba aquello tanto como a los hombres y las mujeres que fueron a buscarle.

Sacó el pañuelo y se sonó. A él le debían las alpar-gatas, los arenques, los semestres de las hipotecas, algo sagrado, pero pequeño; le llamaban de tú, le contestaban.

Miró de reojo a aquel hombre. Odiaba aquella fren-

te, la mirada inquieta e implacable, los labios plegados, rígidos.

—Lo comprendo — dijo arrastrando las sílabas.

Sentía respeto por el dinero. A él el dinero siempre le había parecido importante, el dinero se le había resistido como una bestia indómita. Lo que había logrado en su vida, lo había pagado a un precio demasiado alto.

Volvió a limpiarse la nariz, calmosamente. Que es-pe-rara. Venía a pedir y él, Segundo, tenía que agradecerle que hubiera venido. Tenía dinero, podía darlo, no hubiera tardado nada en sacarlo del cajón de la cómoda y dejarlo sobre la mesa, pero quería verle perder la calma, oírle suplicar, pedir por favor. Veinticinco mil pesetas eran mucho dinero incluso para el dueño de El Espinar.

Necesitaba oírselo decir. Sonrió:

—Sí, a veces pasa, una pequeñez puede ponernos en apuro. ¿A quién no le ha ocurrido eso? Pero, con fran-queza, lo que usted necesita no es una pequeñez.

—Para usted sí.

A Segundo le irritó sentir satisfacción.

«Sacas la lengua, terminarás por lamer si te hace falta». Pero temía precisamente lo contrario.

Necesitaba oírselo decir. Sonrió:

—Es mucho dinero para cualquiera.

Le extrañaba encontrar tan poca resistencia.

«Cuando los aprietas patalean como tú, culean lo mismo. No son más que nosotros, somos nosotros los que nos arrugamos. »

El hombre se llevó la mano a los labios, tosió li-geramente:

—Además — añadió—, me parece que estamos

des-viándonos del asunto. No vengo a pedir limosna. No ne-cesito decir que estoy dispuesto a pagar cualquier interés y a dar toda clase de garantías.

«Maldita sea la madre que te parió», pensó Segundo. Temblaba de cólera. Las palabras groseras le hervían en la garganta.

—No es eso — dijo —. Su nombre bastaría, créame. No sería necesaria otra garantía.

El Boni golpeaba el mostrador con el mandil. Las moscas zumbaban furiosamente, hacían un ruido sordo. Un frasco cayó al suelo, se hizo añicos.

Segundo se echó hacia atrás y luego hacia adelante. Se quedó en el borde de la silla.

—En una palabra, no sé, no puedo. ¿Para qué lo quiere usted? — había ido perdiendo terreno. Compren-dió que acababa de dar un paso en falso. Su propia torpeza le llenaba de ira. No tenía sentido ya continuar aquel juego idiota —. ¿Para qué lo quiere? — repitió bru-talmente.

El hombre parpadeó como si le hubieran puesto de-lante un enorme foco de luz.

XV

Algunas parcelas no estaban segadas todavía.

Soplaba un viento ligero, caliente. Los tallos se cur-vaban. Abajo, los maizales despedían un olor áspero. Junto a las primeras rocas, giraban remolinos de polvo.

En un prado tres vacas pacían una hierba rala, es casa, consumida por la sequía del verano. Desde arriba vieron al dueño de El Espinar. Andaba despacio, con la cabeza levantada que no volvía hacia los lados aunque era evidente que miraba de reojo a las cunetas.

Al llegar a la altura de la ermita derruida, dejó la carretera y se encaminó directamente hacia las rocas. Ahora marchaba ya más de prisa. No se volvió una sola vez a mirar atrás.

Al cabo de un rato se detuvo, vaciló. Tardó en re conocer el grupo de árboles adonde tenía que ir. Desde donde estaba se veían los nidos de las águilas y los buitres.

Miró, ya sin disimulos, en todas direcciones. En el silencio que le rodeaba, el ruido de los granillos de polvo se confundía con el de las hojas de los árboles.

Se acercó a una piedra, metió la mano en el bolsillo

y sacó algo que dejó en el suelo. Después echó a andar, volvió sobre sus pasos. Tampoco ahora miró atrás ninguna vez. Iba con la espalda un poco inclinada hacia el suelo.

Pronto fue un punto en la lejanía, un animalillo ino-fensivo, lleno de miedo y de esperanza.

Un carro cargado de heno cruzó la vía férrea. De los maizales se levantaba un ruido de hojas, de tallos duros.

Segundo miró otra vez la firma. Una rúbrica llena de energía. Como si no fuera una deuda. Sentía lo mismo que si hubiera entregado su propia sangre.

Rasgó el recibo, lo tiró al suelo. Vio los trozos, y empezó a gritar:

—Boni, Boni, ¿quieres venir, imbécil? — se quedó escuchando —. De prisa, trae algo para pegar un papel, de prisa.

XVI

Bajo el sol poniente, el Pico del Castillo proyectaba una sombra triangular sobre todo el valle. Desde el río subía un aire húmedo, olía a juncos, a barro. Un rumor de encinas llegaba desde el murallón de arcilla.

Se oía el fragor del agua al caer desde lo alto de la presa. La espuma se quedaba pegada a las piedras, hacía remolinos.

Bernardo estaba esperando en la orilla, junto a un árbol. Al ver a Zoila salió a su encuentro:

—Gracias por haber venido, yo acabo de llegar ahora mismo.

Se pusieron a andar a lo largo de la margen derecha. A lo lejos, en un cerro, tres hombres cargaban un carro de hierba.

Fueron un rato en silencio, incómodos. En el atardecer las sombras de los álamos se alargaban fantásticamente hasta parecer cintas violetas sobre el fondo rojizo del suelo.

—¿Fuiste a Taces el domingo? — preguntó él —. Tenía miedo de que hoy no vinieras.

—Sí fuimos — dijo Zoila —. Hubo poca animación.

Habían llegado al recodo de la corriente.

—¿Seguimos?

—Bueno — dijo Zoila —. Tenemos muy poco rato. ¿Por qué no quieres ir a Taces? Es el mejor sitio de por aquí. Sisianes cae muy lejos. Hay cine. Un día se puede ir, pero más no. Taces es lo mejor.

—Prefiero verte aquí.

—Aquí no podemos vernos. Hoy, bueno, pero yo no puedo venir a estas horas, me viene mal.

Él caminaba en silencio. Los vencejos cruzaban veloces. Se oía el aleteo de los primeros murciélagos.

Por el agua los zapateros se deslizaban a sacudidas, contra corriente. La neblina se espesaba sobre el río.

Iban el uno al lado del otro, rozándose en los codos. Al otro lado de un maizal se oían voces, ladridos de perros.

Anduvieron más de un cuarto de hora, sin hablar apenas.

—¿Volvemos ya? — dijo él —. ¿No se te hace tarde?

—Sí, un poco, vamos.

Volvieron despacio, por el mismo camino. Cuando llegaron al recodo de la corriente, él se detuvo, encendió un cigarro. Zoila sopló la llama de la cerilla.

A medida que se acercaban de nuevo a la presa aumentaba el ruido del agua, notaban en la piel la hume-dad.

—Zoila — dijo él de pronto, y se paró otra vez.

No dijo nada más. Zoila también se paró y se le quedó mirando a los ojos en los que había ahora un destello de angustia, algo que no era miedo sino una especie de súplica, una chispa de debilidad.

Durante un instante Zoila sintió temor, se arrepintió de haber ido a la presa:

—¿Por qué me miras así, qué te pasa? — él se había quedado parado frente al sol. Un tenue rayo le daba en los ojos que, en este momento, eran dos círculos de chispas azules con un punto negro en el centro.

Bernardo no se movió, sonrió:

—¿Vendrás mañana, querrás venir otra vez?

Zoila tardó en contestar. En la suave claridad que llegaba todavía de poniente, podía ver aquel cuello, la barbilla, el rostro seco, de pómulos salientes, aquella especie de fuerza contenida que vibraba en la piel de sus brazos cruzados sobre el pecho.

—¿No estoy hoy aquí? — replicó por fin.

Bernardo se inclinó como un muchacho. Buscó, con torpeza, la mano de Zoila que no la retiró.

—¿Aquí mismo, a la misma hora?

—Sí — dijo Zoila.

—Gracias, yo vendré un poco antes, estaré aquí cuando vengas. Ven por lo menos mañana.

Zoila se soltó, empezó a andar. Al llegar a la pendien-te le dijo adiós con la mano.

XVII

Volvieron a encontrarse en la presa, a la caída de la tarde. Nada más ver a Zoila, Bernardo dijo como el día anterior:

—Gracias.

Fueron por el mismo sitio. Los maizales despedían un olor áspero, la neblina flotaba sobre el río.

—¿Qué has hecho hoy? ¿Te viene mal venir a esta hora? ¿Qué podemos hacer para vernos?

—Me viene un poco mal — dijo Zoila —. Es igual, te dije que vendría.

—Voy viendo que eres una chica de palabra.

—No te fíes — dijo Zoila.

Pasaron más allá del recodo, no se detuvieron.

—Cuéntame lo que has hecho hoy, anda —dijo él.

—Lo mismo de siempre, ¿qué quieres que te cuente?

—Qué sé yo, lo que sea.

—No hay nada que contar.

—Algo habrás hecho, siempre hay algo que contar.

Zoila se echó a reír:

He ido a sayar, eso no tiene nada que contar, ahora sayamos lo tardiego, aquí siempre es lo mismo. El viernes de la semana que viene, no, el de la otra, es la fiesta de aquí.

—¿Hay romería?

—Y verbena, vienen músicos de Sisianes, sacan el santo de las monjas. Lo sacan una sola vez al año, viene gente de Taces y de todos los pueblos de por aquí. ¿Vas a ir el domingo a Taces?

—No lo sé todavía.

Zoila dejó de hablar. Fueron un rato sin decir nada.

—¿Cuántos músicos vienen?

—¿Adónde, aquí?

—Sí.

—Pocos, cuatro o cinco. Bastantes para aquí. El baile se arma en la plaza, al lado del Ayuntamiento — le miró de reojo —. A veces me parece que no me escuchas, que estás pensando en otra cosa.

—No es eso — sonrió él.

—¿Pues qué?

—Lo que pasa es que me gusta oírte hablar, me gusta la voz.

—Eso es que no te importa lo que digo.

Bernardo se echó a reír y la cogió de la mano, ella se soltó.

—Me importa lo que dices y me gusta la voz, me gusta todo — se había parado, la miraba fijamente —. Zoila — era la misma voz que la tarde anterior —. Lo único que importa es que estés aquí, conmigo.

—¿Por qué quieres que nos veamos aquí?

—Él se quedó pensativo, tenía los labios apretados, rígidos. Por fin contestó lentamente:

—Aún no puedo decírtelo.

Ella volvió la cabeza para la presa, dijo:

—Vamos a volver.

Bernardo, ahora, le cogió la mano entre las suyas y la retuvo aunque ella hizo fuerza para retirarla.

—Puedo decírtelo, voy a decírtelo, pero todavía no tengo derecho a hacerlo.

—No sé lo que quieres decir, cuando hablas así no te entiendo. Ayer tuve miedo cuando te paraste. Yo sólo entiendo las palabras de todos, no entiendo lo que no pueden entender todos.

Bernardo pidió:

—Prométeme que volverás mañana.

—No te lo prometo, vendré pero no te lo prometo.

Andaban muy despacio. La noche caía sobre el río. Desde un prado llegó el mugido de una vaca, el silbido de un hombre.

—No eres siempre igual, a veces cuando una menos lo espera, cambias. Parece que te burlas.

Bernardo no le había soltado la mano. Le iba acariciando los dedos, pasando los suyos suavemente sobre la piel de la muñeca y la palma.

Ella andaba ahora casi de puntillas, molesta por la humedad de las alpargatas. Había ya rocío, la neblina se extendía hacia arriba.

—No me gusta que me des las gracias cuando vengo —dijo Zoila. —. Me parece que estás moviendo las manos así; si vengo, vengo¸ no tienes que darme las gracias.

Él no contestó, siguió acariciándola, sin separarse de su lado.

Se oía ya el ruido de la presa. En alguna parte un hombre cantaba una tonada. Alguien picaba un dalle cerca de donde estaban ellos.

Zoila por fin se detuvo, se le quedó mirando:

—Perdóname lo que te he dicho, cuando empiezo a hablar lo digo todo, no sé pararme.

Él le soltó la mano:

—No tengo nada que perdonarte, es verdad, mañana no vendré, nos veremos en Taces si puedo ir.

—¿No estás enfadado? — preguntó Zoila.

Él sonrió todavía:

—Alguna vez sabrás lo que te debo, no puedo enfadarme contigo.

XVIII

Se lo dijo el mismo domingo, al salir del salón de Taces.

La acompañó por la carretera, sin cogerla del brazo. Fueron por la cuneta izquierda, en dirección contraria a la marcha de los coches. Un camión, al salir de una curva, los envolvió en una luz cruda, amarilla, hiriente.

Cuando volvió la oscuridad, Bernardo siguió hablando con voz igual, monocorde. Le contó todo, no dejó nada.

Habló todo el rato sin mirarla, con la cabeza inclinada hacia el suelo.

Zoila oía el ruido de los pies sobre la gravilla. Llevaba la bicicleta a la izquierda, cogida por el manillar. El autobús que venía de Sisianes se cruzó con ellos, los iluminó. Los dos cerraron los ojos, deslumbrados. Cuando los abrieron otra vez, no vieron nada. Una nube de polvo les hizo toser.

Siguieron andando, ahora en silencio, lentos, unidos bajo un mismo peso. En los bardales de uno y otro lado

brillaban las luciérnagas.

Zoila sentía frio:

—Hacía mucho calor en el salón, ahora es peor.

—Sí — dijo él—. Aquello es muy pequeño.

Ya no hablaron nada hasta llegar a las afueras de Villamayor. Zoila se paró junto a un árbol, dejó la bi-cicleta apoyada en el tronco.

—No me acompañes más.

—No, desde aquí me vuelvo. Durante unos minutos estuvieron contemplándose en silencio, sin verse bien, oyendo el silbido de sus propias respiraciones, adivi-nándose en la sombra. Sus ojos refulgían en la oscuridad, las córneas eran manchas blanquecinas, húmedas.

Bernardo, por fin, dijo con voz ronca:

—Ya no tengo nada mío, Zoila. Todo es de los dos ahora. ¿Qué dices?

Zoila, entonces, levantó la mano, buscó la de Ver-nardo y se la llevó a la cintura:

---¿A qué hora irás mañana a la presa?

Bernardo no contestó. Abrió la mano y atrajo hacia sí aquel cuerpo cálido, flexible. Un calor líquido le bajaba a él mismo desde la lengua a la garganta. Le escocían los ojos, no pudo decir nada.

Zoila se acurrucó junto a su hombro:

—Y si no, no vayas allí, ahora que lo pienso. La hoya es peor. Nos veremos arriba, en el pajar. Es mucho más seguro, desde el cementerio son cinco pasos.

Él bajó la cabeza hacia aquel pelo oloroso.

Zoila volvió la cara hacia arriba, cerró los ojos. Bernardo la besó en los párpados, en la boca, en el cuello.

XIX

Llevaba esperándole una hora, tal vez más. Ya no sabía qué hacer. Había subido al falso techo por la es-calera de mano que había junto a la pared trasera. Aún no era de noche pero en el pajar apenas se veía ya. Por primera vez en su vida el silencio la asustaba.

Oía roces, ruidos que no conocí. Las gallinas se agitaban abajo, la distraían durante un momento.

Se había tumbado sobre la paja, los tallos secos le ro-zaban el cuello y las orejas. El picor la obligaba a le- vantarse de cuando en cuando. Miraba por el ventanuco y volvía al rincón.

No había podido dormir en toda la noche. Las pa-labras, los besos de él, todo lo que Bernardo represen-taba, había caído de golpe sobre ella. Comió como siem-pre para que nadie le preguntara nada, pero aquel caldo caliente, insípido, le provocaba arcadas.

Había ido andando hasta el pajar, reprimiéndose, aguan-

tándose las ganas de echar a correr. Y ahora, mien-tras esperaba en la penumbra, tenía que hacer lo mismo. Hubiera deseado correr, quemar de algún modo la desa-zón que la obligaba a levantarse a cada momento.

Ahora que estaba sola, ningún sitio le parecía ya seguro para esperarlo. Tenía la impresión de que todo el pueblo estaba pendiente de aquella puerta.

Se acercaba otra vez al ventanuco y se retiraba después lentamente, iba hasta la pileta mirando el suelo, empujando con el pie las briznas de hierba, y volvía, por último, a echarse en el mismo sitio.

A la hora y media llegó Bernardo. Zoila corrió hacia él, abrió los brazos.

Hasta el jueves no volvieron a verse, Zoila no quiso que viniera antes, se lo pidió cuando él se marchaba.

Bernardo la besó:

—Descuida, vendré el jueves. ¿Si vengo antes qué pasa?

—No estaré aquí, no vengas hasta el jueves.

Él no insistió, volvió a besarla antes de salir.

XX

El cohete ascendió oblicuamente y reventó en el aire.

Una nubecilla blanca flotó un instante sobre el ex tremo de la caña que fue a caer, girando, ante la puerta de la Chon. Los chicos se arrojaron al suelo disputándosela.

Desde los tenderetes se elevaban los gritos agudos de los quincalleros. Un hombre freía churros en una enorme sartén de la que salía un humo espeso, blancuzco. Una campanilla sonaba insistentemente. Sobre la plaza flotaba una polvareda espesa. Olía a pólvora, a fritanga, a excremento de caballería. La fuente estaba engalanada con banderas. Un nuevo cohete se elevó desde la escalinata del Ayuntamiento.

Los músicos aparecieron en una esquina. -Ya están ahí los gaiteros —dijo una vieja.

Alguien aplaudió. La pareja de la guardia civil se había parado junto a la puerta de la barbería.

Los músicos dieron una vuelta alrededor de la fuente y desaparecieron en dirección a la iglesia. Una veintena de chicos los seguían.

Sobre las rosquillas extendidas en los carros de los vendedores se posaban las moscas que zumbaban también sobre los restos de sandía que cubrían las losas del

soportal. Dos hombres discutían el precio de los aperos de labranza alineados a lo largo de la pared.

—¿Tienes lumbre? — preguntó uno de los guardias.

El otro le tendió un mechero de yesca.

—¿Quieres tú?

—No, ahora no.

Un tercer cohete estalló sobre la iglesia. Los músicos salían lentamente. Detrás, cuatro mozos llevaban las an-garillas. La Claudia, la partera, se asomó a la ventana y se santiguó. Una larga fila de mujeres cubierta con velos seguía saliendo de la iglesia. Al llegar a la esquina comenzaron a cantar. Los mozos bailaban furiosamente delante de la talla de madera.

La Chon abrió la puerta y se quedó parada, aturdida por el estrépito de la música y los cohetes que estallaban ahora sin interrupción. Los dos guardias la mira ron al pasar. Ella sonrió.

A las seis salió otra vez. Todavía hacía calor, pero las parejas bailaban a la sombra, junto a la pared del Ayun-ta-miento. Los músicos, en mangas de camisa, estaban empapados de sudor.

Por encima de la cabeza de la Chon, con la nariz hundida en el pelo de la muchacha, el Gallardo veía los tricornios de los guardias que estaban ahora en la escalinata del Ayuntamiento.

Notaba, sobre el estómago, el agudo contacto de los pechos y, más abajo, el vientre y las rodillas de la mu-cha-cha. De cuando en cuando, ella levantaba la cabeza y sonreía, Turbado por el perfume, el Gallardo mantenía

el cuello rígido, tenso.

—No hablas mucho — dijo la Chon.

—No, no mucho.

—No me gustan los hombres que hablan mucho.

El Gallardo no contestó. Con una extraña sensación de lejanía, como si no los recibiera él, notaba los codazos de las parejas que los rodeaban. Mezclado con el per fume de la Chon, le llegaba, de cuando en cuando, el acre olor de los sobacos de los que bailaban.

Sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente.

—¿Descansamos? -— preguntó la Chon.

—Prefiero seguir bailando.

—Como quieras.

Allí, entre los cuerpos que se movían pesadamente, sofocados por el calor y el cansancio, la muchacha le parecía más deseable que nunca. Con aprensión miró hacia la escalinata. Alguien le pisó. La Chon se dejaba llevar.

Con la mano en la cadera de ella, giró sobre sí mismo dos veces. El polvo le entraba por la nariz hasta hacerle toser.

—Vámonos para allá — dijo la Chon.

—No, todavía no.

—Aquí hay mucho polvo.

—Me da lo mismo.

—¿No te cansas?

—No, qué va. Ahora vamos.

Los guardias bajaron las escaleras, cruzaron la plaza y se metieron en el soportal.

El Gallardo giró otra vez, sin mover la cabeza. Le dolía la nuca. Desde la barbilla hasta las rótulas, sentía todo el cuerpo de la muchacha pegado al suyo, mojado,

caliente.

—Maldito chunchún — cerró la ventana de golpe, pero siguió mirando por detrás de la persiana.

Veía los vestidos de colores llamativos de las mu-chachas. Los mozos, con los brazos desnudos, sudaban mientras arrastraban los pies, levantando un polvo den so y pesado que se agarraba a la garganta. Un chico hizo estallar un petardo entre las piernas de una niña que dio un chillido. Las cinco bombillas que colgaban de una cuerda se habían encendido ya.

—No se callarán hasta las tres de la mañana. Bailarán hasta que revienten, hasta que se caigan redondos.

Seguía mirando sin ninguna esperanza ya. La plaza estaba vacía. Para él, estaba vacía.

El polvo se podía mascar. En un descanso de los músicos, los mozos echaron unos cubos de agua.

Oía el trasteo del Boni en el mostrador. No se sintió con fuerzas para salir. Cogió una toalla y volvió a dejarla sin haberla utilizado.

Se echó en la cama. Nuevamente oyó la música y aquel arrastrar de pies. Estuvo un rato tumbado, sin pensar en nada, con los ojos abiertos. Apenas veía ya. Las sombras se espesaban junto al lavabo: un manchón violáceo, difuso. Todavía sentía ardor de estómago. Se levantó y tomó bicarbonato.

Volvió a mirar por la ventana. En contraste con la oscuridad de la habitación, la plaza le pareció llena de luz. Por encima de los tejados, un último resto de sol doraba las puertas enrejadas de las bodegas de la Loma Alta.

Sin un propósito concreto, comenzó a contar las parejas, aquellos cuerpos incansables. Se hastió en segui-

da. Uno de los músicos se levantó y desapareció durante unos instantes. Después se sentó sonriente, incansable él mismo. En una esquina, la Chon bailaba con un hombre moreno que le acercaba la boca a la nariz.

En el abrevadero bebían tres vacas, rodeadas por las parejas, pacíficas y relucientes. Dos muchachas bailaban juntas.

Se retiró de la ventana. Se sentía más solo que antes.

—Boni.

—Mande.

—Nada, deja.

Dio un paseo por la habitación, a oscuras. El chunchún seguía sonando cuando él se acercó otra vez a la persiana y miró de nuevo, sin ver lo que buscaba, hacia la plaza polvorienta en donde se movían las parejas arrastrando los pies infatigablemente.

Sentada sobre la paja, apoyada en la pared, Zoila miraba hacia la pileta en donde él se lavaba las manos.

No le distinguía ya la cara, veía una mancha pálida inclinada sobre el borde de la pileta.

Desde la plaza, como desde un mundo lejano, llegaba el ruido apagado de la música. A cada momento se oían los disparos de las escopetas del tiro al blanco.

Los vendedores voceaban sus baratijas. Era un griterío ininterrumpido, distante. A lo lejos, un grupo de mozos empezó a cantar. Alguien tocaba un pito.

—¿Oyes?

—Sí, es la fiesta — dijo ella—. Siempre es así, hoy hace doce días que nos vimos aquí por primera vez.

—¿Doce días ya?

Doce días. A veces creo que hace más, que hace años. Todo es distinto ahora. Cuando hablan, en la fuente, del niño de El Espinar, no sé lo que me pasa, me gustaría no oírlo, estar lejos.

Bernardo se acercó desde la pileta. Ella oyó las pi-sadas, el chasquido de la paja. La abrazó; tenía las manos húmedas, frescas.

--¿Por qué piensas? Yo estoy aquí, estoy contigo. No tienes que preocuparte, estamos seguros. Yo llevo años así, nada va a cambiar ahora.

—Ya sé — dijo ella —. Sé que soy tonta, pero no puedo remediarlo, no me acostumbro, no sé lo que me digo. El ruido llegaba desde fuera, constante, inofensivo tranquilizador.

—¿No ves? Tú misma lo dices ¿Qué peligro hay aquí?

—Aquí no, pero quién sabe, nunca se sabe, mañana vais a Sisianes. Todo está listo, me dices, no puede fallar, pero, ¿quién dice que no falla?

—Yo lo digo — afirmó él. Zoila vio el blancor de los dientes, notaba la presión de sus brazos. Inclinó la cabe-za—. No quiero verte así.

—No puedo acostumbrarme —las manos de él le rozaban los hombros, las mejillas —. Me parece que están detrás de la puerta, esperándonos, esperándote a ti.

Sus propias palabras, en la oscuridad, tenían una resonancia que la sobresaltaba, como si no fuera ella misma quien las pronunciara.

—¿Quién va a venir hasta aquí?

—No sé, nadie, no me hagas caso, no puedo evitarlo. Bernardo, ahora, no replicó. Un perro ladró en alguna

parte. Lejos, perdido en la noche, otro perro contestó. Los mozos volvían a cantar: unas voces roncas, excitadas por el alcohol.

Al otro lado del ventanuco brillaban unas estrellas azulencas y débiles. La música cesó un momento. Hubo un palmoteo, risas de muchachas.

XXI

Bernardo se quedó en el extremo del mostrador. Oía el murmullo de la calle al otro lado de la persiana metálica. Un ruido apagado, indiferente a lo que estaba ocurriendo dentro.

Habían llegado de uno en uno, por sitios distintos. Zambrano acababa de entrar. El Rojo estaba agachado sobre el cajón que había detrás del mostrador, al lado mismo del estanquero que todavía no se había repuesto de la impresión.

El Gallardo se paseaba en la calle, iba de una esquina a otra, tranquilamente, como un desocupado cualquiera.

Manguán se había quedado en el Pico del Castillo, era el único que no había bajado.

A esta hora, bajo el sol de mediodía, Sisianes era una ciudad dormida, vencida por el sopor. De cuando en cuando se oía la voz de un hombre arreando a una bestia, el timbre de una bicicleta.

El Rojo iba echando los paquetes en un saco.

—Ayúdeme.

El estanquero se agachó, resoplaba. El saco quedó lleno en unos minutos. En la tienda había un olor áspero, picante.

—¿Esto es todo? — preguntó Zambrano.

—No, quedan los cuarterones todavía.

El Rojo se cargó el saco.

A1 salir se le enganchó el pantalón en un clavo del mostrador. La tela se le desgarró a la altura del muslo. Tenía una piel blancuzca, cubierta de pelo rojizo y en-sortijado.

Zambrano saltó detrás del mostrador. En la pared de enfrente, un reloj de caja metálica señalaba las siete. El estanquero siguió la mirada de Zambrano:

—No anda desde hace un año, no le haga caso.

Zambrano sujetó el saco:

—Venga, de prisa.

Bernardo veía la coronilla del estanquero que se aga-chaba con dificultad. Los paquetes iban cayendo en el saco con un ruido sordo. En una vitrina de la pared había postales amarillentas, pipas de madera negra.

El escaparate, desde dentro, con el cierre bajado, parecía un cajón oscuro. Se veía la luz a través de los resquicios.

El estanquero se levantó para descansar.

—¿Falta mucho? — preguntó Bernardo, sentía lástima de aquel hombre que todavía estaba pálido.

—No, ya no, la saca no es como antes.

Zambrano seguía echando paquetes. El estanquero volvió a agacharse. En cuanto terminaron de cargar el saco, Zambrano se lo echó al hombro.

—¿Vamos?

—Sal tú — dijo Bernardo —. Avisa al Gallardo, os cojo en seguida.

El estanquero se limpiaba las manos en el pantalón.

—Hasta dentro de tres horas nadie debe saber esto —dijo Bernardo mirándole a los ojos —. Son las dos, hasta las cinco no abra a nadie la puerta, ni salga. No juegue, nos llevamos esto porque lo necesitamos.

Ahora el hombre estaba tranquilo, tenía una mirada cansada, triste.

—En la guerra me mataron un hijo, no tengo a nadie, las guerras las pagamos los débiles, ustedes no me quitan nada ya, me quitan muy poquito.

Bernardo se volvió desde la puerta:

—Si alguna vez puedo, volveré por aquí a pagarle esto.

Los alcanzó pasada la estación de ferrocarril. Se di-vidieron en dos grupos. Bernardo y el Rojo se adelanta-ron.

Picaba el sol, andaba viento sur. Desde los panojales, amarillentos ya, llegaba un rumor apagado. Había un ronroneo de insectos.

En una cañada encontraron un rebaño. El pastor se quedó mirándolos:

—Con Dios.

—Por cierto — dijo el Rojo —. Como Dios me vienes, quítate el pantalón, anda.

—¿El pantalón, voy a quedarme en pelota?

—¿Es que no oyes? Quítate el pantalón ahora mismo.

El pastor obedeció.

—Ponte el mío si quieres.

—Coge esto — dijo Bernardo dejando un billete en la mano del pastor.

En la orilla del río esperaron a Zambrano y el

GaIlardo.

No lo cruzaron. Siguieron, juntos ya los cuatro, por la margen izquierda, en dirección contraria a la corriente.

Hacía mucho calor. De la hierba se levantaba un vaho que les daba sed. Volvieron a descansar bajo unos eucaliptos.

A media ladera había una granja. Bernardo y Zambrano se quedaron vigilando los accesos. El Gallardo y el Rojo se acercaron a la puerta. Salió un mozo de labor:

—¿Qué hay?

—No preguntes tanto — dijo el Rojo sacando una pistola — Somos amigos de la casa.

En la cocina estaban comiendo dos hombres, un mu-chacho de unos dieciséis años, dos mujeres jóvenes y tres niños.

Todos se levantaron al ver entrar a los dos desco-no-cidos.

—Quieto todo el mundo — dijo el Rojo —. No va a pasar nada. Queremos comida, venga. ¿Qué hay por ahí? Sacar lo que tengáis escondido. Tú misma, hala, saca lo que haya.

La mujer dejó unos chorizos sobre la mesa, un queso.

—Mételo todo en un saco, mete esas dos tortas también. ¿Cuánto es esto? — puso el dinero sobre un plato vacío—. ¿Vale?

El Gallardo se acercó a la mesa, cogió el botijo que había en el suelo, y bebió un largo trago de agua. Se echó el saco a la espalda.

Salieron. El sol les deslumbró, un aire caliente movía las hojas de una parra.

Bernardo y Zambrano se habían sentado junto a un

bardal.

—¿Dónde lo comemos?

—En el alto — dijo Bernardo levantándose.

Siguieron andando. El chirrido constante de las chicharras le martilleaba en los oídos. No sentía fatiga, se había puesto las gafas negras y el escozor de los ojos le había desaparecido. Oía, a su lado, la respiración, cada vez más rápida, de Zambrano. Le pasó la mano por el hombro. Por su gusto no se hubiera detenido. Sin embargo al llegar a las primeras rocas dio orden de abrir el saco. Comieron de prisa, sentados en piedras.

Desde donde estaba veía ya el Pico del Castillo. Des-de las rocas, apenas destacaba de las lomas que lo ro-deaban. A aquella distancia, las puertas de las bodegas de las lomas eran apenas unos puntos negros que ningún ojo humano hubiera podido descubrir.

No volvió la cabeza en mucho rato.

XXII

Desde la ventana del pajar no alcanzaba a ver más que una pequeña parte de la ladera del Pico del Castillo. En cambio divisaba perfectamente la Loma Alta que, desde allí, parecía una muralla azulada defendiendo uno de los flancos del pueblo.

Veía las bodegas, el camino estaba bordeado de piedras grisáceas y rojas. Las vacas pastaban en los prados. Conocía todo aquello, lo había visto desde niña, y sin embargo, todo, ahora, era algo definitivamente lejano.

La que miraba por la ventana era una Zoila nueva, distinta, impaciente en la quietud y el silencio del pajar. Una Zoila que sólo vivía ya para esperar.

Se paseaba como si estuviera enjaulada. La paja, algunos granos de maíz seco, resonaban bajo sus pies mientras iba de un rincón a otro. Cuando se cansaba se tumbaba. La paja conservaba el hueco de él — le pa-re-cía—. Se quedaba quieta, con los ojos cerrados, con la misma sensación que si él estuviera a su lado todavía.

Algunas veces Ángela venía a buscar algo. Zoila no se movía, oía la respiración agitada, los pasos, el ruido de los troncos.

Cuando la puerta se cerraba de nuevo, se ponía de

pie y volvía hasta la ventana Bajo sus pies, los fragmentos de paja se hundían entre las junturas de las tablas y caían sobre la primera planta del pajar como una lluvia silenciosa

Cuando le vio entrar le pareció distinto. Tenía la cara demacrada, la piel quemada por el sol.

—Zoila — dijo él —. ¿Estás ahí?

Ella sintió los brazos en la espalda, el leve pinchazo de la barba en sus mejillas, el olor a sudor de su piel, envolviéndola hasta que se quedaron quietos.

—¿Qué hacías?

—Esperarte — dijo Zoila — No podía parar.

Él fue a decir algo, pero se quedó callado. No necesitaba hablar ahora que había llegado y estaba lado, tranquilo por fin.

Aspiraba el perfume de su piel, de su pelo. La miraba como si acabara de verla por primera vez. Ella no se movía, se dejaba acariciar. Le miraba también fijamente, los párpados le temblaban todavía.

—Te quiero — dijo él bajando la cabeza —. Zoila, soy un tonto — Sonrió —. Hablo como un tonto cual-quierra.

Zoila se incorporó un poco y le acarició los ojos y la frente:

—Dímelo otra vez. ¿Eres tonto porque dices que me quieres? Dímelo, si es por eso, yo quiero que seas tonto siempre.

Él repitió en un susurro:

—Te quiero.

—No te creo, no es bastante.

—Te quiero — volvió a decir él por tercera vez. Demuéstramelo — pidió Zoila —. Dímelo otra vez, dímelo más.

Él volvió a besarla.

XXIII

El segundo camión llegó un cuarto de hora más tarde.

Los chicos le rodearon inmediatamente. El oficial, acompañado por Tomás, el alcalde, había acomodado ya en la escuela a los ocupantes del primer camión. Diez soldados saltaron al suelo y formaron ante el oficial.

Seguidos siempre por los chicos, cruzaron la plaza, pasaron ante la puerta de la iglesia y bajaron por la ca-lle-juela en cuyo extremo se levantaba el viejo caserón de la escuela.

—En invierno es algo frío — dijo Tomás.

El oficial sonrió:

—Para esa época ya nos habremos ido.

Los soldados habían comenzado a extender sus petates. En un rincón de la nave, había un montón de pu-pitres cubiertos de polvo.

—Ha habido que prepararlo a toda prisa — se disculpó Tomás —. Nos hubiera gustado poder ofrecer-les otra cosa, pero no ha sido posible.

—No se preocupe — dijo el oficial —. Con un te-cho tenemos bastante. En el vestíbulo había una pequeña

habitación en donde se instaló la cama del oficial. Los chicos seguían ante la puerta, silenciosos, pacientes.

—¿Qué vienen a hacer aquí? — preguntaba una mujer en un corrillo.

Estaban paradas, perplejas. No se acercaban como los chicos, pero seguían todos los movimientos de los soldados con unos ojos en los que se mezclaban la curiosidad, la extrañeza, el temor.

El oficial se quedó mirándolas, les volvió la espalda y puso un centinela en la puerta del caserón.

Zoila había subido a la Loma Alta. Estuvo recogiendo leña hasta el anochecer. Arriba corría un aire casi FRÍO.

Se puso el haz en la cabeza, y empezó a bajar.

El Pico del Castillo, desde la ladera por donde bajaba Zoila, era un enorme puño, dorado por la última luz del sol. Las casas del pueblo, apelotonadas en un bloque rojo, estaban ya en sombra. Un humo blancuzco flotaba sobre las chimeneas.

Zoila vio las luces de la escuela, se detuvo. Sabía lo que significaba aquello. Levantó la cabeza y entornó los párpados. Hubiera deseado aplastar desde allí aquellas piedras que veía bajo sus pies.

Los chicos seguían contemplando desde la puerta lo que sucedía en el caserón. Por las ventanas abiertas salían las voces de los soldados que se preparaban para la primera noche.

Odiaba aquellas voces como no había odiado nunca nada en su vida.

Sintió frío. Siguió bajando sin quitar los ojos del vie-

jo caserón. Al llegar al primer poste de telégrafos se detuvo. Allí esperó a que la noche cayera del todo. Sentía los pechos rígidos bajo la blusa, como cuando se metía en el río. Tenía el vello erizado sobre la piel de los brazos. Llegó a temblar de frío.

Cuando empezó a andar pensó que se hundía en un pozo.

Segunda Parte

LAS NOCHES



I

El Boni salió a la plaza. Llevaba puesta una pelliza de cordero, se frotaba las manos, echaba el aliento sobre los dedos morados de frío. En la fuente había una sola mujer que se alejó de prisa cuando llenó su cántaro. Un pañuelo rígido, helado, colgaba de la ventana de la Chon. Tres chicos habían encendido una hoguera junto al abre-vadero, encima de una losa. Echaban ramas de espino y helechos secos. Un soldado paseaba ante la puerta de la escuela. Aunque eran apenas las tres de la tarde, estaba ya muy oscuro: un gris plomizo, pesado, lo envolvía todo.

Zoila desgranaba maíz, tenía las manos rojizas, ligeramente hinchadas.

Salvo para ella, nada había cambiado en el pueblo. Los soldados, como los de todos los destacamentos de los pueblos fronterizos, pasaban la mayor parte del día patrullando. A veces regresaban muy entrada la noche. Apenas tenían contacto con la gente del pueblo. Las paredes del caserón estaban blanqueadas. Todas las ven tanas tenían ya cristales. Las callejuelas colindantes se barrían a diario. Eso era todo.

En cuanto caían las primeras gotas se formaba un ba-

rro espeso, rojizo, en el que chapoteaban los hombres y las bestias. Una capa pegajosa que duraba se manas. Después, el hielo endurecía las huellas de las herraduras y las botas hasta convertir las calles en rampas peligrosas en donde sólo las cabras y los asnos andaban con segu-ridad.

Zoila iba todas las noches al pajar. Había adelgazado. Seguía levantándose a la misma hora, a veces se quedaba dormida en la mesa. En cuanto terminaba el trabajo del día se encerraba con las gallinas, trancaba la puerta por dentro. Desde la ventana se ponía a mirar el Pico del Castillo. No veía más que una parte de la ladera, pero le bastaba.

No hubiera salido del pajar. Los domingos pasaba horas enteras allí. Había guardado entre la paja, en un pequeño estuche, el único regalo que había recibido de él: unos pendientes de oro. No se los ponía nunca. Bernardo, a veces, decía:

—¿Por qué no te los pones?

—Luego, luego habrá tiempo — contestaba Zoila con un vago temor.

Se quedaban en silencio, sobrecogidos por el mismo pensamiento.

Él quería encender la linterna o un candil.

—Estás loco — decía Zoila.

—Ya no sé cómo eres.

—Al contrario, cada día lo sabes mejor. Los ojos no nos hacen falta. Yo podría decir, por el tacto, si estás pálido.

Bernardo se echaba a reír:

—Tú, sí. Pero yo no.

—No necesitamos la luz.

Él por fin encendió la linterna. Zoila parpadeó:

—Apaga eso.

Él no obedeció. La estuvo mirando mucho rato:

—Zoila, ¡qué suerte, vivir!

—Si — dijo Zoila abrazándole — Apaga eso. Cuando era la hora él se levantaba:

—Tengo que irme.

—¿Ya?

—Son las cinco y media.

—Ahora no amanece hasta las siete.

—No puedo esperar, sería exponerme mucho.

Ella se estremecía de pronto:

—No debemos vernos más.

—Eso es imposible — decía él —. Pides cosas impo-sibles.

Los dos aceptaban el peligro, pero ella repetía:

—Espera una temporada, estamos confiándonos mucho. Esto no puede seguir siempre. Algún día, cuando menos lo pensemos, un borracho, una caballería, algo, qué sé yo, un pastor, pueden echarlo todo a rodar. Ahora todo es distinto, si te dieran el alto en el molino no podrías andar ni dos pasos.

Volvían a quedarse en silencio, luchando contra el pensamiento que los rondaba. Y todavía antes de salir volvían a encontrarse en la oscuridad hasta llegar al límite de sus fuerzas, con una especie de furor, como si ambos quisieran destrozarse mutuamente antes de tener que abandonar la sombra en donde se sentían seguros, las bocas juntas, mientras el tiempo se escapaba definitivamente llenándolos de una angustia que en el momento

de la despedida les enronquecía la voz.

En la puerta él le cogía la mano:

—Zoila.

—Dime.

—Si algún día terminara esto...

Ella le tapaba los labios, le hacía entrar otra vez y cerraba la puerta. Él volvía a besarla.

—No hables — decía Zoila sonriendo —. No digas nunca esas cosas. Ni las pienses.

—Como quieras.

—No vuelvas en una temporada, yo te esperaré — él se soltaba y abría la puerta lentamente —. Espera, voy a ver.

Salía delante de él y escudriñaba el camino hacia la era, desierto en aquel momento.

—Date prisa, no hay nadie.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, no.

—Hasta mañana.

Zoila ya no decía nada. Se quedaba parada en el barro.

Notaba el agua en los pies — allá abajo, muy lejos de sí misma — pero no se movía hasta que le perdía de vista.

Después entraba con la cabeza agachada y se arrojaba sobre el mismo rincón en donde habían estado juntos.

Le parecía seguir sintiendo el calor de él, muy dentro, mientras el frío que le subía de los pies y el terror le hacían temblar como a una enferma. Esperaba, con la respiración contenida, temiendo no oír los dos disparos que él hacía, desde arriba, al llegar

Entre las detonaciones que menudeaban ahora en los montes durante la noche, aquellos dos disparos rápidos, secos, como dos ladridos lejanos, le traían la tranquilidad para otra noche. Se levantaba y echaba a correr hacia casa.

El día no era más que un paréntesis. Ella escuchaba en silencio. Oía los comentarios, se enteraba de las batidas. Ella misma llegaba a sentirse como una fiera a la que hostigaran hasta su propia guarida.

A veces veía de cerca a los soldados. La miraban. Notaba las miradas, el deseo. Los ojos le recorrían el cuerpo, la buscaban. Ella se daba cuenta, y sentía una feroz alegría. Tenía un arma contra ellos: su piel, su carne. Toda una armazón que podía atormentarlos hasta hacerles enloquecer.

Los días resultaban con frecuencia paréntesis dema-siado largos. A veces, Bernardo no bajaba, no podía. En una ocasión tardó dos semanas en volver. Zoila no dejó de acudir al pajar un solo día. Se quedaba dormida mirando por el ventanuco. Se despertaba tiritando de frío. Tardaba un momento en volver a la realidad, como si algo en su interior se negara a aceptar aquella luz grisácea y dura que empezaba a caer sobre el pueblo. Era la vuelta a la angustia y a la incertidumbre de la espera. Tenía que saltar para entrar en calor. Volvía a casa y encendía la lumbre. Cuando Ángela se levantaba ya estaba todo preparado.

Con la tarde comenzaba la esperanza. Encontraba las cosas más amables, con un nuevo calor. No odiaba aquel barro que se le pegaba a los pies, e incluso al cruzarse con los soldados, cuando ellos regresaban helados y ren-

didos, los miraba por primera vez sin rencor, como hombres que estaban frente a Bernardo por azar, sin culpa, unidos a ella misma por el frío y el rigor de la tierra. Al llegar al pajar se descalzaba, se echaba en el suelo, ante la ventana, y dejaba correr el tiempo sin pensar en nada concreto.

La noche caía de golpe. Cuando había estrellas el viento era helado.

Ella se acurrucaba entre la paja y se tapaba los oídos.

II

La miró otra vez. La trenza le caía desde el hombro, sobre el pecho. Húmeda, le parecía a Segundo más os cura. Un polvillo de agua brillaba sobre todo el pelo. El cordón blanco con que ataba el extremo de la trenza asomaba lacio, mojado.

Por encima de los hombros de Zoila veía, fuera de la tienda, la lluvia. La plaza estaba cubierta de un barro casi líquido, anaranjado.

Había venido corriendo, acababa de entrar, las aletas de la nariz le temblaban. Por la cara, hasta los labios, le corrían todavía unas gotas de agua.

«Un potrito».

Había dicho algo al llegar, pero él no lo había entendido, mareado por el zumbido de oídos que le había obligado a apoyar las manos en mostrador.

Zoila estaba al otro lado, él lo notaba en todo el cuerpo, en las pulsaciones de la garganta, en la profunda vibración de las vísceras y los nervios. Una sensación de angustia le paralizaba.

Le miraba el cuello, una suavidad. Sonreía, no podía hacer otra cosa.

—Buenas tardes contestó.

El Boni estaba haciendo algo en la trastienda. Segun-

do oía un choque de cajones, el crujido del papel de estraza.

Zoila había dejado una botella sobre el mostrador una botella verdosa, oscura. Estaba vacía, tenía una vieja etiqueta de sidra achampanada.

Conocía las botellas que utilizaban para llevar el aceite, la había sacado de la bolsa.

—Boni, atiende aquí.

Zoila dijo:

—Cuarto y mitad.

Seguía mirando la trenza, pensando en el aceite que iba a llevarse sin cartilla a doce duros, unas gotas para guisar las alubias, el refrito de la noche.

—Es a doce — dijo el Boni.

—No voy a pagarlo ahora.

—Bueno. ¿Cuarto y mitad, dices?

—Sí.

«No te vayas, la garganta y las trenzas, no te vayas todavía, no despaches, no viertas el aceite. »

El Boni sacó un bidón de debajo del mostrador. Había otros bidones con petróleo y aguarrás. Se puso a medir el aceite que había pedido Zoila.

«Bañándose en el río. »

Segundo pasó la palma de la mano sobre el mostrador. Arenilla, residuos de hortalizas. Veía la piel tersa, las gotas de agua. Veinte años en Valparaíso, en un rincón, apuñando unos duros, la misma tienda todas las madrugadas, la misma ventana sobre el patio — «no conozco una calle, no sé cómo son» — unas piernas blandengues

El cuello, el canal de los pechos hacia abajo, todo oculto, una ropa vieja por encima, allí delante.

Sin tocar unos muslos, qué poquita cosa todo, cincuenta y cuatro años a cuestas

Miraba el cuerpo de ella, notaba la saliva en la boca.

—¿Algo más? — dijo el Boni.

—Voy a llevar sal y vinagre.

Segundo apoyó la mano en el borde.

Era una flor fresca, tenía gracia hablar así, tocar la trenza con la punta de los dedos, rozarla sólo. Los pechos del sueño, ahí detrás, duriblandos, juntitos, calientes.

—Aquí tienes — el Boni cogió el cuaderno y el lápiz —. Total, día siete...

Segundo salió de detrás del mostrador. Fue con Zoila hasta la puerta. Se paró en el soportal.

—No salgas, ahora llueve mucho.

Zoila miraba hacia la fuente. Una luz se encendió en el Ayuntamiento. La plaza estaba desierta, se oía el gorgoteo de los canalones.

Segundo puso el pie sobre el banco de piedra Tenerla al lado, separada por la edad y por los recibos, al alcance de la mano, bajo el soportal desde donde veía caer el agua.

—No parará en toda la noche —dijo Zoila.

—¿Qué prisa tienes?

Aspiraba el aire; quería olerla también, lo quería todo.

Había venido algunas veces ella sola. Otras, su madre. Él había dado el dinero para la cuenta del médico, para el semestre de la hipoteca, para la tela metálica, para el cuadro de la bicicleta.

El olor de su cuerpo. Estaba al lado de ella, recostado en la pared.

—De una corrida llego — dijo Zoila.

—Espera — se irguió, levantó la mano y le cogió la trenza, la retuvo entre las manos.

Zoila no se movió, sorprendida, sin comprender aún. La voz de él era un aliento rápido: tembloroso.

—Nunca te he dicho nada — le apretaba la trenza —. El día que tú quieras romperé los recibos — la soltó de pronto —. Los romperé todos, delante de ti.

Zoila no esperó más, empezó a correr sobre el barro.

Aquella noche Bernardo no bajó, Zoila esperó hasta el amanecer, echada sobre la paja. Tenía frío a pesar de las dos mantas.

Al dar las seis se lavó en la pileta. Se frotó con el delantal.

Nunca había tenido tanta necesidad de Bernardo.

III

—¿Por qué no comes tú también? — preguntó Zam-brano.

Ambrosio se le había quedado mirando. ¿Por qué no comía? Comer a las cuatro de la mañana, con el sobre-salto todavía en el cuerpo.

—Cualquier hora es buena para comer un cordero como éste.

Encima eso. La guasa. No me molesta que me llamen hijo tal sino el retintín con que me lo llaman.

Todo el rato había estado pensando en la Angustias. Ella estaría espiando desde la cortina, mirándole con furia, como si él tuviera alguna culpa. Como si él no estuviera más furioso que ella, sonriendo mientras los veía comer alrededor de su mesa, sentados en sus propias sillas, las sillas de casados, utilizando los tenedores que fueron de su padre y de su abuelo. Comiéndose el cordero, relamiéndose delante de él; saboreándolo como si lo hubieran criado ellos.

Todavía olía la casa a sarmientos quemados. Las chuletas se asaron en las brasas, y las gotas cayeron sobre el fuego. Cogían las chuletas con la mano.

Y ella ahora gritándole encima, diciendo que un cor-

dero valía muchos duros sin contar la torta, y el vino, y el queso, y todo lo demás.

—¿Tú sabes quiénes somos? — había preguntado el pelirrojo.

—Sí.

—Bueno, entonces ya sabes, callao está dicho lo que debes hacer.

Y la Angustias ahora, dale que te pego:

—No eres hombre, bien se te está, cada uno tiene lo que merece, para que entre hay que abrir las piernas. Como si él no lo supiera.

Como si él hubiera podido hacer otra cosa.

—Sí puedes — dijo ella.

No podía. No podía hacer aquello. Que se comieran los corderos que quisieran, que vinieran cuando les diera la gana. Después de todo, ahora tenían que comer el cordero a las cuatro de la mañana. Tanto no les gustaría tener que comer a esa hora.

—No me toques ¿entiendes? — dijo la Angustias —. No me toques un pelo de la ropa.

—¿Qué iba a hacer, di? Tú sabes como son. ¿Qué puedo hacer? Yo no soy un soplón.

—No me toques. No me toques, te digo.

El oficial veía caer la lluvia a través del ventanuco de su habitación. La lluvia le entristecía. Contemplaba los charcos rojizos acribillados por las gotas. Desde un canalón caía un chorro de agua sucia. La torre de la iglesia apenas se distinguía, aplastada por aquel pesado gris que lo envolvía todo. Sólo el agua era roja en las huellas de las pezuñas y las rodadas de los carros. Las vacas bebían

en el abrevadero. Estaban solas. Levantaban la cabeza como si escucharan algo, y seguían bebiendo.

De cuando en cuando algún viejo se arriesgaba en aquel mar de barro. Cruzaba todo lo rápidamente que le permitían sus piernas y se refugiaba en el soportal. El rebaño de cabras — todas las del pueblo — se dispersaba al llegar a la plaza. El pastor se metía en la primera taberna que encontraba. Cada cabra buscaba la puerta que conocía. Cuando la encontraba cerrada se apoyaba en la pared y esperaba. Algunas no podían andar con la leche acumulada en las ubres en punta.

Veía la lluvia que seguía cayendo sobre el pueblo.

Las risas de sus soldados, al otro lado de la pared, aumentaban ahora su tristeza.

Se echó en el camastro, pero no tenía sueño. Estuvo tumbado un rato. Encima de la mesilla seguía el papel en blanco. Veía el borde de la maleta en un rincón. Una camisa caqui. No tenía ningún libro. «Allí no me harán falta». Pero le hubieran hecho falta, pensó ahora, oyen do el interminable golpeteo de la lluvia sobre las tejas. No tenía ninguna esperanza de que aquello terminara alguna vez. Se sentó en la cama y cogió la pluma.

«*Querida madre*» Era la tercera carta desde que es taba allí. Hubiera tenido tiempo de escribir muchas cartas. Llevaban cuatrocientos ochenta días. Primero el polvo, el sudor, la sequía, las moscas, la sorpresa de la llegada. Después la lluvia, el barro, la tristeza, la nieve y el viento, aquel viento que les obligaba a llevar faja para taparse el vientre, el estómago y el pecho. Más tarde el verde brotando de los surcos rojizos, el aire haciéndose dulce, como de carne, y los maizales curvándose en on-

das verdes. Y otra vez el calor, las moscas, el polvo en la plaza mayor y las carreteras, los gritos de los hombres a las tres de la mañana, con los ojos cargados de sueño, antes de salir por el camino de la era hacia la mies

«*Querida madre.*» No tenía nada que decirle. Estoy bien. Me cuido. ¿Qué tal estás tú? Cuídate.

No quería escribir todo eso otra vez.

Se asomó a la ventana. Una muchacha salió del so portal. Le pareció muy hermosa pero no pudo verla apenas. Cualquier muchacha era hermosa ahora. El Boni — al Boni sí le conocía ya — se quedó mirándola y después entró en la tienda. Dos chicos descalzos pisoteaban los charcos. Se retiró de la ventana.

«*Querida madre.*»

Leyó varias veces aquellas dos palabras.

«*Hace muchos días que he empezado a escribirte.*»

Se detuvo, vaciló un momento y rompió el papel.

Ahora los soldados cantaban. Hasta las ocho estaban libres hoy. «Todavía tengo tiempo, pensó.»

Cogió otro papel y volvió a escribir: «*Querida madre.*» Se encontraba perfectamente, pero ¿por qué hablar de ello? No tenía nada que decirle. Pensó que a una madre sólo se tendrían cosas que decirle después de muerta. Cuando fuera tarde. Ahora escribió de un tirón: «*Estoy muy bien, no tienes que preocuparte por mí. Como bien, y duermo todo lo que quiero, figúrate. No te he escrito antes por pereza, como siempre.*»

Se detuvo otra vez y leyó lo que había escrito. Estuvo pensando un rato. Ahora no oía el ruido de la lluvia en

los tejados, y se asomó a la ventana. Seguía lloviendo. Unas gotas finas, suaves, como rocío. Era de noche, aunque el reloj marcara las siete y cuarto. Hasta las ocho tenía tiempo. Siguió escribiendo: «*¿Qué tal sigues de tu reuma? Cuídate mucho. Ahora con estas lluvias...*» Tachó las últimas palabras. «*Allí no llueve.*»

Después de un momento continuo: «*Ahora en este tiempo, tienes que tener más cuidado. Supongo que la hinchazón de tus piernas habrá bajado, pero no dejes de ver a don José. Ya sabes que es el único que te ha enten-dido. No hagas ascos al salicilato. El estómago no lo tolera, pero las piernas te lo agradecerán.*»

No le gustaba escribir, lo importante quedaba dentro siempre. ¿Cómo decirlo?

Releyó lo que llevaba escrito. Recordó las palabras de ella: «Hijo ¿por qué no escribes? Me dan tanta alegría tus cartas». No comprendió su alegría. Pero siguió escribiendo: «*Tengo todavía media hora libre*». Se paró. Media hora. Era imposible seguir diciendo cosas duran te media hora. Se levantó otra vez y dio un paseo por el cuarto. «Es peor pensarlo. Ella se alegra con las cartas». Lo demás no importaba. Continuó: «*Yo no necesito nada. Puedes mandarme rosquillas. Las de anís, las otras ya sabes que son muy secas y no me gustan. Pero no tienes que molestarte, de veras. Ni decirme que no es molestia. Si te parece, las rosquillas las tomaré con el café de la mañana para que estés contenta.*» Era como bajar a otra edad, hablar así con la madre. Sonrió. Ella guardaba las cartas en un cajón del ropero, entre sus frascos y los álbumes de fotografías. Habían pasado diez minutos. Siguió: «*Ya me dirás si te has comprado el abrigo*

por fin. Cuando me contestes no dejes de decirme cómo está el niño de Luis. ¿Qué más? ¿Sigues ganando en tus partidas de parchís? Como ves, me acuerdo de todo, aunque me parece que siempre te digo lo mismo. Ah, se me olvidaba. Hace mucho tiempo que no sé nada de la tía. ¿Qué tal está? A Jesús le vi por casualidad antes de venir. No me conoció.» Miró el reloj. Faltaban cinco minutos para las ocho. Los soldados se preparaban ya. Añadió: «*Se me acaba el tiempo. Si puedo, seguiré mañana.*» Dejó la carta sobre la mesa y salió. Ahora tenía que hacer otra cosa.

IV

Habían llegado a las diez. Ocho kilómetros. Dos horas andando sobre la carretera embarrada. No llovía ya. La casa estaba aislada, rodeada de unos chopos húmedos.

El plano que llevaba era tan completo que no tuvo ninguna dificultad para situar a sus soldados en los pun tos estratégicos previamente elegidos. Él se quedó detrás de una roca a menos de veinte metros de la casa. Veía la luz, aunque sabía que detrás de aquellas ventanas iluminadas no había ahora ningún habitante. La chimenea, sin embargo, humeaba aún. De una pared colgaban algunas pieles de cordero, todavía frescas. Con-sultó su reloj. Ya no tenía ninguna prisa. Estaba excitado. Le hubiera gustado fumar, pero no le pareció prudente. Adivinaba más que veía las cabezas inmóviles de sus muchachos con la mirada fija en aquella casa, impacientes como él, esperando lo que tendría que ocurrir precisamente aquella noche, allí mismo, ante las ventanas que dejaban escapar una luz tenue y vacilante.

Desde alguna parte llegaba ruido de agua corriente, aunque en el plano no aparecía ningún río. «Ha llovido mucho. Se le abría la boca, pero no era el sueño. Ni el aburrimiento. Ni el hambre. Era un bostezo nervioso.

Los animales nocturnos cantaban en la oscuridad No los conocía. Un croar de ranas le llegó de pronto como algo familiar y tranquilizador. Había ranas cerca de allí. Le pareció increíble aquello mientras apretaba la culata de la pistola. Otra vez sintió deseos de fumar, pero se contuvo. Cuando miró de nuevo su reloj, sintió un sobresalto. Era casi la hora. Faltaban apenas unos minutos. El silencio que rodeaba la casa seguía siendo tan denso como antes. El resplandor de las ventanas caía sobre las piedras amontonadas junto a la pared. Había ropa colgada de una cuerda que se curvaba en tres dos palos clavados en tierra.

Esperó con la respiración contenida, pero no oyó ni un solo ruido sospechoso. Estornudó, tapándose la boca con un pañuelo. Los muchachos seguían ocupando sus puestos, silenciosos e invisibles en la oscuridad.

Pasó media hora, una. Se encontraba fatigado. Los ojos le dolían. Se tocó los lacrimales con los dedos. La pistola se le cayó sobre el pie. La recogió y la limpió con el pañuelo. Nada. Otra hora de espera frente a la casa. Empezó a tiritar bajo su capote. Ahora tenía la convicción de que todo había sido inútil. Sin saber por qué se alegró. Se frotó las manos para calentarlas. Los dedos le parecían pequeños cuajarones de hielo bajo los guantes. Tanto tiempo frente a las ventanas, en una espera infructuosa, escuchando el sordo latido de la san-gre y la tierra, no lejos de los pequeños animales que gritaban en la oscuridad como seres humanos, doloridos, iguales todos bajo el peso de la noche.

A las seis de la mañana dio orden de regresar. El camino le pareció más corto. Cuando llegó, tenía los pies

calientes. Se metió en la cama. El bienestar le subía desde los tobillos. Se quedó dormido. Cuando se despertó no llovía. Dejó que los soldados durmieran una hora más. Cogió la carta. Sin leerla, añadió: «*Sólo unas líneas antes de cerrar el sobre. Quiero que salga ahora mismo. Te repito que estoy muy bien. Estoy seguro que te pasará lo que a Jesús, no me conocerás cuando me veas. Ayer he estado de servicio hasta muy tarde. En realidad fue un paseo, he dormido muy bien después. Hoy tenemos descanso hasta mediodía, Si anoche hubiéramos tenido suerte tal vez habría podido ir para tu cumpleaños. Hoy no puedes quejarte. Es como si te hubiera escrito dos cartas. Ahora que tengo que terminar, me da pena. Cuídate, mamá. Y sobre todo no tengas ninguna preocupación por mí. Espero verte pronto.*»

Levantó la cabeza. Un chico voceaba el pescado en la plaza. Era un grito extraño, largo, del que sólo en tendió las palabras finales: «En casa del señor Eulogio y en casa del señor Antonio.»

Todavía escribió en la carta: «*He engordado dos kilos*». Y en un extremo del papel: «*Un fuerte abrazo de tu hijo*.» Firmó.

No llovía pero había unos nubarrones hinchados, casi negros, sobre la casa. Por la ventana abierta entraba un aire húmedo que se le pegaba a la piel. Mientras de jaba caer las cosas en el baúl maldecía a media voz. Angustias sollozaba sentada en un rincón, no quería irse. La miró con odio.

—Tú tuviste la culpa, aquí no podemos seguir.

Pero sabía que la culpa era de él. La culpa era del

hombre que se dejaba quitar los pantalones. «No me toques, ¿entiendes?» Y él como un desgraciado, consumiéndose de deseo de cara a la pared, al lado de su cuerpo, hasta que no había podido más. No era de hom-bres. Él lo sabía cuando entró. Tuvo que firmar después de declarar. La mano le temblaba.

—Bien — había dicho el hombre desde detrás de la mesa —. Ustedes se quedarán aquí. Me parece lo más seguro.

Se habían quedado allí, él llorando mientras notaba las manos de ella acariciándole en la oscuridad y sentía aquel cuerpo buscando el suyo sin oír las palabras de ella: «Estoy contenta de mi hombre. No pienses, has hecho lo que debías. Nadie lo sabe ni lo sabrá. Además, ¿por qué no lo van a saber? ¿Quién se hubiera atrevido a hacerlo? Les has demostrado lo que hace un hombre. Un verdadero hombre no tolera que le ro ben sus cosas. Estoy aquí contigo, estamos solos, me tienes a tu lado, estamos juntos, bien mío. Yo soy tu es clava, aquí me tienes. Las mujeres necesitamos hombres como tú, hombres que sepan defender lo que es suyo, y luchen como sea, aunque los demás se doblen y con sientan que les roben los corderos y las esposas.»

Todo aquello — los diez días que habían pasado sin que nadie apareciera por la casa para recoger los corderos y los panes que estaban preparados en la cocina; las noches junto a la mujer hablándole al oído, en aquella habitación que no era la suya, sobre una cama extraña cuyos muelles se le clavaban en los riñones; la impaciencia de las horas de espera deseando una sola noticia que nunca llegó; después, el terror, un frío corriéndole

a lo largo de la espalda, desde la nuca a la rabadilla, sin dejarle dormir durante las noches, desper-tándole cuando la fatiga acababa por rendirle un instante al llegar la mañana; por último, el odio hacia aquel cuerpo que se pegaba al suyo, hacia los labios que le buscaban la boca, y sobre todo hacia aquella voz temblo-rosa, insistente: «No tengas miedo. Ahora saben quién eres, no volverán nunca por allí, no irán a robarte» —, todo aquello le daba vueltas en la cabeza mientras seguía llenando el baúl. El carro estaba preparado. Oía el resoplido de la mula, los golpes de los lomos en las varas. La cama estaba ya fuera. Había sacado también la mesa y las sillas. El sudor le mojaba la camiseta. Tenía prisa. Le parecía que el baúl no se llenaría nunca con las sábanas y las mantas, el traje de los domingos, las toallas, los cubiertos, aquellos pequeños objetos que des cubría ahora por primera vez y eran como la carne de la casa que iba enseñando las paredes y los rincones, reduciéndose a una pura armazón de piedra, barro y cal. Odiaba cada baldosa que pisaba. Ahora pensaba que era imposible haber vivido allí tanto tiempo.

—Deja eso — gritó ella de pronto —. Eso no es tuyo.

Él tiró las sayas que tenía en la mano, y las pisoteó sin hablar, ni mirar a la mujer que seguía sentada en el rincón. Salió y comenzó a cargar el carro. Sudaba por todas partes, Fue poniendo los muebles con cuidado, tra-tando de meter en tres metros cúbicos lo que le quedaba por vivir: las ilusiones y los muebles, su ropa y su espe-ranza. Ella lloraba dentro. Sintió deseos de golpearla. Entró corriendo. La cogió por los brazos y la sacudió con violencia:

—¿Quieres callarte, di?

—No me iré — dijo ella —. No me iré de mi casa.

Él la empujó hacia atrás. Angustias quedó sentada en la silla, despeinada, sin soltar las sayas que acababa de recoger del suelo.

Ambrosio volvió a salir y terminó de cargar el carro como pudo. Después, con una cuerda doble, lo ató todo de prisa, sin ver apenas.

Cuando terminó, golpeó en el vientre a la mula que se puso en marcha de un tirón.

Angustias, desde dentro, oyó el chirrido de los ejes sin engrasar, el traqueteo de las ruedas sobre los adoquines del patio, el estrépito de los cubiertos al golpear contra las paredes del baúl.

Levantó la cabeza, y permaneció erguida durante un momento, retorciéndose las manos.

De pronto dio un grito y salió corriendo tras el carro. Se agarró a la trasera y tiró con desesperación, en un último esfuerzo inútil para detener todo lo que se le escapaba.

Notó el dolor en el brazo y en el hombro. Pero no soltó, mientras el carro la arrastraba hacia adelante, obli-gándola a dar un paso detrás de otro, como un muñeco mecánico, ridículo:

—No me iré, no me iré, no me iré…

V

Cuando, por fin, oyó la puerta, Zoila estuvo a punto de gritar de alegría. Corrió en la oscuridad, a tientas, sin una vacilación. Bernardo la abrazo. Ella le tocó el pelo, las orejas, los párpados, la nariz, los labios, la barbilla, el cuello. Él reía suavemente, jadeando todavía:

—Vas a desgastarme.

—Déjame dijo ella. Pedía al acto una última se-guir-dad: era él, entero, vivo, alegre, fatigado; un cuerpo fuerte y cálido estrechándola con fuerza —. Estás bien, Nardo, en todos los pueblos de la comarca no se habla de otra cosa. ¡Cómo he sufrido estos once días! Os espe-ra-ban, si hubierais ido...

—No hables — murmuró él —. Ya pasó todo. ¿Por qué seguir sufriendo? No pienses.

Zoila continuó acariciándole:

—Alguna vez no lo sabrás, te esperarán, esperarán como fieras, como muertos.

—La caza huele el cepo, eso se huele.

—No — dijo ella —. Las orejas de los confidentes no lo oyen todo. Alguna vez, no quiero pensarlo, pero hay

que pensarlo, alguna vez...

Ahora era él quien pasaba los labios por las mejillas y los ojos de Zoila. Estaban abrazados, sin moverse, palpitantes.

—Nunca — dijo él —. ¿Lo oyes bien? Nunca. No podrán, será inútil. — notó el peso de la cabeza de Zoila sobre su hombro.

Estuvieron en silencio mucho rato. Fuera hacía viento y una contraventana, en alguna parte, golpeaba la pared con un ruido seco.

Se acercaron al ventanuco. No vieron nada. En la oscuridad la Loma Alta era una masa compacta, sombría, silenciosa. Las ramas de las higueras entrechocaban, sonaban como si fueran a romperse.

Zoila se soltó y dijo:

—He traído queso y vino. Lo traje hace tres días, la torta estará dura.

Se acercó a un rincón y sacó un pequeño bulto.

—¿Te gusta el queso?

—Sí, me gusta todo.

—La torta es buena, está dura, mójala.

—No está dura. ¿Has venido todas las noches?

—Sí.

Bebió de la bota, chupando. Después bebió ella.

—¿Quieres más queso?

—Bueno.

La contraventana dejó de sonar: alguien corrió un cerrojo. Después se oyó el ruido de un balcón al cerrarse. Bernardo encendió un cigarro. La mecha, al apagarse, soltó un olor picante.

—¿No quieres más?

—No, otro poco de vino.

Al darle la bota, dijo:

—Se está bien aquí, ahora.

—Sí.

¿De verdad no quieres más?

—No. de verdad.

—Has comido muy poco. Luego tienes que andar.

—No te importe — sonrió él —. He comido bastante.

—Tú no sabes — dijo Zoila —. Los hombres no sabéis.

Él la cogió por la muñeca. Zoila cerró los ojos, mur-muró:

—No hay nada peor que esperar aquí, Nardo, en la oscuridad, una noche, y otra noche, todos los días, sa-biéndolo todo sin poder avisarte.

—Ya ves que alguien me avisó.

Ella se agarró a su cuello:

—Por eso. Te avisaron, pero pudieron no avisarte, pudieron no saberlo a tiempo. Siento frío al pensarlo. Dices que no podrán, que todo será inútil, pero ¿cómo puedo creerlo cuando estoy sola aquí, esperando yo sola, por las noches?

Bernardo comenzó a besarla en la boca.

—No — dijo ella, soltándose —. Perdóname, déjame, no sé lo que digo. Tú sufres más que yo.

Él sonrió, trató de bromear:

—Venga, a pasar lista. ¿Qué te pasa esta noche, quién habla de sufrir?

—No, déjame, Nardo.

—¿Qué te pasa? Ven aquí.

Ella, de pronto, se abrazó a él:

—No quiero verte más, no vuelvas nunca.

Él fue peinándole el pelo con los dedos, lentamente, cohibido, con una dulzura torpe, de niño:

—Ya entiendo — bromeó otra vez —. Te pasa lo que a mí. Yo tampoco quiero verte nunca, nunca, nunca más —la besaba en los ojos furiosamente, con una súbita desesperación —. No volveré hasta mañana, ¿oyes?, lo juro, nunca, nunca, hasta mañana, no llores, ¿me oyes?, he dicho que no llores, ¿entiendes? Volveré todos los días, pase lo que pase — estaba casi gritando.

Ella sonrió a duras penas:

—Cállate, Nardo, van a oírnos.

—Mejor —dijo él —. Eso quiero, que nos oigan todos, que lo sepan todos. Estoy aquí contigo, vendré todos los días. Si no te ríes gritaré, ríete, ríete mejor.

—No sé mejor.

—Sí sabes, que te vea la risa, que te vea los dientes.

—¿Ahora?

—Mejor — chilló él — Mejor todavía.

La apretaba con fuerza. Ella bajó la cabeza, la apoyó en su brazo. Se quedaron silenciosos, quietos. Fuera no se oía nada.

En cuanto salió él, se acercó al ventanuco y lo abrió. Un viento helado y húmedo barrió el pajar. Temblando, volvió a cerrar de golpe. Escuchó. Nada. Era muy pronto todavía. Se sentó otra vez. Ahora que él no estaba, la oscuridad volvía a sobrecogerla. Esperó con los nervios en tensión.

En cuanto oyó los dos disparos se levantó de un salto. Cruzó el pajar, abrió la puerta y salió. Hacía mucho frío.

Echó a correr. Al llegar a las primeras casas habitadas acortó el paso. El viento le daba en la cara. La envolvió un olor ácido, a restos de comida. En el profundo silencio de la madrugada, oyó el ruido del caño en la fuente de la plaza. Pensó en Segundo. Se quedó parada, con la cabeza erguida, olfateando el aire. No le había dicho nada a Bernardo, se alegró ahora. Un perro comenzó a ladrar.

—Cállate.

Llegó a la puerta de su casa. Se agachó, retiró la piedra del suelo y cogió la llave. Abrió con cuidado, se descalzó antes de empezar a subir la escalera.

VI

El vigilante abrió la ventana, pero no pudo distinguir nada en la oscuridad. Tampoco oyó ya ningún tui do. A lo lejos brillaban algunas luces.

Salió al patio, el aire helado le cortó la respiración. Se quedó parado, frotándose las manos. El barro del suelo estaba endurecido. Junto a la pared había una capa de escarcha.

Estuvo a punto de dar la vuelta. Ahora, en invierno, tener que cruzar el patio para echar un vistazo al cobertizo era lo peor de su trabajo. Se decidió, lo cruzó casi corriendo a pesar de la manta. En el almacén había sacos precintados, una enorme báscula, dos camiones. Olía a humedad, a grasa, a cemento. Dio una vuelta por todo el almacén. Estaba cansado. A su edad había hombres que ya no trabajaban. Cuando llegaba a casa, por las mañanas, la cama estaba caliente, dormía hasta las dos. De tres a nueve trabajaba en lo que salía.

Volvió a cruzar el patio en sentido inverso. Los muros eran una mancha blanquecina en la oscuridad. Las ventanas no se veían. En un corredor las herramientas estaban tiradas en el suelo, las recogió y las puso en un

banco. Siguió andando, subió hasta el último piso. Allí estaban las oficinas. Dos despachos vacíos con las mesas cubiertas de papeles.

Al llegar al extremo de cada corredor por el que aca-baba de pasar apagaba la luz. Bajó por la escalera trasera. Desde allí se veían, al otro lado del río, las luces de Sisianes; todo en silencio. Sobre la puerta de entra da relucían las siglas de la empresa. Los obreros habían pegado en las paredes, frente a las máquinas, grabados con muchachas en bañador. Pasó de largo, llegó a la portería. Avivó el brasero y encendió un cigarro. Antes de sentarse se dirigió al lavabo. Cuando pasaba frente a la primera puerta le apoyaron algo duro en la espalda.

—Pon las manos en la cabeza.

Levantó los brazos, se quedó quieto, no se volvió a mirar. Una mano le cacheó rápidamente, le quitó la pe-queña pistola que llevaba.

—Acompáñanos hasta la caja.

Sin decir nada empezó a subir la escalera, los tres hombres le siguieron.

—¿En qué piso es?

—En el último.

Se pararon en el corredor.

—¿Qué puerta es?

—Esa.

Estaba cerrada con llave. Uno de los hombres se lanzó sobre ella. El pestillo cedió al segundo empujón. Era una habitación pequeña con una sola ventana. Había una mesa y un sillón de cuero muy usado. La caja fuerte estaba empotrada en la pared, debajo de un mapa de la provincia. El más viejo de los tres hombres se acercó

y vació el cargador sobre la cerradura. El ruido los ensor-deció. De la pared se levantó una nubecilla de polvo humo. Unos trozos de yeso cayeron al suelo.

—Basta

El viejo empujó la puerta y metió la mano, fue echando en un saco los sobres azules que había en la caja fuerte. Los echó todos, caían sin ruido, como si no tuvie-ran nada dentro.

Bernardo salió el último. Había unas nubes bajas, densas; apenas se veía. Se oía el agua del río. Era el mismo río que pasaba por Villamayor, no quiso pensarlo.

Empezó a andar de prisa. Una locomotora maniobraba cerca, lanzó un silbido.

Agradeció que hubiera alguien trabajando a aquella hora, cerca de allí. Cruzó las vías, la estación quedaba a dos kilómetros. Ahora veía las luces de Sisianes, muy próximas. Se alejó en dirección contraria, hacia el monte. Sentía la humedad en los párpados, en las orejas. La locomotora volvió a silbar, llenó la noche de amistad, de calor.

Oyó las bielas, el tableteo del vapor escapándose por debajo de las ruedas.

Sintió deseo de beber una botella de vino alrededor de una mesa con brasero. Por primera vez notó el frío, tenía metida la humedad en los huesos, estaba tiritando.

Echó a correr para entrar en calor, le lloraban los ojos.

VII

Antes de llegar a la empalizada oyó ladrar ya a los perros. Corrieron hacia él, gruñendo. Arañaron la valla con las patas delanteras. Él oía el jadeo, el choque de sus cuerpos contra las piedras y la madera. Siguió andando a lo largo de la valla, hacia la puerta. El resquicio de luz que había visto en una ventana desapareció. Esperó sin tratar de calmar a los perros que continuaban ladrando al otro lado de la empalizada. Ahora, después de la marcha a través del monte, no tenía frio, pero estaba cansado, necesitaba dormir. Apenas faltaba una hora para que amaneciera. La puerta de la cabaña se abrió, Brígido salió al corral y se acercó a la puerta de la empalizada

Los perros no se callaban, les gritó algo.

—¿Eres tú? — preguntó.

—SÍ — dijo Bernardo —. ¿Han venido ya?

—Acaban de llegar, pasa. Fueron juntos hasta la puerta, los perros se les pegaban a las piernas. Brígido trató de alejarlos. Abrió la puerta.

—Es Bernardo — dijo desde el umbral.

Entraron. Lucía encendió otra vez el candil.

Estaban todos en la cocina. En el fogón ardían varios troncos, había dos pucheros, hacía calor. Bernardo se quitó la zamarra.

—El agua ya está — dijo Lucía —. Cuando queráis, decirlo.

El Rojo fue el primero. En la cuadra había un candil encendido, sobre un pesebre.

Lucía echó agua caliente en un barreño.

—¿Tendrás bastante?

—Sí, de sobra — dijo el Rojo.

Lucía le dejó y volvió a la cocina. Los hombres esta-ban fumando, hablaban poco.

Había mucho humo. Lucía empezó a poner platos y cucharas encima de la mesa.

El Rojo chapoteaba en la cuadra, le oían resoplar, darse palmadas en el pecho.

—¿Cómo van las cosas? — preguntó Bernardo.

—Bien — dijo Brígido —. Mayormente bien, no po-demos quejarnos.

Olía a patatas guisadas, a leche.

—¿Vais a quedaros?

—Esta noche nada más.

—Se come lo que haya, ya sabéis, no tengáis prisa.

El Rojo entró frotándose con una toalla. Lucia salió a cambiar el agua, Manguán empezó a quitarse la camisa.

Bernardo tenía la espalda apoyada en la pared. Sentía en la nuca el frescor. Se le cerraban los ojos. El calor que despedían los troncos, el vapor del agua, el olor a comida, las voces de todos le adormecían. No pensaba en nada; estaba sentado, con las piernas estiradas.

No luchaba por vencer la laxitud, todo lo que le llega-ba

por los sentidos le acariciaba. Oyó el choque del vino al caer en los vasos, el golpe de la jarra contra la mesa.

—No esperéis — decía Lucía —. Las patatas están; ir comiendo.

Bernardo no se movió, no abrió los ojos. Se hubiera dormido allí mismo, para mucho tiempo, rodeado por aquellos ruidos amigos, entrañables.

Zambrano se había arrimado a la mesa, mordisqueaba la torta:

—Me pone triste el calor — dijo —. Me acuerdo de todo, después es peor irse, no te irías.

—No os vayáis, aquí no van a venir ya, estuvieron hace diez días.

—¿Qué hicieron?

—Nada, lo miraron todo, fisgaron.

—¿Cuántos eran?

—Unos veinte, traían dos perros.

El Gallardo había empezado a comer, sorbía el caldo:

—Están buenas las patatas.

Lucía volvió a echar vino en los vasos, estaba pen-diente de todo. Manguán regresó a la cocina. Tenía la cara roja, el pelo húmedo:

—No saldría uno, sabe a poco eso.

—¿Quién va ahora? — dijo Lucia, después de cam-biar el agua.

—Yo mismo — dijo Bernardo, levantándose. Cerró por dentro la puerta de la cuadra, empezó a desnudarse. Había cuatro cabras y una vaca, olía a hierba, a abono fresco. La llama del candil se retorcía, estaba a punto de apagarse. Todo era apacible, tranquilo, dulce.

Notaba el calor de los animales. No hacía frío. Aque-llos

cuerpos le llenaban de seguridad. Desde el barreño se levantaba un vaho blanquecino, espeso.

Se metió en el agua. Una dulzura tibia le subió hasta la garganta. Se quedó quieto, con los ojos cerrados, las manos en el borde del barreño.

Entonces se acordó de Zoila. Metió las manos en el agua. Sentía rencor contra todo lo que le obligaba a quedarse allí, separado de ella, solitario entre las voces de sus amigos, impotente.

El calor del agua le calmaba, le quitaba fuerza.

Con una furia repentina empezó a buscar el jabón por el suelo.

VIII

Era la primera vez que atravesaba la plaza desde su último encuentro con Segundo. La puerta estaba cerrada. Vio la reja de la ventana, la persiana, los desconchados de la pared. El Boni y la Chon hablaban junto a los ganchos, al otro lado de la plaza.

Había dejado de llover hacía un cuarto de hora. Te nía entumecidas las piernas. No quiso dar un rodeo. Podía haber bajado hasta la carretera por detrás del cementerio, pero no lo hizo. Pasó ante el abrevadero, despacio; subió hasta la fuente, cruzó por delante de los soportales y siguió por la acera del Ayuntamiento.

Necesitaba andar, despejarse. Bernardo llevaba unas noches sin venir. La espera, con la lluvia, se hacía aún más insufrible. Por eso aprovechó aquel claro para bajar hasta el río. Era acercarse un poco a Bernardo, sentir su respiración más próxima. Unos chicos desarrapados habían encendido una hoguera.

Cuando llegó a la pasarela se detuvo. Hacía frío, pero iba bien abrigada. El agua bajaba turbia. El río era una lengua roja entre los juncos. Bajó hasta la orilla. Se agachó y metió la mano en el agua. Le pareció un cuchillo. Desde la Loma Alta llegaba un alboroto de pájaros. En-

frente, el Pico del Castillo estaba envuelto en una niebla que empezaba a levantarse.

Se quedó mirando un rato. Al volver se desvió para no pasar ante el caserón del destacamento.

Cuando llegó a la plaza de la iglesia, la campana estaba tocando. Se detuvo ante la puerta del campanario. Estaba abierta. Sin pensarlo más, se coló y empezó a subir por la escalera de piedra. Los últimos escalones eran de madera de pino, recientes. En algunos rincones quedaban aún huellas de las llamas que habían destruido la escalera anterior, durante la guerra civil.

Se apoyaba en la pared. Notaba en las manos el con tacto áspero y húmedo de las telarañas. El excremento seco de los palomos y los gorriones formaba una capa sobre el suelo. Olía a humedad.

Sobre las tablas había algún dibujo, inscripciones: «Aquí estuvieron dos machos de la cuarta. Antonio. Fe-lipe» «Julio Rodríguez Barban» «FET» «Pilarín».

El ruido era ensordecedor.

—¿A qué tocas?

El muchacho que volteaba la campana no la oyó.

—Tú, chico.

Abajo, el Boni seguía hablando con la Chon. Zoila se apoyó en la pared. Las piedras estaban mojadas todavía.

Esperó a que el ruido cesara. Por encima del muro veía, otra vez, la mole del Pico del Castillo, despren-diéndose de la bruma poco a poco, bajo la última luz de la tarde. Los estratos rojos y blancos parecían una tela desteñida.

Respiró hondo, fuerte. Sintió alegría, el fragor de la campana aumentaba extrañamente su júbilo.

—¿Te ayudo? - gritó.

El chico no contestó. Sudaba, tenía unas orejas grandes, transparentes. Ella dejó de mirar por encima del muro. Sobre su cabeza, notó un aleteo de palomas.

—¿Te ayudo, hombre?

Cuando llegó al pajar era ya de noche. La puerta estaba entornada. No quiso hacerse ilusiones todavía y gritó desde el umbral:

—¿Quién anda ahí?

En la oscuridad hubo un revuelo de gallinas y, en seguida, silencio otra vez. Un silencio cálido, cargado, algo como un susurro que ella conocía bien. Entró y atrancó la puerta. Después, con las manos extendidas para no tropezar, llegó a la escalera y comenzó a subir. Antes de que llegara arriba, la mano de él cayó sobre su cabeza.

—¡Qué tonta! — dijo Zoila —. Al principio temí que no fueras tú.

IX

Llevaba esperando tanto tiempo que ya no percibía el olor del bacalao. Al principio había tenido que taparse la nariz. En el secadero trabajaban algunas muchachas. Las veía sonrientes, detrás de los largos bancos, sin hacer caso del hombre que paseaba frente a la puerta. A las doce en punto, cuando sonara la sirena por primera vez, dejarían los bancos y aquellas largas tiras de pescado que se secaban al aire. Ellas estaban ya acostumbradas al repugnante olor de la salazón pues de otro modo no hubieran podido sonreír. Una camioneta cargada entró en el patio. Dos hombres saltaron al suelo y empezaron a descargar.

Entonces alguien le tocó en el brazo. Félix se volvió lentamente:

—Creí que no llegabas nunca.

—Perdona, se me ha hecho tarde, ya te explicaré. El recién llegado llevaba un traje gris arrugado, rozado en los bordes de las mangas.

—¿Tienes mucho tiempo libre?

—Hasta la hora de comer — dijo Félix —. He venido a Sisianes al médico. He dicho eso.

—Vamos andando.

—Como quieras.

Félix andaba despacio, pesadamente, tenía el aire vacilante y tímido de los aldeanos al llegar a la ciudad. El otro lo cogió del brazo.

Ya sabes lo que es. Los tres son amigos míos, respondo de ellos. De uno a lo mejor has oído hablar. Se llama Alda, ¿No? Bueno, es lo mismo. Los otros se llaman Lerín y Ferrer.

Félix iba mirando al frente, sin mover la cabeza, pendiente de lo que oía, un poco aturdido todavía por el movimiento que le rodeaba y al que no estaba acostum-brado.

—Puedes figurarte — siguió el otro —. Quieren irse cuanto antes, cuanto antes mejor.

Félix se encogió de hombros:

—Ya me lo figuro. Pero cada vez es peor, tú lo sabes, Reyes. ¿Cuándo estarán aquí?

—El domingo.

Félix tardó un poco en contestar:

—No sé si yo veré a Bernardo antes. Ahora los veo poco, Bajan de tarde en tarde, cuando pueden, hay más guarnición que nunca. No paran en un sitio.

Reyes no hizo ningún comentario. Esperaron en una esquina a que terminara de pasar un carro cargado de verdura.

—Hace quince días que no los veo — llevaba una camisa remendada bajo una chaqueta de cuero mugrienta. Las botas de goma, manchadas de barro, le llegaban a las rodillas. Los ojos eran lo único que tenía movimiento en aquel rostro parado, como de piedra —. Ellos, ba-

jar, bajan, seguro, pero de aquí al domingo no es seguro. Luego, hay que preparar muchas cosas. No es llegar y besar el santo.

—Tú les dices lo que hay — dijo Reyes -—. Que ha-gan lo que puedan, Bernardo ya sabe. El tren pasa de madrugada. A uno lo puedo tener yo unos cuantos días en mi casa.

Habían llegado a las oficinas del coche de línea. Félix preguntó en la ventanilla:

—¿A qué hora sale el de Villamayor?

—Dentro de una hora.

Reyes esperaba en la puerta.

—Tenemos tiempo de tomar una copa todavía — dijo Félix.

—Aquí cerca dan buen vino.

Pidieron media botella de clarete. Reyes llenó los vasos:

—No lo dejes de la mano.

— Descuida — dijo Félix.

X

Salieron de noche, una hora después que Bernardo y el Gallardo.

Iban en silencio, de prisa, Zambrano en el centro. Cuando llevaban andando tres cuartos de hora comenzó a llover. Tuvieron que refugiarse en un cobertizo. No hablaban. De cuando en cuando alguno sacaba tabaco que ofrecía a los otros dos. Estuvieron quitándose el barro de las abarcas con una piedra.

En cuanto cesó la lluvia, siguieron andando. Habían dado un rodeo para no pasar junto al transformador. Vadearon el río con alguna dificultad. Las últimas lluvias habían duplicado su caudal. Manguán acabó mojándose hasta la cintura.

—¿Cuánto queda a Sisianes?

No le contestaron. Las nubes eran un peso hosco, negro. Olía a lluvia. No se oía más ruido que las pisadas de los tres hombres, el roce de la ropa sobre la piel

—¿Qué es eso? — preguntó Manguán levantando la mano.

Zambrano no volvió la cabeza:

—Taces.

—¿Y si cenáramos algo? — propuso el Rojo.

—Buena idea — dijo Manguán —. Así me seco un poco,

El crucero estaba desierto, a pesar de ser domingo. Llovía otra vez. Una lluvia menuda, en remolinos.

Manguán se adelantó. Se detuvo ante la taberna Abrió la puerta y sacó la pistola:

—Que no se mueva nadie.

No había más que cuatro hombres: dos ante el mos-trador y otros dos en una mesa, junto a la ventana. La tabernera era flaca y pequeña, de ojos oscuros, cansados. En la mejilla derecha tenía una verruga con dos pelos.

Zambrano y el Rojo entraron hasta la cocina y volvieron a salir.

—Pronto — dijo el Rojo, sentándose —. Lo que haya para cenar.

La mujer sacó tres platos y una olla con patatas y bacalao. Manguán no se movió de la puerta hasta que Zambrano y el Rojo terminaron. Después cogió su plato y se sentó junto a la lumbre. El Rojo se quedó en la puerta. Zambrano salió a la calle. Ningún hombre se había movido, el crucero continuaba desierto y silencioso. Había dejado de llover, pero el viento llegaba húmedo.

Manguán dijo, al terminar:

Gracias, hija — dejó un billete sobre la mesa.

La mujer se quedó mirándole, no le contestó. El Rojo había salido también. En la calleja no había nadie. Comenzaron a andar de prisa. Un perro ladraba en el silencio.

Lo primero que vio Zambrano fue un vagón vacío, abandonado en una vía muerta. A la derecha estaba la

estación. No había más que una bombilla en el extremo de un poste. Se oía la corriente del río. Sisianes quedaba al otro lado, apenas se veían luces. Bernardo hablaba con cuatro hombres en la sombra, junto a una tela metálica. Al Gallardo no lo vio por ningún sitio.

Mientras se acercaba, a lo largo de la vía, no dejó de mirar hacia la derecha. Al llegar al vagón se detuvo y espero. Notó un olor conocido que, sin embargo, no pudo identificar. Manguán y el Rojo se habían quedado a la puerta de la serrería. Se frotó la muñeca izquierda. Seguía soplando viento. Echó una ojeada sobre el río. Oyó el silbido apagado de Bernardo.

Volvió a frotarse la muñeca, y silbó a su vez mientras empezaba a andar hacia el grupo.

XI

Zambrano estaba cansado, tenía prisa por llegar. De vez en cuando encendía la linterna. Lerín iba a su lado con la cabeza inclinada, las manos metidas en los bol-si-llos.

Desde que se habían separado de Bernardo apenas habían cambiado unas palabras. El viento iba a más. Los bloques sombríos de las nubes habían empezado a desgajarse, lentos, sólidos. En la oscuridad, los castaños y los eucaliptos resonaban, hacían mayor el viento. Había un ruido de ramas rotas. Los matojos se retorcían.

—Si sigue este viento no tendremos más agua.

—Seguirá — dijo Zambrano —. Por donde sopla, se-guirá.

Calculaba que tardarían aún media hora. Faltaba poco para amanecer.

—¿Puedo fumar? — preguntó Lerín.

—¿Sí, por qué no? Si puede encender.

—¿Usted no quiere?

—No.

—¿Queda mucho todavía?

—No, ya no

—¿Estará ese Brígido?

—¿Dónde va a estar a estas horas?

Siguieron otro rato. Entre los jirones de las nubes, aparecían a veces las estrellas, unos puntos borrosos, débiles. Un claror frío, duro, empezaba a verse a levante, por encima de la cresta de un monte.

Todavía tardaron un cuarto de hora en descubrir la cabaña de Brígido.

—Ya estamos — dijo Zambrano, satisfecho —. Es-ta-mos a un paso ya.

—¿Y aquí qué haremos? — preguntó Lerín.

—Esperar unos días ¿no lo ha oído? Ya nos avisarán cuando sea.

—¿Cuántos días tendremos que esperar?

—Los que hagan falta, no piense en eso, desde aquí saltaremos al Pico cuando nos digan.

Estaban ya en la empalizada, oían el ladrido de los perros de Brígido. En el amanecer, el viento era cortante, las nubes se habían apelotonado contra la montaña. Un cielo gris, liso, metálico, empezaba a clarear sobre ellos.
-—Aquí estaremos bien— dijo Zambrano —. Nosotros dos hemos tenido suerte.

Lerín estaba temblando de frío. Los perros seguían ladrando, tenían unos dientes afilados, húmedos de es puma.

XII

Por la rendija de la ventana entraba una raya de luz. Segundo dio otra vuelta en la cama. Los muelles gimie-ron. Una corriente de aire helado le entró por el embozo. Se estremeció. Le parecía que acababa de dormirse. «Tengo que cuidarme.» Le extrañó no oír al Boni. El pueblo entero estaba en silencio. Abrió la ventana. Una luna en creciente asomaba por detrás de la torre. Miró el reloj. Las tres. Las tres todavía. La noche por delante en aquel cuarto estrecho y oscuro. Se levantó tiritando, y se echó encima una bata. No dormía bien. «Tengo que cuidarme. Si yo no me cuido, ¿quién lo va a hacer por mí?»

Fue a la cocina. Batió un huevo en una taza. Después agregó leche. «¿No me sentará mal?» Bebió de un solo trago. El gato se puso en pie silenciosamente y se acercó a él. Dejó la taza en el suelo. El animal comenzó a lamer. Él no sentía ningún asco. Otras cosas eran peores y había tenido que tragarlas muchas veces.

Se encontraba mejor. «Era debilidad.» Volvió a la cama. No tenía sueño. Eso era lo malo. Aquel odioso silencio cayendo desde la torre, saliendo de las casas como un vaho espeso, que acababa por envolver y aplas-

tar al pueblo. Todos dormían menos él. Tuvo deseos de despertar al Boni. Oía el tictac del despertador sobre la mesilla. Del vaso de noche salía un olor que no le pareció de él. «Tengo que cuidarme», pensó otra vez. «Éstos son los detalles.» Acabó abriendo la ventana y arrojando fuera el contenido del orinal. La fuente, a la luz de la luna, semejaba un extraño carro inmóvil. Oía el choque del caño en la piedra. Un gallo cantó en algún corral. «Estos canallas se pasan el día y la noche anunciando el sol.» Si, por lo menos, hubiera tenido algo que hacer, no estaría tan nervioso. Sintió deseos de orinar otra vez. Como los niños, cada cuarto de hora. Como los niños o las embarazadas. O como los viejos. ¡Qué canallada! Como los viejos. «Yo no soy un viejo. Yo puedo todavía.»

Se sentó en el sillón. Aquí estaba el general sin ejército. ¡Qué pena! ¿Pena por qué? ¿A qué venían las lamentaciones ahora? Pena, sí, pena. Por nada. Por ser hombre. Todos los hombres, a solas, tienen que sentir pena. Si son conscientes, si saben mirarse. ¿Vivir es esto? ¿Para esto se parte uno los cuernos durante tantos años y se encierra en un cajón y come mendrugos y lo que le quieren dar? Vivir es una porquería aunque uno desee vivir mil años. De noche, a esta hora, delante de la pared, uno está sentado con los brazos cruzados. ¿Y qué? ¿A quién va a engañar uno ahora? ¿Cómo va a sentirse alegre? ¿No mira ella para otro lado cuando pasa junto a la puerta?

El gato entró en la habitación sin ruido.

—Fuera de ahí, marica. La cama es mía.

El gato saltó, y desapareció a toda velocidad.

«La cama es mía, todo lo que veo es mío. Lo he ga-

na-do con el sudor de mi frente, día a día. ¿Y qué, di? ¿Para qué te sirve esa lámpara de flecos rojos, y el lavabo, y la cómoda? Para meter cosas, para lavarte. La cama es tuya, so cornudo, pero está vacía. Trabaja treinta años para esto. Sigue inflándote como un imbécil. Y ni mirarte siquiera, maldita sea su puñetera estampa.»

Paseaba por la habitación con los brazos cruzados, «Voy a andar esta noche cuarenta kilómetros.» Se dejó caer sobre la cama. «Eres bueno y te pasa eso.»

Estaba mordiendo la almohada. «Tienes al Boni que duerme al lado, tienes cosas, si no mira, peor para ella, tanto orgullo, ellas lo pasan tan bien como tú y miran a otro lado, como si no supieran para qué lo tienen.»

Sentía fatiga. Estiró las piernas bajo las mantas. Hay que relajarse, dormir como sea.

Apagó la luz. Se ahogaba bajo la ropa, dio un mano-tazo al embozo. En seguida sintió frío, y volvió a taparse. La raya de luz se colaba por la rendija.

Oyó un reloj en alguna parte, y se levantó de un salto. En zapatillas, tiritando, salió de la habitación. Sin encen-der ninguna luz, atravesó el pasillo y llegó hasta el cuarto interior. Golpeó la puerta.

El Boni tardó en contestar:

—¿Qué hay, qué pasa?

—Son las cuatro, levántate.

Oyó el ruido del jergón, el crujido de las hojas de maíz.

—Date prisa, ¿oyes?

—Ya voy, ya voy. ¿Las cuatro nada más? ¿Qué pasa?

Le esperó en el comedor, sentado, con la chaqueta sobre los hombros. El Boni tardó cinco minutos.

Quiero limpiar esto. Vamos a empezar hoy mismo. Ahora siéntate ahí.

El Boni se sentó.

Podía decirle ven, y vendría, levántate, y tendría que hacerlo.

«Se puede dormir a cualquier hora, algunos viejos duermen bien, no es cuestión de juventud, yo puedo como el que más, tres y cuatro, los que hagan falta, como los jóvenes, una noche entera si hace falta.»

El Boni le miraba sin decir nada.

—Vas a empezar por debajo del mostrador. No quiero ver tanto cajón, no sé si me entiendes. La trastienda tiene que quedar como la palma de la mano.

El Boni no contestó.

—Otro gallo, está amaneciendo. ¿Me has oído?

—Aún falta un rato para que amanezca — dijo el Boni.

—Mejor, así terminaremos antes. Vas a traerme unas píldoras de la farmacia.

—¿A estas horas?

—A estas horas. Ese niño me está poniendo nervioso. Hace dos horas que está llorando.

—Es el de la Encarna. Tiene mes y medio.

—Vete ya, vuelve corriendo.

Oyó el ruido de los cerrojos y los goznes. Volvió a su habitación y se echó otra vez sobre la cama. El colchón le pareció de madera. Sentía dolor de riñones. Otra vez el gallo. Y el mamón del niño sin callarse. Que se levante la madre. «Pronto, la teta a tu hijo, venga. Tu marido ya tiene bastante. Antes de que den las cinco estoy dormi-

do. Las pastillas son buenas. Mañana me levanto a las doce.»

Se quedó escuchando. Movió la cabeza poco a poco. La almohada estaba húmeda, y la mordió otra vez.

XIII

A través del ventanuco del pajar veían la luna, una enorme D que se desplazaba lentamente a lo largo del rectángulo azul oscuro. Estaban los dos despiertos y quietos, sin hablar, abrazados sobre la paja. Se habían echado una manta por encima y permanecían así, escu-chando los pequeños roces del viento en la hierba y los granos de maíz que había por el suelo. Un ratón corría en alguna parte. Las gallinas, amontonadas en tres p los, se despertaban de cuando en cuando.

Zoila oía también el golpeteo del corazón de él bajo su oreja. Latía rítmicamente, con una milagrosa y cálida seguridad. A ella le parecía que aquel corazón la llenaba de calor de arriba abajo. La felicidad era aquella quietud junto a él, escuchando el silencio de la noche, sin atre-verse a pensar en la partida. Sin pensar. No se movía. No necesitaba nada. Ni siquiera que él hablara sino sola-mente sentir aquel calor junto a su cuerpo. El gallo se desperezó y cantó por primera vez.

Él se sobresaltó. Se revolvió bajo la manta y dijo:

—¿Qué hora es?

—Todavía no es hora.

—Tengo que irme preparando.

—Sí — dijo ella en voz baja.

Pero siguieron echados, mirando aquella corteza blanca que continuaba su desplazamiento inflexible al otro lado de la ventana.

Zoila no quería pensar. No quería mirar el reloj. Una noche era menos que un vaso de agua. Ella hubiera podi-do beberse diez mil vasos. Todos seguidos, sin des cansar. Sin hablar. Diez mil y cien mil noches, quietos, sin moverse, el uno junto al otro bajo la manta.

—¿Tienes frío? — dijo él de pronto.

—No, ¿y tú?

—Yo tampoco.

Volvieron a quedar en silencio. Parecía mentira que hubieran pasado ya cinco horas desde que él había entra-do, sin ruido, como un felino, brillándole los ojos en la oscuridad. Estaba empapado, pues aunque hacía tres días que no llovía, el suelo continuaba enfangado. Ella se arrodilló y le quitó las abarcas. Después, le llevó al rincón y en la pileta le lavó los pies. Primero el izquierdo. Él le pasaba la mano por la cara.

—¿Qué tal te encuentras ahora? — había dicho ella.

—Muy bien. Podría seguir caminando durante horas.

—No, ahora no. Ahora tienes que estar conmigo. Hacía una semana que no venías.

—Hacía diez años.

—Estás rendido.

—El camino es un barrizal, pero lo conozco bien.

—Tienes que descansar.

Hacía ya cinco horas. Unas gotas de agua. Nada. Aquella maldita cosa blanca corriendo allá arriba, como si tuviera que llegar a alguna parte. Cinco horas apenas

sin hablar. ¡Qué falta hacía hablar teniéndolo al lado!

Le acariciaba el vello de los brazos, deseando que él no volviera a preguntar la hora.

Siempre entraba de la misma forma. Ella conocía aquellas pisadas ágiles que sonaban como si fueran de un cuerpo mucho menos pesado.

— ¿Estás bien?

— Sí, muy bien.

—¿Quieres que eche la otra manta?

—Por mí, no. Si tú la quieres, bueno.

—Yo no la quiero.

—Entonces no.

Y después aquella felicidad del silencio, sintiéndolo al lado, apresando el tiempo minuto a minuto, pensando en cada momento que pasa, en este mismo segundo, para que no se vaya, para que dure un poco más, para que no huya esa maldita luna que ha llegado a un extremo de la ventana y en seguida desaparecerá por el otro.

Él tampoco necesitaba hablar, pero notaba la preo-cu-pación de ella:

—No pienses en nada.

—No pienso.

—Pues habla.

—¿De qué?

—Dime algo, lo que quieras.

—Hay luna.

—Sí.

—Luego, tienes que salir, pueden verte.

—Nadie me verá, sé por dónde tengo que ir.

—Odio la luna — dijo ella revolviéndose. Le cogió la mano —. Puedo odiarlo todo, Nardo.

—Sí — dijo Bernardo acariciándola —. Lo sé.

Zoila se quedó callada. Oía la respiración de él, nada más. Esperó, Pasaron diez minutos.

— ¿Te has dormido? — preguntó ella, por fin, en voz baja.

—No.

—Yo tampoco.

Él volvió a acariciarla.

—Hay luna — dijo ella —. La habrá toda la semana.

—El viernes es luna llena.

—No lloverá ya en toda la luna.

—No, no es probable.

—No podrás volver.

—Ya veremos — dijo él —. No se sabe nada.

—Odio la luna — exclamó ella otra vez con voz ronca —. La odiaré siempre ya, con todas mis fuerzas.

—Hay otras cosas que puedes odiar.

—Sí — dijo ella con una súbita ferocidad — Sí, las odio.

Quedaron en silencio nuevamente. Ella respiraba con agitación

—¿Las odias, Zoila? — murmuró él con una extraña dulzura.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque las odias tú y te odian a ti.

—¿Y si yo no las odiara?

—Yo las odiaría también.

Él le besó la boca.

En la lejanía se oyó el aullido de un animal.

—Estamos solos — dijo Zoila.

—Estamos juntos, no pienses otra cosa.

—No vengas — dijo ella de súbito —. No vengas, Nardo -- la voz le tembló —. No vengas mientras haya luna, por lo menos.

Él ahora no contestó, pero siguió acariciándole el pelo y los ojos.

—Zoila, escúchame, oye — dijo después de un rato.

—¿Qué?

—Tengo que venir.

—¿Por qué? Ahora mientras haya luna, no vengas. Es peor, no hace falta que vengas. Yo te veo igual. Estoy aquí, y te veo.

—Vengo a veros — dijo él —. Quiero estar con vosotros.

—¿Con nosotros? — comprendió de pronto y se echó a reír —. Aún no se me nota.

La mano de él descendió:

—Aunque no se te note.

—No queremos que vengas. Mientras haya luna no queremos volver a verte aquí.

—Mañana no habrá luna en ese caso — dijo él con firmeza

—Ojalá.

—La abriré en dos mitades y te las traeré.

Zoila sentía que algo se le desgarraba dentro al oírle hablar así, pero dijo:

—Las guardaré en una caja, con los pendientes.

Se callaron. No se engañaban a pesar de sus palabras. Cada uno sabía lo que el otro pensaba. La paja re sonaba a cada movimiento.

—¿Qué hora es? Es muy tarde.

—Sí, muy tarde. Apenas se ve la luna en el ventano.

—Tengo que irme.

—Sí, ya lo sé.

Pero ninguno se movió. Siguieron callados, quietos, sin atreverse a levantarse.

—Zoila, oye, estoy pensando.

—Dime.

—Podemos ir pensando ya en el nombre, me parece.

Si es niña se llamará Zoila.

—Entonces no se llamará Zoila, no sigas. No será niña, tienes que tener un hijo.

El gallo volvió a cantar de pronto. Sobre los palos hubo un alboroto de plumas, un cacareo de gallinas adormiladas que volvieron a cerrar los ojos inmedia-tamente.

—No puedo esperar más.

—Cállate, no lo digas.

Se quedaron más quietos que nunca, con los ojos muy abiertos y las manos extendidas. Zoila notaba la boca entreabierta, una ranura para llevar más aire a los pulmones, mientras en los oídos sentía el martilleo de la sangre acelerada. Seis horas. Él ahora saldría corriendo bajo aquella luz plateada que hacía brillar los charcos. Seis horas con él, nada más, cuando hubiera necesitado millones de horas para empezar a darse cuenta. Sentía un nudo en la garganta. Ahora cuando era tarde tenía que decirle todo lo que él necesitaba oír antes de partir: aquellas cosas que sólo se hubieran podido decir en una vida. Pero ni siquiera ahora le venían a la lengua las palabras que ella encontraría después, en la oscuridad de su cuarto, e iría repitiendo lentamente para que él las oyera allá arriba, a varios kilómetros de distancia.

—Bueno — dijo él.

Zoila deseó: «Que se levante.» Pero el cuerpo siguió todavía pegado al suyo, inerte, aplastado por el peso de la despedida.

En alguna parte sonó una contraventana. Una mujer comenzó a canturrear acunando a un niño.

—Tengo miedo — dijo Zoila —. Tengo miedo, Nardo — y de pronto sintió que se helaba de terror. Porque él contestó en un susurro, como hablando consigo mismo:

—Yo también tengo miedo.

Se quedaron rígidos, tensos, escuchando el amable rumor del pajar. La pileta comenzó a gotear en el silen-cio. Zoila se movió, por fin, lentamente, hacia aquel cuerpo, cogió la mano que quemaba y la besó.

—No salgas, Nardo. Quédate aquí. Mañana te traeré comida. No salgas hasta la luna nueva. Yo vigilaré la puerta durante el día. Echaré de comer a las gallinas veinte veces, pero no salgas.

—Tengo que salir.

—No salgas. Él se incorporó de un salto. Ella se agarró a las piernas, pero los brazos la levantaron hasta que los ojos de los dos estuvieron a la misma altura.

—Zoila, escucha.

Ella temblaba y no quiso contestar para que las palabras no la traicionaran.

—Zoila, ¿me oyes? No tienes que temer nada, somos tontos. No sabemos ya lo que decimos.

—Tú tienes miedo también. No salgas. Él se echó a reír ahora:

Te juro que no, Zoila. No sé, he dicho algo sin pensar — se frotó los ojos —. ¿No me ves? Estoy dormido.

Pero ella ahora temblaba tanto que él se sobresaltó:

—Zoila, Zoila.

Ella sonrió sin haberse calmado todavía:

—No me hagas caso.

—No, tranquilízate — dijo él —. No es nada. Nos ire-mos de aquí. Nos iremos para siempre. Aprovecharemos la primera ocasión.

—¿Te avergüenzas de mí? ¿No te sirvo?

Él volvió a besarla en los labios. Se ajustó las abarcas apoyándose en la pileta.

—¿No te sirvo, Nardo?

Él sonrió, abrió la puerta y asomó la cabeza. Bajo la luna, las tejas lanzaban reflejos opacos. Hacía viento. Las colmenas eran unos extraños cajones sin vida.

—Ten cuidado — dijo Zoila.

—Mañana no habrá luna — dijo él antes de echar a correr.

XIV

Ahora, otra vez, todo era ya dureza. Estaba acos-tumbrado a la dureza y por eso corrió como un animal, sin pensar en Zoila ni en el calor que acababa de dejar, pendiente sólo de las vibraciones del aire que recogían sus oídos con una finura extraordinaria. El cerebro recibía datos concretos, breves: «La tapia izquierda está en sombra». Y la orden refleja llegaba hasta el último de los nervios de los pies: «Hay que pegarse a esa tapia ». Los árboles tienen siempre sombra debajo. Es necesario buscar los árboles.

En el cementerio se detuvo y echó una ojeada hacia atrás. La puerta del pajar estaba cerrada. El umbral era un rectángulo negro en la pared.

Volvió a correr. Corría veinte metros y caminaba diez. Bajó hasta la carretera y la cruzó, después de haber dado un gran rodeo. Desde allí no se veía más que una masa de luz y sombra, la torre de la iglesia, unos cuantos tejados y algunas paredes de un rojo plateado, casi blanco. El caserón del destacamento quedaba oculto detrás de la iglesia

Siguió hasta el río, pero no atravesó la pequeña pasarela de tablas. A unos cien metros distinguió, borra

samente, un mojón blanco. Siguió por la orilla derecha. Los álamos daban una sombra espesa y húmeda. A su izquierda las encinas brillaban como si fueran de metal viejo. Él seguía obedeciendo a sus sentidos, mientras se acercaba al primer recodo de la corriente. El calor le subía desde los pies enfundados en las abarcas. Ahora tenía que descalzarse o arriesgarse a resbalar sobre las piedras. Se arriesgó. En medio de la corriente, con las piernas abiertas, descansó un instante para buscar un tercer peñasco. Saltó. La pierna izquierda recibió el peso, se dobló por la rótula y se estiró bruscamente proyectando todo el cuerpo hacia la otra orilla. Él notó la humedad, entrándole por encima de la abarca derecha. Siguió corriendo, ahora ya sin pararse cada veinte pasos. El frío, a medida que se acercaba a la ladera, era más intenso. Aunque no le hubiera hecho falta alejarse de prisa, habría tenido que correr para calentarse. Brusca-mente, entró en la sombra. Ahora conocía perfectamente todos los atajos y los caminos más convenientes para subir. Se ajustó la boina. El viento le levantaba los mechones sobre la frente. La Loma Alta brillaba todavía bajo la luna muy caída ya. Siguió andando a paso rápido. Ahora pensó en Zoila por primera vez. Ella estaría de pie en la oscuridad, con la cabeza levantada hacia el ventanuco, esperando todavía. Sacó la pistola y disparó al aire. Dio cinco pasos y volvió a apretar el gatillo, ocultando el fogonazo con la manga. La Loma Alta devolvió el eco de las dos detonaciones.

XV

Nunca había tenido tanto frío.

El sol se fue poniendo poco a poco. Cuando miró hacia la pileta se asombró de que el pajar estuviera completamente a oscuras.

Las gallinas se revolvían aún. Abrió la puerta y se asomó. La campana estaba sonando. Salió y bajó de prisa hasta su casa. Hizo la cena y fregó los platos después de cenar. Apenas habló unas palabras.

Cuando volvió a las diez, se envolvió en una manta, y se sentó. Seguía teniendo frío y tuvo que levantarse. Se puso a pasear. Las gallinas cloquearon. Cuando entró en calor se acercó al ventanuco. A través de los cristales vio la luna que era ya una C mellada, enorme todavía.

«No podrá venir.»

Volvió a sentarse. Después se tumbó. Se quedó dor-mida, pero se despertó al instante, sobresaltada. Se aso-mó otra vez al ventanuco. La luz que empezaba a ser rojiza caía sobre el pueblo como una lluvia blancuzca, implacable. La Loma Alta, bajo la luna, era un muñón casi metálico, silencioso. Las sombras de los árboles se afilaban, se retorcían.

Estuvo mirando un rato. Y de pronto algo se le mo-

vió dentro. Una contracción súbita, fuerte y cálida. Algo vivo, como un zarpazo suave en las entrañas. Se separó de la ventana. El corazón le latía tan de prisa que tuvo que llevarse la mano a la garganta.

El oficial asomó la cabeza. Había luna. Era muy tarde, y no quiso consultar el reloj. La carta que acababa de recibir de Madrid estaba en la mesilla, sin abrir aún. Veía los charcos helados. Se estremeció y cerró la ventana. Se sentó en el borde de la cama y rasgó el sobre. Tardó un rato en empezar a leer. Estuvo mirando el papel, lo olió. «*Queridísimo hijo*.» Sintió un escalofrío. Se quedó escuchando. Un soldado soñaba en voz alta, al otro lado de la pared. Por una grieta entraba un viento helado, fino. Se levantó y la tapó con una toalla. Después siguió leyendo: «*Mucho me ha alegrado tu carta por la que veo que sigues muy contento*.»

Extendió el brazo, y se dejó caer poco a poco hacia atrás, sobre el colchón. Apagó la luz y hundió la boca en la sábana. La luna descendía lentamente. En la habitación entraba el resplandor, una mancha blanca que se extendía por el suelo. Cerró los ojos para no verla.

XVI

No podía seguir paseando por delante de la puerta, pero tampoco podía continuar allí parado, en la esquina, frente a los balcones de la casa del médico. «Acabarán dándose cuenta, alguien me verá», pensó Segundo.

Desde donde estaba veía el pajar. La puerta seguía cerrada. Seguiría cerrada todavía quién sabe durante cuánto tiempo, todo el tiempo que necesitaran para har-tarse, el hombre y ella.

Llegó hasta el taller de cerrajería y regresó. El lagar estaba cerrado.

En el alféizar de la ventana, entre el polvo y las pe-queñas piedras, quedaban todavía pellejos secos, casi negros. Detrás de una cerca de piedra había tres carros sin ruedas. En el suelo se veían grandes manchas de grasa.

Era la última vez que pasaba por allí. Tendría que marcharse, aunque siguieran dentro.

Levantó la cabeza. Todas las ventanas estaban ce-rradas. En verano no hubiera podido esperar tanto. Al-guien le habría visto. No sabía ya el tiempo que llevaba dando vueltas. Golpeaba el suelo con los pies para no quedarse

congelado. No tenía prisa, sino únicamente temor de que alguien le descubriera. La luna se había puesto. Dentro de una hora seria de día. La puerta tenía que abrirse. No podía seguir allí mucho más, pero la puerta tenía que abrirse como se había abierto antes. Sólo que ahora saldría alguien en vez de entrar. Ahora saldrían, lo harían delante de sus narices. Escuchó. El silencio le turbaba. Resopló, se frotó las manos. Notaba ahogo, una congoja que le impedía respirar. Un hombre estaba dentro, con ella, sin hacer ruido.

Tragó saliva. Sin hacer ruido, al otro lado de la puerta, en la oscuridad.

Salió de donde se había refugiado, y comenzó a andar hacia arriba. Llegó al cercado. Allí se paró otra vez. Ahora veía mejor el pajar. Volvió la cabeza, y esperó otro rato. Después volvió a bajar hasta las primeras casas. Si alguien le hubiera visto no habría podido explicar nada. No hacía nada. Estaba esperando que la puerta se abriera otra vez. Eso era todo: que se abriera otra vez solamente.

No podía pensar todavía. Había visto entrar a Zoila, después a un hombre. Esperaría lo que hiciera falta. De nuevo comenzó a subir hacia el cercado. Miró hacia arriba. Se detuvo y dio media vuelta sobre sí mismo. En la esquina, sobre la pared trasera de la casa del médico, había una bombilla encendida, Lo notó por primera vez. Se volvió de nuevo, y siguió andando hacia arriba.

De pronto oyó los goznes. El corazón le dio un vuelco. Se quedó rígido, pegado a la pared. Vio salir al hombre que hizo un ademán de despedida y comenzó a andar en dirección al cementerio. La puerta volvió a cerrarse. Sintió ahogo otra vez, una opresión en el pecho y la gar-

ganta. Ahora estaba sola de nuevo, dentro.

Tuvo que escupir. Había salido él, ella seguía dentro, sin hacer ruido, como antes. Habían estado juntos. Sin hacer ruido en la oscuridad, como dos perros o dos moscas. No, tampoco, los animales no se escondían nunca, no cerraban ninguna puerta.

Respiró fuerte, con angustia. La niña no dormía, aprove-chaba el tiempo por las noches.

Retrocedió lentamente sin perder de vista la puerta. No sentía el frío en la punta de los pies. Pasó otro cuarto de hora. En la lejanía sonaron dos disparos.

Le dolían los ojos. La puerta por fin volvió a abrirse. Él echó a correr, cruzó la esquina y se ocultó en el quicio de la puerta del taller de cerrajería.

Zoila bajó de prisa, sin mirar atrás. Él vio aquel perfil — la nariz, la barbilla y el busto — cruzando por delante de él, al alcance de su mano.

Se quedó encogido, como estaba, con los brazos cru-zados sobre el pecho, tiritando.

Ella siguió a paso rápido hasta su casa, se agachó, empujó la puerta y entró.

XVII

Se acercó a la ventana y la abrió. Había ya sol: un disco pálido, débil. La Loma Alta era una corteza azulada endurecida por el hielo.

Cerró en seguida. Estaba tiritando.

Mientras se lavaba en la palangana notaba todo el cuerpo dolorido, un peso en los riñones. Se miró los tobillos y las rodillas. No estaban hinchados. Se frotó la cara y los brazos con la toalla. Tenía sueño, se quedaba dormida de pie. Volvió a mojarse. Después empezó a arreglar la casa. Oyó las campanadas de un reloj, no pudo contarlas.

Bajó de prisa la escalera. Vio a su madre moviendo un soplillo ante el fogón. Un humo espeso salía de la cocina y llenaba la casa. Una gallina de un corral vecino había entrado en el portal y picoteaba algo en un rincón. La espantó.

En aquel momento oyó un ruido de botas, roce de capotes. No tuvo que asomarse para verlos. Eran los soldados del destacamento. Comenzaban el día, ellos también. Pasaron por delante de la puerta, en columna, silenciosos, dormidos aún. El oficial y el sargento iban los primeros, sin hablar tampoco.

Zoila se quedó quieta, envarada, hasta que dejó de verlos. Todavía oyó un rato las pisadas sobre el hielo. Notaba palpitaciones en las sienes y las muñecas, en el vientre.

XVIII

El viento se colaba por debajo de la puerta, en re molinos. Las briznas de hierba se levantaban, giraban y volvían a caer. Por el ventanuco entraba un resplandor que se desplazaba lentamente sobre la paja.

Las córneas de Zoila brillaban, eran dos puntos húmedos, blancos.

—Cada día es un pesadilla — se incorporó, hundió la cabeza entre las rodillas —. Sólo vivo ahora, cuando te tengo al lado, cuando puedo tocarte con las manos y oírte con los oídos.

Bernardo murmuró:

—No hables.

—Déjame, Nardo, necesito hablar. Te tengo tan poco tiempo conmigo... Ya no puedo hablar con nadie. Mis padres viven solos, están solos conmigo, en mi misma casa. Me miran, no me preguntan nada, están solos. Cuando estoy contigo los quiero más, quiero a todos los que sufren, tú me das fuerzas para todo. Pero tú no vienes siempre, y esperar durante el día y la noche, todos, todos los días, es difícil para una mujer sola. No debo quejarme, bien lo sé, pero ahora, Nardo, por una vez, déjame, déjame una vez... Perdóname, es el niño, digo tonterías por el niño.

—No dices tonterías — dijo Bernardo. Volvió a be-sarla. No podía hacer otra cosa por ella y la besó frenéti-
camente en los ojos, en la boca, en las manos.

—No puedo ayudarte. Vendré siempre, pase lo que pase, te llevaré donde los días no te pesen. En cuanto puedas nos iremos.

Zoila sacudió la cabeza:

—Yo no me iré de aquí, me iría pero no quiero. Tú quieres estar, tú estás por no dejarle solo. No puedes hacer nada, no lo ves, pero compras paquetes para él. Mandas llevarle tabaco y comida. No podrías vivir en otro sitio, no estarías tranquilo, soñarías con él por las noches, te escupirías por haberte ido dejándole encerrado aquí, a su edad. Yo soy una mujer, él es tu padre, siento orgullo de ti, no voy a irme por tener que esperar por las noches, esperaré lo que sea, lo que haga falta. Me haré vieja esperando, no me importa si tú vienes. Aquí estamos bien.

Él seguía besándola furiosamente. Le mordía los labios, las orejas, el cuello.

Zoila le acariciaba las sienes, le metía los dedos en el pelo, le soplaba en los párpados:

—Anda, descansa un poco, no pienses, yo estoy bien.

—Yo sé cómo estás — dijo él. Hubo un largo silencio durante el cual Bernardo se levantó y se acercó al ventanuco. La luz de la luna le dio en la cara. Estuvo un rato mirando hacia fuera. Se volvió lentamente.

Zoila le miró desde el suelo:

—¡Qué guapo estás así!

Él se aproximó despacio y volvió a sentarse al lado de Zoila que le abrazo otra vez como si no le hubiera

visto en mucho tiempo, sin hablar ya, buscando la única seguridad que podía encontrar en la sombra: el calor de su cuerpo, la fuerza de sus brazos que la apretaban ahora con una salvaje desesperación.

—Hemos dormido los dos — dijo Zoila.

—Sí, un poco.

—Acaban de dar las cuatro, no es posible.

El resplandor les llegaba ahora a los pies.

—¿Cuánto tiempo tenemos todavía?

—Mucho, no pienses.

Zoila cerró los ojos:

—Nunca es mucho. Necesito una noche que dure siempre, sin días de por medio, sin tener que esperarte.

Él se quedó silencioso, quieto, rígido.

—¿Qué te pasa? — preguntó Zoila.

—Necesitas lo que yo necesito — exclamó Ber-nar-do —. Que haya días y noches, ver la luz del sol, vernos con los ojos de la cara, no vivir en esta noche en que vivimos, como dos gusanos.

—Calla — dijo Zoila —. Tú no eres un gusano. Hay estrellas aunque no las veamos, Nardo. Algún día ter-mi-nará esto, nos veremos a la luz del sol.

Él respiraba con fuerza, se fue calmando poco a poco.

Zoila se levantó y buscó algo en un rincón.

—Tienes que comerte esto ahora mismo, anda, lo he hecho yo.

—No, ahora no, deja, déjame.

—No me quieres, Nardo. Te molesto, digo cosas que te molestan — se sentó. Dejó el paquete en el suelo.

—No — dijo Bernardo —. No es eso, no es contra

ti, Zoila.

Se quedaron callados. El todavía tardó un rato en empezar a deshacer el paquete, se puso a comer.

—¿Tú no quieres?

—No, yo no.

—Toma un poco.

—No, no tengo gana, me gusta verte comer.

Le oía masticar, beber. Sin decir nada empezó a aca-riciarle la muñeca.

En alguna parte, lejos, volvió a sonar un reloj. Ver-nardo había dejado ya de comer. El resplandor fue desa-pareciendo poco a poco. El viento seguía entrando, la paja se levantaba apenas sin ruido. Conocían los ro-ces, el golpe de las piedrecillas sobre la puerta.

Bernardo se puso en pie. Ella le acompañó hasta la pileta, despacio, colgada de su brazo, tratando de ganar aún unos segundos.

—Esta mañana los vi, llevaban perros.

Él asintió mientras se calzaba:

—Andamos contra el viento.

—Para andar contra el viento hay que saber dónde están ellos.

—Lo sabemos.

Ella se calló, inclinó la cabeza.

—No quiero verte así ahora que me voy — dijo él.

—Los perros me dan miedo.

—Ahora no estamos juntos. Andamos cada uno por un sitio. Nos reuniremos con el cambio de luna, apro-ve-charemos todo, el viento y la luna nueva. Zambrano está con uno donde Brígido. Los demás andan sueltos

también. No tienes que preocuparte por mí, no nos es-tamos quietos.

—¿Vendrás mañana?

—Vendré todos los días.

Zoila se puso de puntillas y le besó en la boca.

—No vengas. Quiero que vengas, pero no vengas.

—Cállate - dijo él —. Yo sé lo que debo hacer.

Zoila le besó de nuevo.

XIX

Tenía el olor del carburo clavado en el cerebro. Le parecía que llevaba semanas enterrado y no hacía todavía ocho horas que había llegado. Ferrer y Alda se habían puesto a jugar al ajedrez como si no estuvieran de bajo de toneladas de piedra envueltos en aquella oscuridad que la llama de la lámpara hacía más angustiosa. Se asfixiaba, no podía remediarlo. Se puso en pie.

—Siéntate, Lerín — dijo Alda sin levantar los ojos —. ¿Dónde vas?

—¿Pensáis seguir así siempre?

—De alguna forma hay que matar estos dos días.

Estaban sentados ante un cajón, fumando, quietos.

—Dos días, me ahogo, perdonarme, no sé qué me pasa.

Junto al armero dormía el pelirrojo.

—Ahora vengo, voy a estirarme un poco.

Con la lámpara delante de su cabeza, inclinándose un poco, empezó a andar. A dos metros de distancia la oscuridad era impenetrable. Le parecía sentir la respiración de la tierra, un aliento sordo que le turbaba, excitándole y amedrentándole al mismo tiempo.

Apenas veía su propia sombra y el resplandor de la llama cegándole. Necesitaba respirar aire puro. Dos días

todavía, aunque en realidad no tuviera sentido hablar de días en aquella inexorable oscuridad, una lenta espera en que cada minuto era igual al anterior y al que le seguía: una continua sensación de asfixia, deseos de gritar, levantar los brazos y escapar como fuera. El olor del carburo le mareaba. Había un silencio total, pesado, inconmovible.

Desde donde estaba, notaba ya una corriente de aire helado. En seguida vio la abertura. Apagó la lámpara y se acercó. Se tumbó en el suelo se quedó mirando hacia arriba. Por encima del manchón sombrío de la montaña brillaban, borrosas, algunas estrellas. No pudo ver nada más, estaba muy oscuro, pero no se movió de allí, aspirando hondo, hasta que el frío le hizo levantarse.

XX

No buscaba ninguna certidumbre pues tenía ya abso-luta seguridad. Y sin embargo continuaba allí, una noche más, a punto de helarse frente a la puerta que se había cerrado sigilosamente. Ahora no pensaba que ellos es-taban al otro lado en silencio. Esperaba como una piedra, casi sin sentir, frotándose las manos sin parar. Esperaba que la puerta se abriera de nuevo para verle otra vez. Conocía ya aquel vago aspecto de huido, los ademanes apresurados, algo indefinible en todos los movimientos de aquel hombre. Era siempre la misma sombra inclinada hacia el suelo, con aquel andar de pasos largos y rápidos, las puntas de los pies un poco separadas. La boina le caía sobre la frente. Era un hombre alto y fuerte, muy veloz y silencioso.

Cuatro noches le habían bastado. Cuatro noches eran mucho tiempo para esperar bajo el hielo.

Conocía ya aquella primera carrera hacia el cemen-terio. Después un silencio largo, martirizador, en el que le parecía que los sabañones le iban a estallar en los dedos. En aquel silencio adivinaba la zozobra de ella, allá dentro, sola, esperando los dos disparos que eran la señal para que la puerta se abriera por última vez.

Zoila salía sin hacer ruido apenas, cerraba y bajaba a paso rápido. Cuatro noches buscando la seguridad, comiéndose la amargura y el rencor mientras esperaba, solitario, pegado a la pared para no llamar la atención.

Los ojos le escocían. Los cerró. No podía moverse. Era como haber perdido para siempre algo muy querido, haberlo perdido una vez más, sin culpa, de un modo defi-nitivo. Algo que no podría recuperarse nunca. Perderlo sin haberlo poseído jamás: algo entrañable, cercano, do-loroso sin remisión.

Aquel pensamiento le paralizaba, vaciándole de cualquier otro sentimiento, haciéndole insensible a todo lo que no fuera aquella espera espantosa bajo el frío.

Notaba el dolor de los dedos. Siguió frotándose lentamente. En cierto modo los pinchazos en la piel le ha cían sentirse vivo todavía a pesar de aquel enorme frío interior, aquella indiferencia hacia todo lo que le rodeaba con excepción de la puerta que tenía delante. La sombra saldría con las mismas precauciones de siempre. Ahora sabía lo que significaba todo aquello.

Las piernas le temblequeaban. Siguió en el mismo sitio sin moverse. Una feroz alegría, nunca conocida, le nacía desde muy hondo, le llegaba poco a poco, con los pinchazos, como desde un pozo adonde no se atrevía a mirar todavía. Saberlo era bastante. Continuó allí, bien vivo, soplándose los nudillos, dando taconazos contra la pared

Pasó un rato. Había momentos en que los imaginaba boca arriba, fatigados, inmóviles

Toda la amargura se le convertía en algo violento: necesitaba arrancar aquella mano que le oprimía dentro,

en sus propias entrañas, algo desconocido que ya no le pertenecía.

Llegó a llorar de frío. En alguna parte se oyó un maullido largo, tierno. Un quejido casi humano. Son rió. Todo era igual, todo era una queja alrededor de él, dentro de él.

La puerta se abrió de pronto. En la oscuridad, apenas pudo ver, una noche más, la boina que llevaba aquel hombre en la cabeza, cubriéndole el pelo y parte de la frente, las abarcas en los pies. Era el mismo gesto furtivo de siempre, la mano derecha metida en la zamarra, cerca de aquello que abultaba bajo la ropa.

La sombra anduvo un poco, vaciló, volvió sobre sus pasos y desapareció en el pajar otra vez.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete.

Allí estaba de nuevo llevándose los dedos a los labios antes de partir por el camino de la era hacia el cementerio. Todo igual, otra noche.

Esperó todavía un momento y se acercó lentamente hasta la puerta. No le importaba ya que le vieran. Levantó las manos y las apoyó en la hoja. Sintió en las uñas el contacto duro y seco de la madera. Dentro, todo era quietud. Sin embargo, ella estaría esperando también, silenciosa como una víbora, insomne, consumida por una fiebre que a él le enfurecía.

El tiempo se le hizo interminable ahora. Se retiró unos pasos. El viento movía las ramas de las higueras.

Se acercó a la pared y orinó. Por encima de la valla veía las colmenas. Alguien había dejado en un extremo un montón de varas de avellano, todavía verdes. Le hubiera gustado tener una en la mano. No pudo saltar.

Por fin oyó una detonación, la primera. La segunda sonó casi instantáneamente.

Corrió hasta la puerta y se quedó allí, quieto, con las manos levantadas, aspirando el olor que salió cuando la hoja comenzó a girar con lentitud. La vio de pronto, rígida y blanca. Zoila vio también aquella cara blancuzca en la oscuridad. Vio la sonrisa de los labios, algo viscoso en la boca, y ella misma levantó la mano hasta los ojos como si quisiera protegerse de una luz demasiado fuerte.

Durante un momento se miraron. Zoila no agachó la cabeza, echó la barbilla hacia adelante. Él sólo dijo:

—¿No me dices nada, Zoila?

Ella no contestó, le volvió la espalda y cerró la puerta desde fuera con una calma forzada, haciendo un esfuerzo para mantenerse en pie.

Segundo no pudo contenerse, la agarró por los hombros y la sacudió con violencia.

Zoila se revolvió, le puso las dos manos en la cara y se desprendió de un tirón. Después se apoyó otra vez en la puerta, respirando por la nariz, con los dientes apretados.

Segundo no hizo ya ningún ademán de lanzarse contra Zoila, ella comenzó a retroceder sin perderle de vista. Cuando llegó a la casa del médico echó a correr calle abajo.

Él no la siguió todavía. Se quedó donde estaba, sin sentir el escozor de los arañazos. Oyó, lejos, los cerrojos de la puerta. El gato volvió a maullar. Esperó un rato aún y por fin empezó a andar. Los charcos eran enormes flores de hielo reventadas sobre la tierra.

Descendió por donde había bajado ella. Ante la pana-

dería se detuvo. En el balcón había un tiesto. Una sola maceta sin ninguna planta. En el tejado, la chimenea era un cono de cemento blanqueado de cal.

Siguió andando mientras se limpiaba con el pañuelo. En la plaza dos gatos se perseguían furiosamente

Tuvo una súbita secreción de saliva. Escupió. El ruido de los caños, todo igual. El agua gorgoteaba en el abrevadero. Los soportales eran pozos de sombra. Vio la persiana de su cuarto, un colgajo inútil. Tenía el frío metido dentro. Sopló. Cortar los colgajos inútiles, todos los colgajos inútiles. Los arañazos empezaban a esco-cerle. Pisó con fuerza. Pasó por delante del soportal, pero no entró.

Continuó hacia arriba, cada vez más de prisa. Dejó a un lado la iglesia y siguió andando hasta llegar al caserón de la escuela.

XXI

—¿Por qué has venido? — dijo Zoila. Él acababa de entrar y se había apoyado en la puerta para quitarse las abarcas. Venía sudando a pesar de que el frío era muy intenso. Ella no se atrevió ahora a hablar de su encuentro con Segundo la noche anterior.

Había estado esperando junto al cementerio una hora larga. Incluso había bajado después a la carretera. A la una y media regresó lentamente. Había sentido alivio al pensar que él no vendría esta noche. Todo el tiempo había deseado que algo le retuviera allá arriba, y sin embargo, él estaba ahora aquí, descalzándose al entrar, fatigado y sonriente.

—¿Que por qué he venido? — dijo riendo. Vio de pronto el terror, no la alegría, en la mirada de Zoila y se acercó a ella con precipitación, abrazándola —. ¿Qué te pasa, Zoila, qué tienes?

Ella cerró los ojos:

—Nada, he tenido un mal sueño. Estaba dormida cuando has abierto y me asusté.

Él le pasó la mano por el hombro. Llegaron hasta la escalera. Zoila trepó ágilmente por los peldaños. Él la siguió.

—Zoila.

Ella se dejó caer sobre la paja, sin hablar.

—Zoila, amor — dijo él. La acarició durante largo rato. Acarició aquel cuerpo misterioso en donde saltaba algo vivo y distinto que era de los dos —. Ya te lo he dicho. Vendré todos los días — ella negó con la cabe-za —. Vendré hasta que nos vayamos de aquí. Pero no te hagas ilusiones. No vengo a verte a ti sola.

Zoila sonrió sin abrir los ojos. Él continuó hablando, sin pensar, seguro de que las palabras harían su efecto. Ella seguía recordando su encuentro con Segundo, pero ahora la seguridad y la vida de aquel cuerpo le entraban poco a poco, llenándola de nuevo de esperanza. Segundo se deshacía en jirones ante aquel viento fuerte que le llegaba con el aliento de él.

—Espera — dijo. Se acercó al ventanuco y escuchó. Se oía el canto de la noche. Un murmullo formado por el roce del viento en las higueras, los gritos de los animales en celo y los pequeños golpes de las piedrecillas en los tejados.

—¿Qué haces?

—Nada — dijo Zoila —. Escucha.

—No oigo nada.

—¿No oyes?

—No.

—Los gatos.

—¿Qué te importan los gatos?

Zoila volvió a tumbarse en la paja. El polvillo se le agarraba a la garganta haciéndole toser.

—¿Hay luna?

—¿No ves que no? Mañana es luna nueva.

Una viga crujió sobre ellos.

—No se van los gatos — dijo Zoila. Vio los ojos agrandados como dos bolas de fósforo sobre su cabeza —. No hacen ruido al andar.

Notaba toda la sangre en los oídos, una pulsación lenta, honda. Otro gato maullaba fuera. En la viga hubo una vibración, algo como un flujo magnético proyec-tándose en la oscuridad. Bernardo se levantó y ahuyentó al animal. Se hizo un silencio más profundo que nunca.

—Vamos a aprovechar mañana — dijo Bernardo —. Ya está todo listo, pasaremos a primera hora de la noche. Están todos ya en el Pico.

Zoila tardó en hablar.

—¿De verdad no hay luna? — sabía que no, pero necesitaba preguntarlo otra vez.

—Acabo de decirte que no.

—Tengo miedo, cada vez más.

—No podemos seguir así — exclamó él. Se había levantado y dio un golpe contra la viga -. No eres un topo, una bestia. Tenéis derecho a la luz, mecagüen la madre que los parió mil veces. Te llevaré conmigo, nos iremos de aquí, pobre del que se ponga por delante.

Ella se había levantado también y le abrazaba sonriendo:

—No queremos la luz, sólo te queremos a ti. No nos importa la oscuridad si te tenemos a ti.

—Me tendréis siempre, no os tocará nadie.

Ella negó suavemente y le tapó la boca con la mano:

—No podremos vernos más aquí.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Zoila sonrió como si estuviera diciendo algo amable:

—Nos han visto, saben que vienes todas las noches.

—¿Quién lo sabe?

—Eso es igual. Nardo. Lo saben, eso basta. Nos han visto anoche. Hoy he ido hasta el río para avisarte.

—¿Quién lo sabe? repitió él.

Zoila le abrazaba, le pasaba la mano por la frente:

—No puedes venir más, no vuelvas. Nos veremos donde Brígido. Iré los sábados, me quedaré allí.

Los ojos de él brillaban en la oscuridad. Ella pensó otra vez en el gato sobre la viga.

—Dime que lo harás.

Él no contestó. Pasó un rato. Zoila seguía acariciándole, notaba su respiración, el vaivén de su pecho.

—No pienses, no quiero verte triste.

—No — dijo él con una especie de fiereza —. No es-toy triste.

—Yo tampoco, Nardo. Estamos juntos. Cuando es tamos juntos no puedo estar triste.

Unas estrellas brillaban al otro lado del ventanuco. No había luna. El viento se había calmado. Una paz inesperada caía desde lo alto.

—Duerme un poco, anda — dijo Zoila, y le empujó suavemente.

—Ya no puedo. No tengo tiempo.

Ella le llevó poco a poco. Se echaron donde antes.

—Un poco. Yo te despertaré.

Él no contestó.

Zoila acarició la cabeza que tenía sobre el regazo. Sabía que él no dormía aunque no hablara, pero ella tam-poco quería hablar. Cuando él se levantó, no le retuvo. La paja resonó. Uno de los barrotes de la escalera estaba desprendido. Las gallinas volvieron a alborotarse.

Zoila se arrodilló para calzarle.

—Levanta — dijo él —. Deja, yo lo hago.

—Voy a ayudarte.

—Ahora no puedes agacharte.

—Sí puedo.

—Puedes, pero él protesta, le oigo protestar.

—Que proteste. Antes eres tú que él.

—¿No te da lástima?

—No — dijo ella —. No me da lástima de nadie — terminó de calzarlo.

Él se inclinó, la tomó en los brazos y la llevó hasta la puerta.

—Estaré donde Brígido — dijo Zoila.

Él abrió. Una corriente de aire helado los envolvió, se les pegó a la carne. La besó antes de salir.

— Cierra — dijo —. Cierra, hace mucho frío.

Zoila le soltó la mano y cerró.

No pudo llegar siquiera a la era. Desde detrás de la valla, alguien gritó en la oscuridad:

—¡Alto!

Él disparó sobre la voz, sin apuntar. Apenas vio los fogonazos sobre las piedras. Algo ardiente le penetró en el pecho. Fue como si un puño le golpeara al mismo tiempo en los oídos y las sienes. A ciegas, medio incons-ciente, volvió a disparar. Las rodillas se le doblaron, y tuvo que abrir la boca. Quiso apretar otra vez el gatillo, pero los dedos no le obedecieron. La pistola se le cayó de la mano y ya no notó más que aquella especie de hachazo clavándosele muchas veces en los costados y la espalda.

El suelo se le vino a los ojos.

Zoila, dentro, oyó las descargas. Se agarró a la puerta, no pudo moverse. Fue como un mazazo en la garganta, una oscuridad.

XXII

Zoila levantó la cabeza, se frotó los brazos.

Esto es el día, el segundo día después de la pesadilla: el resplandor que entra por los cristales del ventanuco, una mancha gris que va creciendo hacia dentro y trae los colores de las cosas, el tamaño que no tienen por la noche; el desperezarse de las gallinas, un picoteo sobre el suelo; la campana, esa voz lenta, que no deja de sonar y las voces apagadas de los vecinos, como ayer — «¿Se sabe algo nuevo?» «Nada, era el jefe de la cuadrilla, se veían aquí.» «Es una chiquilla, una niña, la he visto mamar, parece que la veo.» «¿Todas las noches?» «Virgen, pobrecillos, pobrecillos.» «Pobrecilla ella» —, las voces que no cesan hasta convertirse en un murmullo enloquecedor; todo otra vez aquí, llegando con la luz gris de un nuevo día.

Se estremeció. Otro día: una pesadilla interminable en la que parece que una ha oído de verdad, hace dos noches, los disparos al otro lado de la puerta sobre la carne de él, como si algo así pudiera ser cierto.

El resplandor que entra es también pesadilla, y se piensa que es de día cuando aún se sigue soñando con el estómago vacío y eso se mueve ahí dentro, ello solo, como si quisiera salirse de una vez.

Abrió los ojos. Una gallina saltó sobre la pileta. Veía

una gallina. «Veo, veo» Era una niña como siempre. «Una cosita. ¿Con qué letrita?» No ha habido guerra nunca, no ha llegado el 36. Ni el 39. Nadie se ha muerto, no han matado a nadie, padre está en casa, el único ruido que hemos oído es el de la rueda del molino. No sabemos lo que son las bombas ni los aviones. No ha empezado ni acabado la guerra, no estamos viviendo los dos en la oscuridad, Bernardo tiene callos en las manos, trabaja, ahora madre nos despertará para darnos el desayuno, hay de todo, nos despertará y nos dará un beso porque me ha dolido una muela y llorar descansa tanto. Llorar para que nos acaricien. No es nada.

Tenía frío. Le temblaba todo el cuerpo. «Zoila, pequeña mía.» Seguía siendo pequeña. No, ya no. Todo es verdad, todo: la guerra civil, los muertos, el silencio. Segundo, las noches del pajar.

Lo había oído todo. No era un sueño. Ahora sólo podía tocar los pendientes. Dos trocitos de él. «Pequeña, antes de conocerte era como si no viviera.» ¿Y después? Ella podía decir lo mismo. Pero ahora, ¿qué? Si es verdad que ha ocurrido — imposible, no, no puede ser —, pero si a pesar de todo es verdad, ¿para qué entra ese resplandor todavía por ahí? No quiero volver a casa nunca. ¿Por qué no me matáis a mí también? Segundo no deja que me toquen, que no me moleste nadie, ha hablado con el oficial, no quiero comer, ¿por qué insistís? Aquí estoy bien, aquí estoy a su lado todavía. Nos abrigamos con la manta. Nos abrigamos los tres, bien abrigaditos que estamos.

Se cubrió con la manta. Era oírle otra vez en la oscuridad. «¿Me querrás siempre?» «¿Y tú a mí?» «Quiero sa-

berlo yo primero.» «Yo, sí.» «Y yo también «¿Siempre?» «Te querré siempre hasta el miércoles.» «¿Por qué bromeas?» La mano de llenándola de segu-ridad: «No bromeo.» «Entonces no digas que me querrás siempre hasta el miércoles.» «Ah, bien, pongamos hasta el jueves, ¿te parece?» La mano aquella, tan fuerte. «¿No tienes frío?» «Contigo no.» «Estamos juntos, el gato no ha venido todavía. Tiene los mismos ojos que tú.»

Las gallinas se revolvían. Se revuelven siempre. «Zoi-la.» «¿Qué?» «Si alguna vez tienes miedo, cuando yo no esté...» «Yo no tengo miedo nunca.» «Ya, ya sé, pero si alguna vez por casualidad... » «Ni por casualidad.» «Ah, ¿no? ¿Ni por casualidad? Bien. Entonces escucha. »

Había un gato allí, mirando. Los ojos se le agrandarán y girarán hasta que el verde se haga blanco porque cuando los colores dan vueltas no se ven. «Una palabra consuela. Di algo en voz alta y ya no estarás sola.»

Se quejó, dijo algo en voz alta, pero estaba sola, con aquello dentro, saltando como si nada hubiera ocurrido. Lo odiaba por seguir allí. Odiaba aquel relámpago, la patada en las entrañas. ¿Qué haces tú ahí todavía si ahora él nos ha dejado solos o por lo menos creo que nos ha dejado solos, aunque no lo sé aún y por eso no te odio del todo? Y acaso no te odiaría si fueras como él. Aunque eso es imposible y con que fueras la décima parte me conformaría. No sé. Tengo gana de dormir, pero antes he de hacer algo. No puedo seguir así, quejándome como una tonta. Ya está bien. La muela no me duele nada. Lo que pasa es que entra frío por ahí.

Hace mucho frío, hijo. Menos mal que tú estás abri-

ga-
do. Y no queremos verle. No. Que se lo lleven. Sí que remos, pero no nos dejan. Mejor. ¿Qué más da? Que se lo lleven cuanto antes. Aquí estamos con é1, los tres juntitos. Tú no te muevas porque me asusto. Hace frío. La oscuridad no puede durar mucho. Que dure, que dure. La luz es peor, la luz hace más daño.

—Zoila — dijo Ángela —. Zoila.
—Déjala — dijo una vecina.
—Escúchame, Zoila.
—Déjala, que se desahogue.

Le dolían las piernas. No. Todo parecía pero no era. Seguía dormida despierta, despierta dormida. Tenía fiebre. Las piernas se le hinchaban. Eso sí, quizá, pero no importa, es el niño. Eso no duele. Cómo suena la paja. Qué olor tan rico. No sigáis hablando porque no escucho. Oigo que estáis diciendo algo. Ya me callo, no me pasa nada, no tenéis que preocuparos por mí. Me han hecho preguntas, voy a tener un hijo. Aquí dentro. Hay un gato moviendo los ojos. ¡Qué olor tan rico en la paja! No me hagáis caso, pero, sobre todo, no os preocupéis. No necesito nada. Estoy bien aquí. No quiero ver a nadie, a nadie. No, si no lloro, no lloro, no lloro. Me gusta estar así, pero no lloro. No puedo seguir llorando. En el rincón hay una araña, no se mueve, no me hará nada. La araña nos ha visto muchas noches, me conoce. No quiero salir. Cuando esté la comida prepa rada me avisáis, pero quizá no coma, cuando lo huela os lo diré. No lo sé todavía, ahora mismo bajo, estoy tan calentita aquí. Dejármelo

encima del banco.

Se levantó y fue hasta la ventana, pero no se asomó. Después, con paso inseguro, se acercó a la pileta. En cima del banco había dos platos con comida. El estómago le dio un vuelco. Cogió uno de los platos y se lo llevó a la nariz. Volvió a dejarlo sobre el banco. Necesitaba comer, hizo un esfuerzo para vencer las arcadas y probó la comida. Tomó seis cucharadas. Luego bebió agua, un largo trago. Por último volvió a echarse en el mismo sitio donde había estado antes.

Se revolvió en la paja. ¿Por qué no se calla la cam-pana, esa voz, bim, bam, tan despacito esa voz? Otros tendrían que estar muertos, no Bernardo, el niño se ha quedado solo, es lo que siento, la campana no toca por Bernardo, yo soy lo de menos, yo puedo resistir. Llo-rando la campana todo el día. ¿Qué pasa? Llorando la campana. Que se calle. No ha pasado nada, no es por Nardo, estoy esperando como siempre. Algo ha pasado, bim, bam, que se calle, ¿no oís?, que se calle, todo el día igual, un martillo, bim, un martillo, un clavo, bam, que se calle, que se calle.

Ya no entraba luz por el ventanuco, estaba oscuro otra vez. Se asomó. No había estrellas, hacía frío. Nardo vendrá en seguida, no hay luna, hoy hay menos peligro. No viene, no vendrá. No puede ser. Esperar un poco, esperar, No viene. Algunas noches no viene. Van a aprovechar la luna nueva. No viene, pero aún es pronto. Esperar. No viene, no vendrá más. Esperar que sea más de noche. ¡Qué calorcito! Esperar.

XXIII

Zambrano sentía un cuerpo duro en la garganta, mientras recordaba detalles que había olvidado hacía mucho tiempo, y le daba vueltas a lo mismo intentando creer lo que era verdad y sin embargo no le entraba en la cabeza. Una voz a su espalda le dijo:

—Zambrano, ¿estás ahí?

—Sí.

Era el Rojo. No le veía. En la oscuridad sólo eran perceptibles las sombras macizas y verticales de los árboles.

A su izquierda oía la respiración de Lerín. Recordó lo primero que éste había dicho al enterarse de todo: «Hay que darse prisa. Es el comienzo del fin. ¿Cómo saldremos de esta ratonera?»

Estaban saliendo de la ratonera. Avanzaban en la oscuridad del novilunio, corriendo de árbol en árbol. Ahora dirigía él la marcha. Conocía aquello. Lo había aprendido de los pastores y del hombre que no estaba allí, que era imposible que no estuviera allí, pero que no estaba.

—¿No oyes algo? — dijo el Rojo.

—Sí.

Con la linterna dio orden de detenerse a los que le seguían. La saliva le sabía a hiel. El Rojo escupió. Él tragaba y el Rojo escupía. A los dos les sobraba algo en la boca. Se quedaron tirados en tierra, con los brazos extendidos. Pasó un minuto. Ahora no oía nada, pero ya no estaba seguro. Aquello estúpido y terrible había ocurrido, Bernardo estaba muerto. Arriba, todos los hombres se habían reunido alrededor del cajón. El Ga-llardo lo sabía por Félix el caminero, y lo había contado como pudo, con voz ronca, llorando. Todos estaban pálidos. La lámpara chisporroteaba, nadie dijo nada. Sólo Lerín, el más joven de los tres desconocidos, se había atrevido a hablar: «No podemos perder un minuto. Tenemos que salir como sea, cuanto antes.» Le había hecho callar, había dado un golpe en el cajón. El olor del carburo y la humedad se pegaba a las paredes.

Ahora seguía notando aquello duro en la garganta, llenándole la boca de saliva, un líquido amargo y espeso que parecía saliva de otro hombre. Pasó otro minuto. Le dolían los ojos de tenerlos abiertos.

—Son los guiris — dijo el Rojo —. Seguro.

—No sabemos.

Lo sabía. Pero aún quedaba la esperanza del silencio. La inmovilidad de los animales a los que el instinto advierte que lo que se mueve es destruido.

—Si cambia el viento nos olerán los perros.

También lo había pensado. Desde el primer momento. No dijo nada.

La tierra, bajo sus manos, era una corteza dura, helada. Le dolían las uñas. Apretó los puños. Oía reso- plar a Lerín en la oscuridad. Volvió la cabeza hacia la izquier-

da. Seguía sin ver nada. Lerín, el Rojo y él eran el primer escalón. El Gallardo y Alda venían detrás, a cincuenta metros. A Manguán le había dejado el último, con Ferrer, el más delgado y resistente de los tres compa-ñeros.

—¿Sigues oyéndolo?

—No, no oigo nada.

—¿Saltamos?

—Todavía no.

Desde donde estaba Lerín, llegó como un suspiro. Zambrano apretó los dedos sobre la linterna, pero no la encendió todavía.

El oficial estaba agotado, los hombres también lo estaban, pero no quería todavía dar la orden de volver al pueblo. Llevaban andando todo el día y parte de la noche. Ahora, mientras descansaban un rato entre las rocas, medio muertos de frío — había prohibido encender lumbre —, se daba cuenta de que en realidad no deseaba volver a Villamayor. Había recibido como una liberación la orden, llegada telegráficamente, de aprovechar la muerte del jefe de la cuadrilla para intentar una última batida en combinación con las fuerzas de los restantes puestos fronterizos. Llevaba treinta hombres, una sección de veteranos, muchos de ellos antiguos pastores.

El sargento se le acercó:

—Mi teniente.

—¿Qué hay?

—¿Vamos a llegar al alto o volvemos ya a Villamayor?

Se quedó callado.

—Los hombres no se tienen.

—¿Y usted?

El sargento, sorprendido, sonrió:

—Yo, menos.

—Lo mismo me pasa a mí, pero seguiremos otra hora por lo menos.

—A la orden.

El oficial se volvió. Consultó su reloj. Las manillas y los números fosforescían en la oscuridad.

El Gallardo empuñaba la metralleta con los dedos crispados, pero estaba tranquilo. Sentía en la cintura el peso de las granadas de mano. Zambrano no hacía las dos señales. Él no oía nada desde la depresión donde se encontraba. No estaba pendiente de los oídos, sino de los ojos. El hombre que iba con él, Alda, estaba acurrucado junto a una piedra, inmóvil, trémulo.

Manguán cubría la retaguardia. Olfateó el aire. Veía una estrella por entre las ramas de un árbol. A su izquier-da, unos pasos más al norte, Ferrer volvía la cabeza hacia él a cada momento. Manguán sólo divisaba el manchón amarillento de la cara.

—Avíseme — susurró Ferrer.

Zambrano encendió dos veces la linterna, se puso en pie y echó a correr.

—Zumbando — dijo el Rojo.

Detrás de ellos, las sombras de los demás corrían desesperadamente. Se oía el chasquido de los matojos.

El oficial esperó todavía un segundo. Todos los hom-

bres estaban cuerpo a tierra. A su lado, un soldado tenía preparada la bengala. Esperó otro segundo y dio la orden:

—Ahora.

La bengala subió velozmente y se abrió, arriba, como un hongo.

Desde Villamayor pudo verse el resplandor sobre el Pico del Castillo. Se oyó el tableteo de las metralletas.

Zambrano se tiró de codos y disparó a ras del suelo, sobre la cabeza.

Reptó unos metros y se quedó encogido, con los brazos abiertos, esperando. Notaba tierra y sangre en la boca. Los oídos le latían, pero no se movió hasta que la bengala se apagó del todo.

El Rojo tampoco se movió. Estaba tumbado también, pero boca arriba, con la mirada fija en algo que Zambrano no podía ver.

El sargento tuvo que tomar el mando, pálido.

—Llevarle ahí — dijo —. Echar una manta.

Un soldado cogió al oficial por las axilas y le arrastró hasta una roca. Estaba todavía caliente, húmedo. Las botas dejaron un rastro sobre la escarcha.

Manguán corrió en línea recta. La oscuridad había caído otra vez sobre los árboles y las rocas. Veía una piedra blanca. Dos sombras habían cruzado ya delante de él. Trató de alcanzarlas. Había perdido de vista a Ferrer,

no volvió la cabeza ni una sola vez. Siguió corriendo, ahora hacia la izquierda, entre las rocas.

El Gallardo se incorporó poco a poco. Puso una rodilla en el suelo, y esperó abrazado a una roca, sin moverse. Después acabó de levantarse y echó a correr. Una bala le alcanzó en la cintura. No pudo siquiera gritar. Hubo una llamarada.

A Alda le derribó la onda explosiva de la granada. No oyó el estallido, le pareció que los oídos se le habían reventado. Una lluvia de piedras y ramas cayó sobre su cabeza.

Zambrano saltó sobre el cuerpo de Lerín sin dete-nerse. Las articulaciones le crujieron. Le zumbaban los oídos y la vista se le nublaba. Siguió corriendo hasta que no pudo más. No sabía dónde estaba. Se tiró al suelo, entre unas matas. Allí esperó sin levantar la cabeza, con la oreja derecha apoyada sobre las piedras. Oía el tableteo de las metralletas, disparos de pistola. En la boca seguía notando el sabor de la sangre, una especie de barro espeso, ácido. Escupió.

Alda se sacudió, se quitó la tierra de los ojos. No estaba herido. La pierna le pesaba, pero no notaba dolor alguno. Siguió arrastrándose hacia adelante. Creía que hacia adelante.

Los disparos fueron espaciándose. Zambrano no se había movido. Tenía las orejas heladas. Los dedos no los

sentía, El cosquilleo de las uñas había desaparecido. No podía pensar. Los ruidos le llegaban como algo lejano. Sólo tenía consciencia de un latido en el lado izquierdo, bajo la tetilla, un golpe sordo, hondo, rápido, que le repercutía en la garganta. El viento le daba en la frente. Cerró los ojos, pero volvió a abrirlos inmediatamente. No oía nada. Había caído un silencio total: algo sólido, aplastante.

Estaba solo. Se había salvado si el viento no cam-biaba. La idea le nacía oscuramente, haciéndole tragar aquella mezcla pastosa que tenía en la boca. Esperó todavía. Le parecía que nunca podría moverse.

Pasó una hora. Todo había acabado. Sentía deseos de chillar, de echar a correr. Clavó las uñas en el suelo, para no levantarse todavía. Dejó pasar otra hora. Por fin trató de ponerse en pie. No pudo, todo el cuerpo se le resistió como si fuera algo extraño a él mismo. Se frotó las manos, después las articulaciones.

Cuando consiguió levantarse, tuvo un vómito. Em-pezó a andar despacio, vacilante. Apretó los dientes. Tropezaba, pero siguió andando, arrastrando los pies. Poco a poco fue recuperándose. Se encontraba muy débil, pero a aquel paso podría seguir todavía algún tiempo. Volvió a apretar los dientes. Trató de orientarse. Debía de haber cruzado ya. Siguió andando como pudo, pesadamente, sin soltar la metralleta. Cuando tuvo la seguridad de que había cruzado, se paró y volvió la cabeza. Estaba tiritando. No podía tragar la saliva.

Una raya de luz asomaba por detrás de los últimos montículos. No había sol todavía. El Pico del Castillo era una mole gris y violeta, lejana, silenciosa. Una cam-

pana comenzó a tañer en la distancia.

Estuvo descansando en una grieta del terreno. Era una profunda hendidura en forma de gaita, resguardada del viento. La luz se hacía más fuerte por momentos. Tenía sed. Asomó la cabeza y miró hacia el norte. Había, a la izquierda, un macizo de árboles; llegaba un soplo de humedad. Por un instante tuvo miedo de haberse equivocado: la tierra, la vegetación, el frío eran los mismos.

Se levantó, dio unos pasos. No se había equivocado: estaba a salvo, había cruzado. El Pico del Castillo, desde este lado, quedaba casi oculto por las masas de rocas que lo rodeaban. La Loma Alta no se veía. En conjunto el perfil que tenía delante recordaba la cresta de un gallo.

Ahora no sentía ninguna alegría, sino sólo una especie de desamparo, cansancio, sueño.

No podía pensar aún. Era como si nada de aquello le estuviera ocurriendo a él mismo. Le dolían los dedos, la lengua. Desde el vacío del estómago le subía una arcada. Hizo un esfuerzo para no vomitar: temía ver sangre en la boca otra vez.

Se puso a andar. Poco a poco, con la luz, le llegaban detalles que no había observado antes: los árboles eran robles; en una pequeña explanada había una pared derruida. Encontró un regato. Se tiró al suelo y bebió lo que quiso. Después, con las manos ateridas, se lavó la boca, el paladar. Le pareció que le atravesaban la piel con alfileres. Tenía un corte en la lengua. Se metió el pañuelo y lo tuvo un rato dentro. Siguió andando hacia el macizo de robles. Tenía la sensación de estar flotando.

De pronto vio a Manguán que salía de los árboles y

corría a su encuentro con los brazos abiertos, gritando de alegría. Zambrano gritó también y se abalanzó hacia él como pudo, arrastrando los pies. Se abrazaron, se hicieron un solo cuerpo.

A Zambrano le faltó el aire. Oyó llorar a Manguán y no pudo aguantar más. El llanto le reventó dentro, en la garganta, salvajemente.

Lloraron los dos abrazados, sin mirarse: unas sacudidas violentas, de perro, arqueándoles el pecho y la espalda.

—Manguán, Manguán...

Manguán se secó con la manga, se tapó los ojos.

—¿Esperamos más? preguntó Manguán.

—¿Para qué? — contestó Zambrano. Se quedaron en silencio. No tenían ya ninguna esperanza de encontrar a alguno vivo.

—Vamos.

Manguán tuvo que ayudarle. Pasó el brazo derecho de Zambrano sobre su propio hombro y con la mano izquierda le sujetó por la cintura.

—Vas a reventar — dijo Zambrano.

Manguán no contestó.

Se adentraron lentamente en una tierra que no era ya España. No hablaban. Las colinas, bajo el sol velado, eran masas de verde y gris. Les llegó olor a eucaliptos Cuando se detuvieron por primera vez para descansar, Zambrano ya no volvió la cabeza hacia atrás. Se quedó sentado en una piedra, silencioso, con la barbilla hundida en el pecho.

—¿Un cigarro? — ofreció Manguán.

Zambrano sacudió la cabeza:

—No.

A pesar del sol, había escarcha.

XXIV

Zoila pasó bajó los seis ganchos, tuvo que apartarse un poco. Había dos corderos colgados, amoratados, rígidos. La Chon no estaba en la puerta, alguien cantaba dentro. La bombilla en la pared, estaba encendida ya. Una vaca pinta, con un cuerno tronchado, bebía en el abrevadero. Un muchacho silbaba a su lado.

En los soportales no había nadie. El banco de cemento era una larga mancha gris en la sombra. La campana no sonaba. El aire olía a sopas de ajo, a leche cocida. La puerta de la iglesia estaba abierta a pesar de la hora que era. Un soldado paseaba ante el caserón, las botas resonaban en la tierra. Una vieja llenaba un cántaro en la fuente.

No hacía frío. Por lo menos no lo sentía. Se había puesto el abrigo y los zapatos.

En alguna parte freían huevos. Notó como un mor-disco en el estómago. Muy lejos, muy dentro. Como si no fuera ella la que sentía hambre.

Esperó a que se marchara la vieja. El muchacho dejó de silbar y arreó la vaca.

Detrás de la persiana había luz. Se quedó mirando aquellas rayas blancas. Se acercó poco a poco, los taco-

nes no hacían ruido apenas. Fue derecha, sin vacilar. No sentía ya nada, no pensaba.

El Boni estaba detrás del mostrador.

—¿Quieres algo?

—Sí — dijo Zoila. Vio la cara cubierta de barba, unos pelos largos, rubios, que en alguna parte eran blancos.

—Tú dirás.

—¿Dónde está Segundo?

El Boni señaló la puerta de la trastienda:

—¿Le llamo, quieres que le llame?

El olor de los arenques la mareaba, apenas podía respirar.

—Dile que estoy aquí, anda. Espera, se lo diré yo misma.

Empujó la puerta de la trastienda. Las hojas de dalle y las hoces se movieron, sonaron.

—Segundo — llamó.

Ya no olía a arenques ni a jabón sino a muebles viejos y polvo. Un gato salió de debajo de la mesa. Vio la lámpara de flecos rojos, un cono de luz sobre la mesa. En cada rincón había una silla de patas altas, de zancuda.

La puerta del fondo se abrió. Segundo asomó la ca-beza y se quedó allí, en el umbral, un poco pálido, sin sonreír todavía, aunque en los labios se le insinuara una mueca.

—¡Qué alegría, Zoila!

Pero estaba aún a la defensiva, sin saber qué hacer, como un muchacho tímido, y no empezó a sonreír hasta que vio que Zoila se quedaba quieta, sin decir nada.

—Anda, pasa, siéntate.

Zoila hizo un gesto hacia atrás con la cabeza.

—Boni — dijo Segundo —. Ahora no necesito nada, cierra, vete un rato por ahí si quieres.

El Boni salió, oyeron los pasos en el soportal.

—¿No te sientas?

Zoila vio, al otro lado de la puerta, una cama metá-lica, de patas y barrotes dorados; un orinal de loza, amarillento: un perchero, un lavabo. Todo lo que era él. Veía su agujero. Una tristeza. Allí dormía él, con su olor. En la colcha se notaban las huellas de su cuerpo. Él se tendía durante el día, vestido. Aquel cuerpo pesado esperaba allí la noche, solo como ella.

No habló todavía. Había entrelazado los dedos de las manos. Tenía que esconder su odio para entrar mejor por aquellas ranuritas que la miraban fijamente.

No le miró a la cara, pero notaba los ojos de él clavados en su cuerpo, expectantes, intranquilos todavía. Unos ojos sin miedo, pero también sin confianza: no la perdían de vista.

Se sentó en el borde de la silla, con los pies juntos. Segundo cogió otra silla y se sentó también, apoyando un codo en la mesa. Necesitaba tres puntos para mantener el equilibrio. La luz le dio en la mano. Llevaba una piedra azul negra en un dedo.

Zoila levantó los ojos de pronto y le miró de frente. Él sonrió y desvió la mirada. Zoila sonrió también, volvió la cabeza hacia atrás, se levantó, cruzó de prisa la trastienda, bordeó el mostrador y trancó la puerta de la calle.

Segundo se había levantado también.

Zoila se apoyó en la puerta, se lo quedó mirando sin

sonreír. Empezó a quitarse el abrigo. Segundo, desde dentro, vio los bultos bajo la blusa, se llevó la mano a los labios.

—¿Qué quieres, Zoila?

Ella avanzó lentamente, seca, fría. Veía otra vez los barrotes dorados, las patas, el orinal, el lavabo.

Se acercó a aquella puerta y la abrió del todo. Quería su deseo, aquel brillo de los ojos en donde no había ya temor.

—Aún no sé lo que quieres. ¿Por qué no te sientas y hablamos?

Pero empezó a temblar cuando la vio sentada en la cama, con las rodillas un poco separadas, mirándole to-davía,

La voz se le estranguló en la garganta:

—¿Qué quieres, Zoila? ¿Por qué no hablas?

Ella olía a colonia, a jabón. Segundo la miraba medio mareado. Era como si de pronto todo hubiera comenzado a bailar delante de él, un estallido de bombillas rojas dentro de su cabeza.

Habló otra vez, pero su propia voz era un ronquido desconocido que llegaba desde muy lejos, irreconocible para sí mismo:

—Todavía no me has dicho nada.

Zoila empezó a quitarse la blusa. Él vio un collar rojo sobre el cuello.

—Habla, Zoila — repitió él con angustia.

La blusa cayó al pie de la cama. Segundo no levantó los ojos, no miró más que la blusa, aquella prenda blanca.

Se sentó, se quedó encogido sobre la silla. El temblor

le movía el labio de tal modo que tuvo que morderse.

Ella dijo por fin:

—Segundo.

Fue una voz honda y cálida. El lanzó un gemido.

—¿Dónde están los recibos? — añadió Zoila, y se levantó.

Él los adivinó como antes. Breves, blancos, erectos.

Se quedó sentado, sin poder moverse, llorando ya, con las manos extendidas sobre la mesa.

—Quiero pagar, he venido a eso — dijo Zoila —. ¿Dónde están los recibos? Tenemos que romperlos antes, es lo único que pido.

—No — gimió él —. No tienes que pagarme nada, no quiero cobrar nada, todo es tuyo, tú no tienes que pedir aquí.

Se levantó como un sonámbulo. Abrió el cajón de la cómoda, hurgó entre los papeles. Sacó una caja de hojalata, la puso sobre la mesa.

Zoila se acercó. Un cuerpo alargado, fragante. Hundió las manos entre aquellos papeles y los rompió en trozos menudos. Después fue hasta la lumbre y los arrojó todos al fuego.

—Zoila — decía él —. No es necesario, ven cuando quieras, yo no quiero eso.

—Cuanto antes mejor.

Apagó la luz, estaban junto al borde de la cama. Llegaba el resplandor de la bombilla de la tienda.

—Todo es tuyo, Zoila, todo.

Notaba aquel temblor de todo su cuerpo.

Le sentó en el mismo borde, ella se sentó a su lado.

Sintió la mano de él en el muslo. Una mano helada,

húmeda, blanda: no le pareció la mano de un hombre solo, sino algo peor, no humano, la extremidad de un gran cuerpo viscoso, inmundo.

Se estremeció, se levantó casi de un salto.

—Hay mucha luz aquí.

Apagó la tienda, la trastienda. Volvió en la oscuridad, poco a poco: se oían los tacones.

—Zoila — dijo él.

—Ya voy.

Segundo notó su mano palpándole por debajo de la nuez. La vaharada de todo su cuerpo. Una respiración encima de su boca.

—Si tú no quieres, no. Zoila — suplicó él —. No hace falta, me conformo con lo que digas, ten lástima de mí.

—Sí — dijo Zoila salvajemente —. Sí, tengo lástima.

Segundo levantó los brazos hacia aquello que bajaba. Quiso incorporarse un poco pero no pudo. En la oscuridad no vio nada. Fue como un hilo metálico en-trándole en la carne. Un frío hasta los pies, y después el borbotón caliente, manchándole el cuello y las manos.

Zoila se quedó de rodillas ante la cama sin encender la luz. Notaba la humedad sobre la ropa. Una humedad viscosa y tibia en la colcha.

No pensaba en nada, estaba tranquila, todo el can-sancio le había desaparecido. Una sensación de paz le subía desde los pulmones. Respiraba honda, pausadamente.

Se levantó. A oscuras siempre fue hasta la cocina El resplandor del fogón enrojecía los calderos.

Le ardía la piel. Metió las manos en el agua y se lavó

todo el cuerpo cuidadosamente. Se secó con un trapo.

Estaba seca. Por dentro y por fuera. Seca por completo, Recogió su ropa y se vistió. Como una mies seca.

Cerró la puerta. En el comedor encendió la luz. La silla estaba aún junto a la mesa. La cogió y la llevó hasta el rincón.

Notaba todos los detalles: la huella de una chinche, un trozo de papel en el suelo. Lo recogió. Un trozo de un recibo. Lo quemó también. Estaba seca. Nunca había tenido aquella lucidez.

Se acercó al mostrador. Había algunas naranjas, be-llo-tas, nueces. Tomó un puñado de nueces y las guardó en el bolsillo. No miró las hoces ni las hojas de dalle desparramadas por el suelo.

Volvió al comedor y abrió la puerta de la habitación, pero no entró. Estuvo un rato parada, con los ojos cerrados. Por último atravesó casi corriendo el comedor, cerró tras ella la puerta. Cruzó la trastienda. Saltó al otro lado del mostrador y descorrió los cerrojos de la entrada.

Le pareció que acababa de llegar. El aire helado la golpeó en el rostro. No había nadie en la fuente. La bombilla, arriba, alumbraba como una vela. El Boni es-taba hablando con la Chon, los vio al otro lado de la ventana.

Dejó atrás la iglesia. Apenas veía, tropezó con una piedra. Corría un viento, seco, cortante. Miró para lo alto: estaba oscuro, no vio estrellas. Dio un rodeo para no pasar ante el caserón de la escuela. Comenzó a bajar hacia la carretera general.

Sintió de pronto un culebreo en el vientre, aquel temblor cálido que había sentido ya otras veces: una nueva vida moviéndose dentro, a sacudidas, llenándola de

fuerza.

Cruzó la carretera. Andaba de prisa, dejando que el olor del río le entrara hasta lo hondo. De cuando en cuando notaba en los tobillos los pinchazos de los car dos. La campana de la iglesia comenzó a sonar en la noche.

«Cachorro, no estoy seca.» Siguió andando, sin volver la cabeza hacia el leve resplandor que se levantaba del pueblo.

Iba cada vez más de prisa, metiéndose por los atajos, sin dudar ya: iba hacia la cabaña de Brígido y Lucía, hacia las gentes entre las que todavía podía encontrar su última esperanza.

Zoila sonrió por fin. Al llegar a la pendiente le ladró un perro.

ÍNDICE

ESTE LIBRO FUE IMPRESO EN LOS TALLERES DE
« GRAFESA»,
CALLE TORRES AMAT, 9, BARCELONA, EN
MARZO DE 1961

*REEDICIÓN ESPECIAL DE PABLO QUEVEDO,
LAVAPIÉS, MADRID, EN NOVIMBRE DE 2020*

